P
82-93
COT

M. COLL

LA ABEJ
DE
ORO

LL
1926
COT

00042234

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

Prov.
860(82)

Biblioteca Nacional de Maestros

PERTENECIÓ A PARLOTTI PIZZORNO

J. M. COTTA

LA ABEJA DE ORO

E. Exp. 76.140/53

ADVERTENCIAS

Yo no he pretendido hacer un texto escolar. Apenas he amontonado para solaz de mis hijitos un conjunto de páginas que eran cuartillas borroneadas que se iban tornando viejas.

En cuanto a este asunto de los libros de lectura para los niños, vivimos en la era de los amaneramientos oficiales y de las pillerías de muchos comerciantes sin escrúpulos.

La primera de estas afecciones culturales, da normas para la fabricación de textos, determinando el número de hojas, precio, láminas, asuntos...

La segunda ajusta a esas normas los mayores adefesios, realiza sus gestiones y gana «plata» sembrando la semilla dañina del mal gusto en las mejores generaciones nacionales.

Los buenos autores, los verdaderos escritores, que tienen talento y corazón, no pueden escribir dentro de esos corrales de preceptos y reglamentaciones. Repugna tener que avenirse a la moral de lo cursi, a la mentalidad de moda y a otras cosas que por inútiles encajan tan bien dentro de las páginas que marca el cartabón didáctico.

Los libros de D'Amicis, Sarmiento, Sastre, Maeterlinck, Marden, Crusoe y otros, que se escribie-

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ron con amor y talénto, dirán y enseñarán más que todas esas tandas de textos que no por el hecho de haber sido aprobados, dejan de ser huecos en todo sentido.

El formulismo, la mentira, lo antiestético, lo unilateral en materia de credos, y algo más, se aloja en los desdichados libros que sirven de compañeros aburridores de nuestros niños.

Bien. Conociendo todo eso, he querido organizar un libro, sin preocuparme de si merecería la aprobación de tal o cual departamento oficial. Y el libro ya está hecho. No es obra de pocos días. Es la cosecha de muchos años. Como hace el compilador al espigar en todos los eriales, yo he hecho dentro de mi pequeño predio. No he escrito deliberadamente para este librito más que las primeras páginas explicativas. Lo demás fué escrito con diversos objetos, y en diversas épocas, cuando se presentó la ocasión y lo sentí. He ido apilando todo según el mejor orden y la mayor conveniencia. He creído que este es uno de los pocos procedimientos acertados para hacer un libro de «lectura viva». Los demás se aplican a la preparación de tratados de lectura muerta, recomendables para el arte de leer por leer.

Yo opino que no es preciso que los textos sean enciclopedias históricas, geográficas, etc. Creo que sobra con que toquen al sentimiento, estimulen la ideación y cumplan mediante ejemplos y expresiones edificantes su indispensable propósito moral.

El espíritu nacionalista no surgirá de las excla-

Biblioteca Nacional de Maestros

maciones hueras y amaneradas, sino de la sinceridad y de todos los valores literarios puestos en juego por el autor.

Para que los maestros se compenetren de mis propósitos, paso a explicar sucintamente la razón de cada capítulo.

Carta de Max Nordau. — Ha de servir de ejemplo a los petulantes que desdeñan el trato encantador de los niños que mañana valdrán más que ellos.

Aleteos. — Son pequeñas filosofículas capaces de impulsar a los espíritus juveniles. Generalmente se educa cercando las ciencias, las artes y los credos de temores infundados y de cobardías mentales y morales anacrónicas. Un poquito de atrevimiento espiritual nos hará librar de las indiferencias del ambiente a más de un futuro Galileo, Dante, San Pablo... o Lutero.

Recuerdos. — Nada se encontrará en este capítulo que sea creación ficticia. Debe haber allí, por eso, sana emoción. La moral, que yo no pretendo clasificar, surgirá de allí por su propio empuje o por obra del más acertado procedimiento didáctico del educador.

Paginitas. — Es literatura espontánea. Nada carece de origen legal. Hasta la «Oración» tiene su vida propia: fué pronunciada en la plaza pública de Tandil el 25 de mayo de 1924.

Biblioteca Nacional de Maestros

Cuentos y anécdotas. — Sólo el primer cuento es de pura ficción. Pero lo improvisé verbalmente para distraer a mis hijitos. Les cayó tan en gracia que me lo hicieron repetir noche a noche. Para ahorrarme trabajo, se los escribí luego, delegando la tarea de su lectura en la mamá.

Los otros cuentos y anécdotas tienen carácter folk-lórico.

Quiero, discretamente, con los cuentos, atizar un poco la imaginación de los niños de más de doce años, que no se han de conformar siempre con las especulaciones de alto vuelo mental.

Poesías. — También la primera fué escrita para que la declamaran mis hijitos. Las demás son exactas evocaciones que han brotado junto con las primeras canas.

Con el escalpelo. — Creo que el sano espíritu de crítica es útil contra los dogmas de todos los errores que cercenan las alas del intelecto.

Ser bueno, para mí, equivale a ser fuerte. Para ser fuerte hay que templar el ánimo, llamando, sin ambages, malo a lo malo y excelente a lo excelente. Tomo esta ruta contra el amaneramiento y las licencias sociales: una moral, una verdad, un Dios...

Notas de viaje. — Es algo de lo que he visto y discurrido andando. Creo que, como han sido escritas sin rebuscamiento porque la premura así lo exigía, han de servir en parte para estimular, no la am-

Biblioteca Nacional de Maestros

bulación, sino el noble coraje de la sana aventura, la curiosidad provechosa por las cosas de nuestro país y la necesidad de estrechar vinculaciones para hacer efectiva la unidad interna y algún día la paz del mundo.

Folk-lore. — No necesita comentarios. En parte es para que los niños descubran un filón de arte, ciencia, etc., que está al alcance de todos y sobre el que se hará nuestra música, nuestro teatro, etc., con líneas propias. El maestro sabrá limitar las verdades, sin coartar el pensamiento, haciendo notar que el campo de las supersticiones no es el paraíso de los preceptos sabios.

Semblanzas. — Para que no se vea a los grandes hombres del pasado como a visiones extraterrenas, mezclo los de esa laya o de gran relieve moral que he tratado, con los que ha tiempo están más allá de sus pedestales. Sus figuras así evocadas nos darán preciosas lecciones de energía.

Glosando mis versos... — El título indica toda mi intención. Agregaré que pretendo hacer ver a los que miran a una poesía como cosa superficial, cuánto es lo que significa, contiene y sugiere.

Para matar el ocio. — Ha sido mi remedio, contra el mismo mal, mientras escribía. Ojalá sea suave panacea, también, para quienes con igual propósito mediten y amplíen estos adagios.

* * *

Biblioteca Nacional de Maestros

Para guía y consejo de los maestros que deseen emplear esta obrita como texto o libro auxiliar, anoto lo siguiente:

a) Con prioridad a la lectura, se explicarán las palabras difíciles y se interrogará acerca de las que ya se conocen, por comunes que le parezcan al educador. Muchas veces se encontrará con que los alumnos no saben el verdadero significado ni las diversas acepciones de los términos que usan corrientemente.

b) Una vez explicada la palabra, se la buscará en el libro para ver cómo ha sido empleada. Si es derivada, se indicará la palabra generadora, y se observará la modificación, sea por irregularidad del verbo, por fuerza del número, género, etc.

c) Formaránse nuevas frases orales y aun escritas. De modo que esto podrá dar motivo para toda una clase anterior a la lectura del trozo. (Al leer éste, cuando ya se haya comprendido su esencia, aún después de un cuestionario que preparará el maestro, se hará la verdadera lectura artística corrigiendo la voz, el gesto, la mímica, etc.).

d) Podrá dividirse en tres clases cada lección de lectura, durante los primeros meses, procediéndose así: 1.° explicación de términos y reflexiones con la ayuda del cuestionario; 2.° lectura corriente y artística; 3.° deberes, desarrollando cuestionarios, agregando y explicando las palabras y sus derivados, y formulando composiciones, para lo cual se tomará como tema o acotación un párrafo o pen-

Biblioteca Nacional de Maestros

samiento del trozo leído o de un asunto que allí se cite y no se desarrolle.

e) No le importe al maestro las veces que sea necesario explicar las mismas palabras en las lecturas siguientes.

La repetición, variando el asunto, fija agradablemente el conocimiento y enseña el mejor empleo de las acepciones para la mayor precisión del lenguaje.

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

UNA CARTA DEL DOCTOR MAX NORDAU

Cañas 8, piso alto, derecha, Madrid, mayo 28 de 1918.

Señor y querido poeta:

Después de haberle escrito hace unos cinco días, acabo de recibir su amable carta del 11 de mayo, con la fotografía de la querida pequeñuela Laura Beatriz. (1). *Su envío es una inspiración de poeta y de hombre de corazón. Si Vd. hubiera oído la exclamación de alegría de mi esposa y de mi chicuela al ver el retrato; si Vd. hubiera visto en ellas la sonrisa de ternura al contemplarla! Sí es, también, un «bebé» maravilloso con su encantadora cara redonda de ángel de Murillo, con sus pequeñas manitas expresivas y sus gentiles brazos regordetes. Deséole que Laura Beatriz sea siempre la dicha de*

(1) En un juicio sobre mi libro «Arpegios», y a propósito de los versos que dedico a Laura Beatriz, el doctor Max Nordau me decía elogiándola: «Abrácela por mí.» En otra oportunidad, yo retribuí esa atención enviándole un retrato de Laura Beatriz con esta dedicatoria: «A su ilustre abuelito intelectual.» El retrato y la dedicatoria motivaron la preciosa carta del sabio publicista, que va en esta página.

Biblioteca Nacional de Maestros

su vida y que Vd. tenga siempre el orgullo de que sea suya.

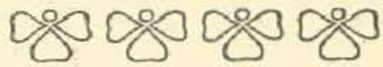
Después de la guerra, cuando recobre mi biblioteca ahora secuestrada en París, enviaré a Laura Beatriz un ejemplar de la edición española, magníficamente ilustrada, de mis «Comtes a Maxa», cuentos que comencé a contar a mi hija cuando ella tenía cuatro años, y que podrá Vd. leer a la suya a los tres.

Todos la abrazamos, y nuestras felicitaciones a sus felices padres. Un apretón de manos muy afectuoso de

Max Nordau.

Biblioteca Nacional de Maestros

ALETEOS



Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

I

PROLOGO

¿Qué quieres que diga, mi Laura Beatriz, bajo el peso de este epígrafe? No puedes contestarme. Eres un «coquito» de dos años (1), — nerviosa y corredora, — y no me darás respuesta aunque te sobre charla. No importa por ahora tu respuesta. Yo soy un lector del porvenir. Y para el porvenir escribo. Tú discurrirás entonces, y dirás: «Has escrito lo que yo te hubiera pedido». Mientras tanto, quizá lea alguien estas páginas; y ojalá sea con provecho. ¿Acaso creeré que tú te encojarás porque otros jóvenes aprovechen antes que tú el patrimonio tuyo? ¡Oh! no: tú te educarás en la escuela del buen corazón; tú aprenderás a sembrar con mano pródiga y a levantar con mesura; tú aprobarás mi actitud, y aún bendecirás mi afán de querer dar tanto teniendo tan poco.

Este librito, — sano, humilde, familiar y amoroso —, irá formándose hoja por hoja, como el árbol de cualquier huerto; como la rosa de cualquier rosal; como tú ¿verdad? Dirá lo grave y lo

---

(1) Comencé a escribir este librito en 1918. He hecho después muchas interrupciones.

Biblioteca Nacional de Maestros

sencillo en un lenguaje fácil, porque su autor no es sabio para sorprender: sólo es papá y sabe hablar con terneza, y tiene instantes en que sabe ritmar con dulzura...

Es este un librito escrito para el bien. (Su autor cree no haber escrito nunca para acrecentar el mal). Puede que sea un librito pobre; puede que falte en sus páginas el giro académico; pero, he de garantizarte que no faltará el arranque sincero, el pensamiento libre y la probidad sin mácula.

De mi corazón a tu corazón hay una corriente invisible de amor sacro, semejante a la corriente energética que mantiene a las hondas hertzianas y vincula a las antenas de dos torres radiográficas, con la particularidad de que en nuestro sistema hay un hito o un foco de inducción donde ese amor cobra fuerza e irradia esplendoroso. ¿No comprendes mi lenguaje? ¿No adivinas en dónde convergen nuestros hilos invisibles?... Ya pensaste, ¿eh? Sí: ya pensaste. Ya veo plegarse tu boquita. Ya estás diciendo: mamá.

Bueno: este librito tiene tres (1) dueños, aunque no se niegue a cuantos lo estimen. Los tres lo cuidaremos; y, aunque yo trace estas letras, la obra no es mía únicamente: yo he contribuído con el esfuerzo mental, mientras que vosotras me habéis dado la inspiración, que vale mucho más.

---

(1) Aun no había venido al mundo tu hermanito Juan Angel, ni los gemelos Roberto Horacio y Blanca Helena. Tendrás, pues, que repartir «La abeja de oro», o serás la mejor comentarista de este librito, ante el móvil auditorio fraterno.

Biblioteca Nacional de Maestros

II

EL NOMBRE DEL LIBRO

Pensé denominar a este libro así: «La hormiguita trabajadora». Pero desistí, porque las hormigas tienen como pretexto el trabajo y como fin el robo. También lo iba a bautizar de este otro modo: «La arañita feliz».

No hay duda, me dije, que cualquier arañita es feliz en su telar; no hay duda que cualquier arañita trabaja; pero ¿para qué hace su tela y por qué es feliz la arañita? Tú lo sabes. La tela, más que una vivienda, es una red para cazar a los incautos; y la felicidad de la arañita depende del mayor número de sus víctimas.

Por estas razones resolví buscar otro título. Y lo hallé frente a una colmena donde iban y venían las abejas cargadas de polen. ¡Ah! me dirás tú, ¿y ese polen?

Verdad... Voy a contestarte... Ese polen no es robo. Las abejas son amigas buenas de las flores. Van a visitarlas porque las flores las llaman con los colores y los perfumes de sus pétalos. Visitando unas y otras matas, que son como tantos hogares vecinos, les llevan noticias, mensajes, y al mismo tiempo las relacionan y las hacen ricas de vida con los gérmenes que les transportan. Las flores, gratas por tantos servicios, les dejan llevar su riqueza. ¡Oh! pero no creas que todas las flores son generosas vecinas. Algunas se ensañan cruelmente: espe-

Biblioteca Nacional de Maestros

ran que la abeja entre en su recinto aromático y deslumbrante, y luego se cierran lentamente hasta aprisionarlas. ¡Cuántas abejitas trabajadoras habrán muerto así sobre el cáliz de alguna campánula! Ayer yo ví a una que fué la que me dió tema. Era una abejita toda amarilla de polen, cuyo color parecía intensificado por la acción de los rayos de un sol esplendoroso. Vieras cómo llegó de nerviosa al agujero de la colmena. Algo debían de interrogarle las otras. Yo, sin entender sus señas, supuse que se referían a una posible fuga que la recién llegada había hecho desde su prisión. La pobrecita debió haberse debatido largas horas encerrada, como las ideas en el cerebro de los pensadores; y después, rompiendo las paredes de la flor, debió salir zumbando, como diríamos que sale de las frentes el pensamiento espontáneo.

Semejantes a esas abejitas de oro que más luchan por traer material para sus colmenas son las células nerviosas de nuestras mentes cuando conciben bellos propósitos; también nosotros, individualmente, somos áureas abejitas de la colmena social. Trabajemos, Laura Beatriz, sin tregua. Trabajemos con honra. Trabajemos por amor.

Por amor, con honra y perseverancia, ha querido forjar estar líneas mi abejita mental, no sin tropiezos, ni luchas, ni titánicos esfuerzos para huir del yugo opresor de los prejuicios, de la ignorancia y de la pasión mezquina, que penden desde donde quiera como la clásica espada de la vieja leyenda.

Biblioteca Nacional de Maestros

III

EL PROBLEMA ETERNO (1)

Una vez se reunieron diez muchachos que estaban en vacaciones. Jugaron, rieron; bailaron y aun se dieron de bofetadas. Sin ningún medio para matar el ocio, resolvieron dibujar un busto escultórico, no recuerdo de qué héroe o naturalista. Como todos disponían de plena libertad, colocáronse a su antojo: en derredor unos, junto otros, más cerca éste, más lejos aquél. En el afán de competir, hizo cada cual su dibujo bastante acertado y según la perspectiva que le ofrecía su punto de vista. Pero lo grave aconteció cuando comenzaron a cotejar la labor. El que había mirado el busto de frente, decía que él lo había dibujado mejor y más completo. El que lo había trazado de perfil, se encontraba con un ojo y una oreja menos, pero con más de-

(1) Sé y sostengo que la escuela es o debe ser laica en un país cosmopolita como el nuestro, no debiendo, por consiguiente, inculcarse en ella credo alguno. Pero opino que no debe caerse en el sentido opuesto de ocultar la manzana de la discordia de todos los tiempos, razas y civilizaciones: la idea de Dios. A esta altura de la vida y de la instrucción, débeseles hablar a los niños de Dios y religión, para educarlos en la tolerancia y el respeto a las convicciones ajenas. Aun se les podrá hacer meditar así: la mejor religión, para los que practiquen o quieran escoger una, es la que no se opone a las ciencias ni al descubrimiento de la verdad, mientras censura los vicios y practica las más acrisoladas virtudes dentro de la vida social, cualesquiera que sean las palabras de sus oraciones o los símbolos y demás detalles de sus ritos.

Biblioteca Nacional de Maestros

talles y más nitidez en las líneas. El que lo había dibujado de la espalda, a falta de ojos y otros órganos, se había esmerado en el cabello, el cuello y el dorso de las orejas. Los demás tenían también sus ventajas y desventajas, según de dónde hubieran mirado. Algunos que coincidían, por haber ocupado la misma posición, querían llevarse la palma por la ley del número. Pero como ninguno cedía y todos exponían rotundas razones y se defendían con argumentos tremendos, tuvieron, en medio de tanto desatino, la buena ocurrencia de llamar a la puerta de un viejo maestro de escuela, que entendía algo de arte, algo de ciencia y algo de teología.

—¡Oh! mis amiguitos, — dijo el viejo avanzando —; me place mucho serviros de juez.

Miró el primer dibujo y exclamó: «Muy bien, muy bien. El trazo, la sombra, el color... exacto. Desde este lugar se vé así».

Miró el segundo dibujo y dijo: «¿Quién dice que esto esté mal? Tiene una perspectiva admirable. Su autor es una promesa».

Miró el tercer dibujo y murmuró: «Aquí sí hay un defectillo, pero se debe a que el dibujante borró su encaje anterior, que era bueno, para copiar al artista de su derecha que lo veía de otro modo. Falta sinceridad a su trabajo, y la verdad se falsea, porque esta sombra, si bien es aplicable a su primera intención, cae muy mal sobre esta figura. El color afea más al plagio».

Miró el cuarto dibujo y lo comparó con el quinto y sexto, interrogando a sus autores. «¿Dónde esta-

Biblioteca Nacional de Maestros

báis ubicados vosotros?» Escuchando las respuestas, dijo: «¡Ah! muy lindo. Veo que los tres, con independencia, pero teniendo la misma perspectiva, han hecho trabajos idénticos, salvo las pequeñas variantes de sus capacidades para sentir la línea o percibir la coloración».

Observó que los bosquejos séptimo, octavo y noveno eran un poco rudimentarios, por falta de cultura estética en quienes los trazaron; pero los tres tenían el valor del esfuerzo honrado. Significó también, que el décimo dibujo, sin estar claramente trazado, revelaba sanas intenciones que era preciso estimular.

Como los muchachos le manifestaran que no les interesaban tanto los detalles como la respuesta acerca de que si el que había dibujado ojos, boca, nariz y orejas, o el que había copiado sólo el perfil o sólo la espalda tenía más razón, el viejo maestro, sabio y teólogo, dijo: «Todos tenéis vuestras razones, y vuestras razones dependen de vuestras perspectivas, y vuestras perspectivas dependen de vuestras visuales, y vuestras visuales dependen de vuestros talentos y vuestros talentos dependen de vuestras culturas, y vuestras culturas dependen de vuestros maestros, y vuestros maestros . . .»

«¡Basta, basta!» —, gritaron todos entre irónicos e indignados. «Bien —, dijo el anciano —; todos tenéis razón; una razón relativa; una razón que comprenderán los que estén en el mismo plano, en el mismo asiento, con la misma luz, y tengan la misma capacidad, la misma vocación, la misma honra-

Biblioteca Nacional de Maestros

dez, la misma preparación, la misma tela, la misma tiza...»

«¡Basta, basta!» —, clamaron otra vez. «Bien —, continuó el maestro —; todos tenéis razón. La verdad es una y se ve desde diversas perspectivas y de diversos modos aparentes que no alteran su calidad intrínseca. Dios, también, debe ser uno. Pero hay tantas religiones como hay mentes, como hay almas, como hay culturas y razas diferentes. Vuestro busto, la verdad y Dios, son unidades que cobran tantas formas externas como las que pueden surgir por consecuencia de la calidad del órgano visual y del lugar en que se coloque el espectador. La ceguedad mental de los hombres, que se ofuscan como vosotros los niños, hace que unos quieran obligar a los otros a mirar a la verdad y a Dios como ellos los miraron, sin más razones que sus razones y excluyendo todas las demás razones...

«¿Comprendéis?» —, gritó el viejo fatigado y nervioso. Los muchachos afirmaron reverentes, y mientras el maestro franqueaba la puerta después de saludarles, todos, complacientes con los que recibieron un fallo adverso y generosos con los que fueron felicitados, contemplaron uno por uno los diez dibujos. Ni una racha de odio, ni una racha de intolerancia movió más sus pasiones. Todos tenían razón.

¡Cuándo la humanidad mirará el problema eterno, ecuánime y suavizada por el dulce amor que fluye de la palabra nunca bien escuchada del divino Nazareno!

Biblioteca Nacional de Maestros

IV

POESIA

Desdichado de aquel que una vez, siquiera, una sola vez en su vida no haya tenido el alma pendiente de un ideal, elevado a la desinteresada categoría de la poesía. Se ha dicho con razón que quien fuere incapaz de sentir la línea de un verso inspirado, certifica su incultura, pese a los conocimientos que hubiere adquirido para utilizarlos hábilmente en su vida de relación. Se equivocan mucho los que opinan que poetizar es divagar. Poetizar, en vez, es elevarse. El verdadero poeta lleva siempre una sorprendente intuición por guía o la ciencia que domina; pero macera lo que percibe o lo que sabe y lo tamiza tanto, que nos da en su verso la esencia de aquello que fué, el néctar, diríamos, escanciado en un ánfora de oro y nácar.

La poesía épica no es menos admirable. Siempre se da allí a lo objetivo un toque más que es como el pincelazo que se aplica a la figura para darle relieve o vigor. Esta poesía, como la lírica pura, escoge las partes poetizables y deja de lado lo que sobraría o serviría de obstáculo.

Pero esto no es un tratado de retórica. Quería significarte la pobreza mental de los que desprecian a la poesía. Basta recorrer la historia para conceder al arte y especialmente a la poesía, el lugar prominente que le corresponde como factor de cultura. Los libros de la India, del Irán,

Biblioteca Nacional de Maestros

de la Palestina, de Grecia, de Roma, y de todas las épocas son en sus mejores ejemplares insuperables páginas de poesía. Valmiki, Salomón, Homero, Virgilio y tantísimos otros varones se han inmortalizado con sus libros y han hecho con sus versos más bien que los reyes, patriarcas, o emperadores inhumanos y despóticos.

¿Imaginas un hombre, un hogar, una sociedad o el mundo sin poesía? Lo poético alienta todos los sentimientos más generosos y nobles que nos impulsan. Un alma sensible al arte, es buena de hecho. La poesía que es el arte de expresar bellamente lo que se concibe y se siente, no puede salir de un organismo irregular, sino de un organismo cuyas facultades se hayan conformado dentro de los límites biológicos que reclaman para sus labores la estética, la moral y la ciencia. Claro que no es poeta todo el que traza versos ni tiene alma sensible al verso todo el que los lee, ni es capaz de cosa buena el neurasténico borroneador, ni el místico deschavetado ni el el hablador suspicaz ni el soñador abstruso, ni el amoral maniático. No hay que clasificar ya a los poetas por sus extravagancias ni por sus melenas, sino por lo intrínseco de sus obras, con exclusión de sus personas.

La poesía que se escribe, como la que va tácitamente en la obra noble del que da, del que admira, del que ama o del que hace, une más que las leyes, alienta más que el oro y puede más que las tiranías.

Para terminar: « . . . Un solo verso hermoso ha

Biblioteca Nacional de Maestros

hecho más bien al mundo que todas las obras maestras de la metalurgia». (1).

V

LA VIDA

¿Quieres misterio más grande que el de la vida? Observa una semilla o un huevo. Sólo precisan, respectivamente, el calor de la tierra o del plumaje para ser planta o para ser ave.

Pero ¿qué es la vida? ¿cuándo comienza la vida? —, te preguntarás. No hay una respuesta irrefutable. El problema de la vida escapa a la ciencia. Los sabios miran hacia los fundamentos de la vida, como los astrónomos sabios miran hacia el infinito azul. Las hipótesis, las teologías y la inspiración, tienden aún más allá sus alas, pues vuelan como pegasos fatigados, ora con el desaliento a cuestas, ora con la esperanza en la mirada.

La adjudicación de la vida, lejos de reducirse bajo el peso del misterio, cobra extensión. He leído en un docto artículo filosófico, que aún el cristal en que dan los cuerpos su incontrovertible filiación, es un organismo con rudimentarísima vitalidad... Y aún se cree que los metales sienten... ¿Es esto fantasía, ciencia o locura? Quién sabe. La vida es un hondo misterio. Si pudiéramos descubrir sus causas, nos serían familiares todos los

(1) De «El jardín de Epicuro», por Anatole France.

Biblioteca Nacional de Maestros

problemas que se sientan alrededor de las cosas materiales e inmateriales. Los biólogos, los químicos y los físicos, descubren las substancias, las reacciones y las fuerzas que moldean el organismo más rudimentario. Pero algo se les escapa. Hay un fluído extraño que para el creyente dualista es «alma» y para el materialista «resultante» de una combinación. Las razones, en este campo de lo desconocido, las tienen todos.

¿Llegará, se nos ocurre preguntar, la hora en que el sabio halle, retenga y aquilate esa fuerza impalpable que mueve nuestra materialidad, que pone en función nuestro pensamiento, que agita nuestra sensibilidad? (1) No hay que decir sí, ni que decir no. ¿Ha habido antes misterio más grande que el de la electricidad, que hoy nos es tan familiar? ¿No te sorprende el disco del fonógrafo que reproduce la voz de aquel que está a mil kilómetros o que ya bajó a la tumba hace casi medio siglo? ¿Y la maravilla de la radiotelegrafía?

¡Qué podemos decir de lo que el sabio descubrirá mañana!

Respetemos lo incomprensible de los misterios, pero no nos entreguemos a la inacción de los ermitaños de la India que esperan la muerte, en vez de olvidarla luchando por cumplir la ley de la

---

(1) Gómez Carrillo, el ameno cronista centroamericano, nos comunicaba hace poco, en una afiligranada correspondencia, que dos sabios europeos habían inventado una báscula para pesar las almas... (?)

Biblioteca Nacional de Maestros

vida. (1). El fanatismo es estático. El saber es dinámico. No nos llenemos de vanidad, sin embargo, creyendo que todo lo ha descubierto y todo lo descubrirá la ciencia. Hay una equis colosal donde principia la vida y la materia, y otra donde ellas mismas se transforman o terminan. Afanarse por saber y ser mejor para ir hacia esas equis y reconocerlas, es lo que cabe indicar a cada corazón bueno y a cada cerebro sano. Pero para aproximarse a ese fin o principio, no es preciso avasallar a los demás, ni ultrajarles, ni exigirles nuestros pensamientos. Al contrario: reconcentrar nuestros ideales en nosotros mismos, sacarles el mayor provecho para el prójimo mientras nos despojamos de cuanto malo tenemos y recogemos cuanto buen ejemplo hallamos —, será la obra más humana que no realizan el creyente y el sabio, aislados o gruñéndose, pero sí aunando sus fuerzas, acercando sus corazones y encendiendo con sus propias virtudes la común pira del amor suplime.

VI

LOS HOMBRES Y LOS LIBROS

La mentalidad de algunos hombres se puede comparar a una charca y la de otros a un manantial. Desde ya te aconsejo que quieras parecerte a los últimos. La charca podrá ser abundante, pero

(1) «Ser es luchar, vivir es vencer». Le Dantec.

Biblioteca Nacional de Maestros

un día comenzará por disminuir su caudal, por hacerse nauseabunda y por infectar las comarcas; después desaparecerá. El manantial difícilmente se agota, y día a día es más fresco, y es más pura su linfa. La corriente del manantial es capaz de abrir el lecho de un nuevo río; es capaz de socavar un monte; es capaz de regar una región; es capaz de conducir hasta el mar una barquilla portadora de progreso.

Quería decirte que los hombres-charcas reciben del libro que leen lo que el libro contiene, y no devuelven más, sino menos de lo que recibieron. Son, esos mismos, los eruditos que han recogido las gotas de todos los aguaceros mentales. Son las enciclopedias de la memoria feliz, con un canon previsto para cada actitud, para cada situación, para cada circunstancia.

Los hombres-manantial, no son así. Leen, sí, y aprenden mucho también, pero se salen de los márgenes, agregan algo o corrigen mucho. Como el chorro surgente, arrancan algo útil y propio de su seso. Los hombres-manantial son creadores, y como tales, dinámicos, progresistas y generosos; ingieren su ciencia como los otros, es verdad, pero en vez de dejarse indigestar por ella, la asimilan para basar en ella sus nuevas ideas, para reformar otras o para cultivar el terreno donde sembrará el pensador futuro.

El progreso, la civilización y todos los adelantos humanos de cada época se deben al impulso impreso por el menor número de los hombres-manantial. La

Biblioteca Nacional de Maestros

ignorancia ciegamente arraigada a la tradición, se mantiene, en cambio, con el grupo de los hombres-charcas.

Cuando tú quieras leer, busca el libro sin barreras de prohibición hacia el bien ni hacia el pensamiento noblemente libre. Aquilata en la mejor forma ese libro, entiéndelo con talento y, luego multiplica sus páginas pensando lo que le faltó pensar al autor, o básate en cada línea para ofrecer una idea, un volumen, un cuadro, un surco, un beneficio más, o cualquier intento constructor.

Sea el buen libro tu mejor compañero, pero no te encastilles en él. Muchos buenos libros deben ser para nosotros como la lima que nos sirva para pulir nuestro entendimiento desarrollándonos las más nobles facultades.

Verdad es que el que menos quiere citar es el que más toma de los otros. ¿Pero qué cosa nueva hay debajo el sol desde Salomón hasta acá, y desde el origen del mundo hasta Salomón?

Los hombres eruditos de excesivas citas son los malabaristas que juegan con las ideas ajenas. Se parecen a esos constructores de mosaicos que no hacen más que seguir el plano para colocar las piezas que van tomando del montón. La ciencia no hace más que descubrir la verdad que ya existía; el arte no hace más que dar nueva forma, expresión o sonido a lo que desde remoto también existe. Casi podríamos decir que el objeto del hombre creador se reduce a tamizar la materia o la idea o la emoción en el cedazo de su espíritu.

Biblioteca Nacional de Maestros

¿No has leído cien libros, cien estrofas, o cien versos que contienen el mismo pensamiento? Y ¿por qué muchos son malos, otros regulares y uno solo excelente? Ya antes lo he dicho. Es cuestión de tamiz, y de que la materia provenga de un manantial en vez que de una charca.

VII

TODO ARBOL ES BUENO

Al pié de una soberbia montaña que dominaba la extensísima comarca, había un árbol alto y frondoso, de rica madera, con los primeros frutos y las últimas hojas de la estación. El viento solía perfumarse en él; los ganados y el viajero, fatigados, buscaban su sombra. En la primavera, iban las aves a tejer nidos en sus ramas. Las mariposas y algunos insectos hallaban también guarida entre sus hojas.

¿Qué asilo, pregunto, presta más auxilio con recursos tan modestos?

Cierta vez llegó hasta él cierto peregrino muerto de hambre. Había cruzado por los campos y las bestias habían huído a su paso; había llamado a las puertas de los palacios y los lacayos le habían negado un mendrugo. Le bastó, sin embargo, alargar la mano y hacer cimbrar una rama, para recoger diez exquisitos frutos y hartarse.

¿Quién da con tanta prodigalidad sin exigir recompensa?

Biblioteca Nacional de Maestros

Otra vez, con motivo del enlace de una niña del lugar, el árbol se vió asaltado por un enjambre de muchachos despiadados. Dejó que le arrancaran mil flores. Pero reservó en el gajo más alto las que debían servir para ornar el sepulcro de los que reirían en la fiesta.

¿Quién cede así sus galas para los dichosos y aún guarda una parte para cuando el dolor abata a los mismos?

Otra vez allegósele una viejecita doblegada por los años, levantó al nietecito para que se encaramara, y aguardó con el delantal extendido hasta llenarlo de hojas. El árbol no lanzó ni un ¡ay! La viejecita hizo su panacea y vivió un año más. ¿Quién se arrancaría los pulmones si la misma madre se los pidiera para tentar la curación de un dolor incurable?

Otra vez comenzó a hacharle las raíces quien pretendía hallar un tesoro bajo su tallo. El árbol ya no pudo mantenerse y rodó. Apenas un quejido lanzaron sus fibras al quebrarse.

¿Quién aguanta impasible la saña del ambicioso?

Aún no negó el árbol su follaje a los ganados, ni las ramas para el fuego o para el cerco, o para el mueble o para el bordón. Muerto ya, descortezado por las lluvias y el sol, sirvió para hacer una ligera embarcación; y así recorrió los ríos, ora llevando al pirata, ora llevando al comerciante, ora llevando la ruina, la alegría o la desdicha. Al fin, la tempestad arreó a sus dueños, y ola tras ola, un tanto raído, fué a parar a la playa. Los merodea-

Biblioteca Nacional de Maestros

dores lo alzaron y la mano del industrial lo convirtió en rústico ataúd. No tardó mucho, tampoco, en bajar a la tierra con el cuerpo de un miserable.

¿Quién anda en tantas aventuras, y sin corromperse termina realizando una acción tan abnegada?

Todo árbol es bueno... ¡Quién fuera capaz de dar tanto como cualquier árbol!

VIII

LIBERTAD

¿Hacia dónde quieres volar, avecita, para ser libre? La avecita cantaría deleitando: «Hacia el bosque, hacia el prado, hacia el río»...

Y tú, prisionero cruel que arrancaste una existencia bella, o tú inocente víctima a quien aherrojó la ignorancia del juez: ¿hacia dónde quieres partir? Uno y otro responderían ansiosos: «Hacia donde nadie corte mi albedrío, hacia donde nadie se oponga a mis deseos».

Libertad (1), libertad: ¿cuándo se es libre? No se es libre nunca, dice con irónico pesimismo el poeta Bartrina, que nos ve obligados a nacer cuando ni pensamos, a soportar la hechura de un vestuario a la moda y a mesurar por urbanismo todas

(1) Refiriéndose a la trilogía «Libertad, igualdad y fraternidad», que tacha de científicamente absurda, dice el doctor Ingenieros en su «Sociología Argentina»: «El determinismo niega la libertad...» (pág. 193).

Biblioteca Nacional de Maestros

las acciones que nuestra animalidad quisiera ejercitar saciándose.

La libertad —, creo que es un pensamiento del ex-presidente Wilson —, depende de la armonía con que somos capaces de vivir en sociedad. Si debido a nuestra moral y cultura giramos en nuestra esfera de acción como la pieza bien limada gira en medio de la extrema complicación del más bien construído motor, somos libres. Libertad, pues, no es un absoluto aislamiento ni una abstracta existencia fluctuando sin obstáculo ni control en la nada. El aire que nos presiona, la ley que nos da derechos y nos impone deberes, las múltiples relaciones sociales, son causas sensibles que destruyen toda utopía.

Ser libre es desenvolverse con cordura en el medio social en que actuamos, respetando a los demás, para que, a su vez, nos respeten.

Yo no sabría decirte si la avecita suelta que sufre la inclemencia de la tempestad y la asechanza perpetua de la alimaña, es más feliz que la que canta, se alimenta y procrea en jaula de oro. Tampoco sabría decirte si es más libre y dichoso el hombre inepto que gime tras la reja, o el que mendiga de puerta en puerta, o el que lleva por mares y estepas el estandarte de la legión vencedora, o el que vaga a su arbitrio por donde el instinto, la inteligencia o el corazón le conduce...

La relatividad de las cosas nos detiene a cada paso que lanzamos el pensamiento ávido de luz.

Biblioteca Nacional de Maestros

¿Debemos claudicar? Jamás. El ideal supremo debe ser siempre inaccesible para ser eterno; y hacia él debemos ir con amor, como va hacia una estrella la mirada ansiosa de cualquier mortal.

Biblioteca Nacional de Maestros

GLOSANDO MIS VERSOS...

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

I

La ambición del abrojo

Tentado estaba el abrojo
por cambiar de condición
aún con dientes de ratón
o élitros de gorgojo.

Deseando comenzar,
con un afán más que terco,
sobre el rabillo de un puerco
saltó el muy necio al azar.

Allí encontró, su ambición,
por escasez de talento,
en vez de goce, el tormento
de la ansiada posición.

*
* *

Es preferible ser abrojo, simple abrojo, antes que abrojo prendido en la cola de un puerco o en la melena de un león.

Muchos ejemplos como el presente nos muestra la práctica diaria de la vida. Saludable sería con-

Biblioteca Nacional de Maestros

vencernos ante la experiencia ajena para ahorrarle sinsabores a nuestra propia carne.

II

Trabaja...

Emplea tus manos alegre, consciente,
hilando, tejiendo o haciendo tu pan,
que no vale nada ser joven valiente
perdido en el vicio como un holgazán.
Mañana en los campos, como en las ciudades,
reduce tus ocios en noble labor,
y piensa que todas las «manualidades»
pondrán en tu frente glorioso sudor.
Que nunca tu diestra se ciña a la espada,
que nunca tu diestra pida caridad;
que mueva la rueca, la rueca encantada
del bien, del esfuerzo, de la libertad.
Los callos que dejan el hierro y el mimbre,
el hacha y la pala, son sellos de honor...
Las niñas que arreglan pacientes la urdimbre,
desbrozan sus almas de todo rencor.
Cantemos al fuerte trabajo q' empuja
al hombre, quebrando las vallas del mal.
Cantemos la humilde labor de la aguja
y la obra tremenda del yunque triunfal.

* * *

El trabajo es una ley de la vida que no se con-

Biblioteca Nacional de Maestros

cibe sin la vida misma. Todo es trabajo en los orbes, en los mares y en los continentes. Porque el trabajo es la misma lucha por la existencia.

El trabajo es el mejor remedio para curar el tedio por donde se desciende al suicidio o por donde en el caso de una reacción hermanada con el ocio, se asciende al odio fatal, a la inquina tonta y a la prédica utópica del puritanismo huero de los que no han plantado ni un rábano.

Los chismosos y lenguas largas, que no carecen de brillante actividad extraviada, trazarían hermosos surcos si una ley previsora y preventiva les llevara humanitariamente a los campos fértiles que claman al cielo por un puñado de semillas...

Trabajen los buenos niños que ansían riquezas, renombre o glorias. El trabajo no enferma más que a los flojos.

Trabajen, y, grande o pequeño, muestren el fruto de sus esfuerzos, ora como a, b, c... esto es: reja forjada, verso escrito, trapo zurcido, deber hecho, caridad realizada, ahorro practicado y más.

Trabajen trabajando, — diríamos con una redundancia intencional; — porque hay quienes trabajan imaginando. Hay quienes siempre están por sembrar cien leguas de perejil, o escribir un poema de cuatro millones de décimas. Y, al final de cuentas, siempre en veremos, se mueren de viejos, sin haber hecho nada, para que todavía la ingenua bondad postrera les suponga que se fueron con su proyecto genial por no haberle dado Dios cien años más de vida.

Biblioteca Nacional de Maestros

III

A un literato

Aferrado en hacer tu filigrana
no te apartes un palmo de lás huellas
mientras q' en el zig-zag de mis querellas
yo gozo como un rey de mi real gana.
Cuando en limar su pulcritud se afana
tu fiel musa que es bella entre las bellas,
oh, la mía se acerca a las estrellas
impulsada por fuerza soberana.
Pongo médula a todo lo que escribo.
Le doy fuerza y calor. Si no concibo
no abro el surco fecundo de mis prados.
Y, cuando arden mis fibras de platino,
hago versos de cuño diamantino
a cuyo son se postran los malvados.

*
* *

«Hacer aunque se haga mal», — decía Sarmiento. Hacer, dar, dar... He ahí lo grave y necesario. Pero eso de limar la diminuta pepita áurea hasta quedarse sin ella, es cosa de necios que ignoran que la perfección absoluta no pertenece a los humanos.

Los que más se equivocan suelen ser los que más hacen. Los timoratos y las momias, pues, no

Biblioteca Nacional de Maestros

han inventado las locomotoras, los aeroplanos ni los cepillos de dientes.

Los criticastros tienen buena tarea junto a la obra de los hombres activos que se afanan por repartir a la sociedad su amor y sus caudales de ciencia, de arte o de dinero.

Cualquiera de esos hombres dinámicos podría decir:

> No dirán que estos afanes
> fatigaron mi memoria.
> Es mi alma planta. Sacudo
> la planta y caen las hojas.

¡Ni hojas tendrían que juntar los roedores del pensamiento!

Cuando un hombre laborioso se proponga dar, los envidiosos deberán comprarse varios pares de mandíbulas para devorarle una mínima parte de sus cosechas. Ahí están los cincuenta tomos de Sarmiento, los recios volúmenes de Ameghino, Mitre y otros, llenos de defectos, sí, pero con la perspectiva de vivir algunos siglos más. ¿Y sus detractores? Los tiempos sólo respetan las obras que encierran amor, honradez y pensamiento, sea cual fuere el rumbo en que se movieran sus autores.

Niños buenos: afanaos por hacer, y hacer algo noble, sano y honrado. ¿Para qué disputar méritos? ¿Para qué envidiar? ¿Que no es bien ancha la tierra y tiene cien mil rutas no holladas que esperan nuestros esfuerzos, ansiosas de revelarnos sus múltiples misterios?

Biblioteca Nacional de Maestros

IV

La aguja

Agujita buenita,
muchas, muchas, mil gracias;
con tu ayuda he cosido
mi pollera y mi capa.
De allá para acá siempre
y de acá para allá,
remendé mi saquito
y aprendí a vainillar.
Agujita malita:
qué punzante dolor,
y en el dedo una gota
roja igual que una flor.
Pero no te maldigo;
es culpable mi mano
un poquito inexperta,
distraída otro tanto.
Trabajemos en paz,
con ahinco y amor,
para no sentir más
el horrible escozor.

* * *

El ocio es un dragón maligno que se lleva devoradas muchas virtudes femeninas.

La aguja laboriosa es una excelente compañera de las obreras y de las doncellas en general.

Biblioteca Nacional de Maestros

Oh, quién sabe cuántos de los extravíos que atiza la alocada imaginación no mueren atravesados de medio a medio por la «agujita malita» que va y viene de un lado a otro del honrado remiendo y se clava en el dedo, como para hacer recapacitar a la tonta cabecita romántica.

Bendigan las niñas a la modesta aguja y defiéndanse del ocio traicionero, ora con el libro, ora con las buenas lecciones, ora con las labores manuales.

V

Mi bandera

Azul-celeste y blanca
es mi bandera.
No la manchó el oprobio
ni aun en la guerra.

Es un lienzo de gloria
que no alardea:
va la paz en sus pliegues
siempre sin mengua.

Belgrano soñó un día
su imagen bella
y San Martín llevóla
por toda América.

Al frente de sus huestes
irá doquiera
jalonando el progreso
con sus escuelas.

Biblioteca Nacional de Maestros

Cuando cruza los mares
su caudal lleva
de mieses sazonadas,
de amor, de ideas.
¡Salud, enseña amada,
mi augusta enseña,
símbolo de justicia,
no de la fuerza.

*
* *

Los pueblos y las sociedades, los partidos y los credos de ayer, como los de hoy, tienen su bandera.

La bandera es como la imagen en las religiones. Por eso no hay que confundir el simbolismo y representación sintética que hace ella de la patria, con la patria misma. Nadie, tampoco, confundiría el retrato del ser querido, con el ser mismo que se ausentó o dejó de existir.

La ignorancia o la pasión política hace que unos u otros ambiciosos que no se avienen con la evolución progresiva de la civilización, substituyan nuestra bandera por otros trapos que no certifican sacrificios, glorias ni afanes mejores que los que certifica la sublime creación de Belgrano, pese a los errores de tales o cuales gobernantes con los que no comulgaremos jamás.

No hagamos un fetiche de la bandera. Pero no ignoremos todo lo que a su sombra ha ocurrido, siempre para bien de los argentinos y para bien de

Biblioteca Nacional de Maestros

todos los hombres del mundo que quieran convivir con nosotros.

VI

Mi concepto de patria

He ensanchando mi patria
día tras día
del regazo materno
a la campiña.
Y cuanto más estudio,
más se amplifica:
es mi pueblo, otros pueblos;
es la provincia.
Es toda una República:
¡Es mi Argentina!
¡Viva la patria hermosa!
Cien veces: ¡viva!
Pensando con altura
y sin inquinas,
llega mi afecto a América
y al orbe grita:
«Amémonos, hermanos,
toda la vida.»
«¡No más credos ni clases
que nos dividan!»

*

* *

Biblioteca Nacional de Maestros

He ahí un anhelo lógico, en marcha ascendente hacia el ideal. Destruyendo, odiandó, con la envidia en los incisivos, la columnia en la lengua y el convencimiento en la punta de la daga, no se redime ni se realiza obra bella y duradera.

Hay que comenzar por la cultura y la paz personal, para extender luego nuestra acción al hogar, al vecindario, a la provincia, al país, al continente, al mundo. Nada procede a saltos. Y, los estallidos se truecan en humo, y el humo en nada.

La patria, entendida como deseamos, sin inquinas, por el amor y el trabajo constante en todos los campos, no perjudica la armonía del universo, porque en vez resulta un factor noble para el común anhelo.

Por otra parte, la igualdad como todos los ideales, es una sublime utopía hacia la cual conviene, sin embargo, marchar para perfeccionarnos y aumentar la felicidad en la tierra. Para ser iguales anatómica-fisiológica y psicológicamente, sería menester vivir en un mismo lugar, bajo un mismo clima, haciendo todos las mismas cosas, procediendo de una sola raza; sin taras ancestrales por culpa de los abuelos bebedores o enfermos, etc., y más etcéteras!

Es necesario tener ideales como puntos altísimos de mira para avanzar hacia ellos, pero es conveniente saber que el ideal no se atrapa... Sólo los gatos atrapan su ideal: la avecita que engullen. Sólo los avaros mueren de hambre sobre sus montones de oro por el mismo extravío.

La patria es una concepción ideal de paz, amor

Biblioteca Nacional de Maestros

y progreso. No es la nación. No es el estado. Pero involucra a ambos; es menos tangible; no se puede definir, pero se siente por las mismas razones que el hijo siente el afecto sacrosanto a la madre.

VII

Consejos del maestro

Sigue y sigue constante como un Sísifo
que al fin tu choza plantarás bien firme;
y cuando oigas las risas del escéptico,
repleto de optimismos, también ríe.
Persevera, cómo hacen las abejas,
y tendrás tu laurel y tu alegría;
arranca de tu frente la ignorancia,
y de tu pecho joven, las envidias.
Piensa que todo, si te afanas, puedes;
ve que es útil la brizna y la montaña;
y recuerda que el que odia no redime,
sino el que lleno de idealismo, ama.

*
* *

El buen jardinero no se desmoraliza nunca. Donde el vendaval o el «taladro» le derriba un rosal, planta, por previsión, dos rosales.

Los maestros somos jardineros de almas. Cuando los gozquecillos de la impotencia ladran, lejos de enojarnos, nos afanamos por desparramar todo el

Biblioteca Nacional de Maestros

bien que aún falta para que los unos amen a los otros y todos trabajen por la dicha común.

VIII

Cómo aplauden los perros

Le extrañó al buen anciano q' marchaba
en santa paz, por su áspero camino,
el tesonero afán con que un canino
hasta sangrar la boca le ladraba.
Yo te doy las piltrafas, — le gritaba —,
cuando en las Pascuas mato algún porcino;
yo te libré una vez de un mal vecino
que a arreglarte las cuentas se acercaba.
Su burro rebuznó: —Sabe todo eso,
y que le has dado pan, azúcar, queso.
que no echó ni echará nunca en olvido.
Entonces, — gritó el viejo — ¿por qué ladra?
Respondió el burro: —porque así le cuadra,
y usa, para aplaudirte, su ladrido.

*
* *

Generalmente los que nos denigran son los que más nos admiran; son los perros que anhelan rabiosamente poseer nuestros méritos. Claro que han errado el método para cosechar honras y laureles, pues, en lugar de realizar obra quemándose las cejas, creen resolver el problema de su incapacidad

Biblioteca Nacional de Maestros

arrojando el polvito que arrancan sus patitas de laucha, sobre las reputaciones que, grande o pequeño, ya tienen su cimiento.

IX

Consejos

Cuando quieras vencer, no digas nada
y todos tus afanes reconcentra
como el creyente que a su templo entra
con su fe, o su pasión reconcentrada.

¿Quieres otro consejo? Esconde el ala
con la que sueñas repasar el cielo,
porque ¡pobre de tí si algún mochuelo
te ve adornado de tamaña gala!

*
* *

Hay que esperar, en constante gestación, la hora del triunfo. La perseverancia, el amor sincero y la altura de un ideal, llevan en la vida o después de la muerte al hombre o a la obra hasta donde el noble afán se propuso llegar.

Esconder el ala, en estos versos, no significa temer. Se aconseja, sobre todo, elegir la oportunidad. La oportunidad es el tiro de gracia que hay que saber dar serenamente y con acierto.

Biblioteca Nacional de Maestros

X

Aquellos...

Los aburridos que allá van cruzando,
mustio el semblante, la mirada baja;
los que llevan revólver o navaja
mientras ¡pobres suicidas! van llorando;
Los que pierden la noche en la carpeta
cuando sus hijos moribundos gimen;
los que ultrajan su honor pensando un crimen
y derraman su lágrima secreta;
Los que ríen, tal vez sangrando penas,
los que buscan las sombras y el olvido,
¡son los pobres bohemios que han perdido
del hogar sacro las caricias buenas!

*
* *

¿Qué más decir de «aquellos»? Mejor qué decir, sería discurrir. La escoria social está formada por esos pobres amorales del vicio, del dolor, de la ignorancia y de la miseria, que se han alejado del hogar.

El juego y el alcohol son los terribles arietes de la felicidad humana.

Aunque quedemos al margen de la vida social, huérfanos de toda amistad y nos expongamos a todos los desprecios, debemos decir con altura y sin

Biblioteca Nacional de Maestros

temor: los que se emborrachan y juegan son unos imbéciles.

XI

El niño (1)

Él siempre alegre va.
Va riéndose, cantando...
¡Es enigma la vida para el niño
y para el hombre arcano!
Un niño es alegría
aunque aturda llorando.
Es todo... es porvenir y aun hay quien dice
que muerto es ángel. Cuánto
valen los infelices
que cruzan descalzos!

Niños de frentes blancas,
de labios rosicler y rizos largos:
¡mientras haya un hogar tendréis su cuna,
su amor, su seno y maternal regazo!

*
* *

He ahí, niños, cómo os ven los padres y quienes os aman. He ahí lo que sois vosotros: porvenir, todo...

Ojalá bregueis siendo buenos para alcanzar lo que os reserva el futuro.

(1) Fragmento de un poema.

Biblioteca Nacional de Maestros

XII

El hombre (1)

¡El hombre! Acaso ni el recuerdo escucha
de la tierna niñez que lejos clama,
cuando su pecho de titán se inflama
buscando el bienestar en fiera lucha.

¡El hombre! Fuerte como las palmeras
que no arranca al correr el torbellino
tiene siempre que ser. ¡Es su destino
batallar con verdades y quimeras!

¡El hombre! Larga es su existencia, larga,
cuando anida en la entraña el sufrimiento,
y no puede volar el pensamiento
como alas rotas y pesada carga.

*
* *

Aunque al hombre le correspondan tantas responsabilidades, no os atemorice, niños, esa condición del ser humano, que es como el jalón que marca la culminación de la existencia. No se concibe la vida viril sin luchas. El hombre que no ha luchado, es una forma que ambula dando malos ejemplos.

---

(1) Fragmento de un poema.

Biblioteca Nacional de Maestros

XIII

Canta el «over hall»

Soy el hábito mejor
y quizá el que menos cuesta.
Además, nadie le resta
conmigo fama a su honor.
El músculo del obrero
bajo mi tela se afana
trocando al yunque en campana
que empieza con el lucero.
Hoy, con bondad, seré abrigo,
y si se ofrece, bandera.
Muchos me han dicho en la acera:
«¡Bien, over hall, traje amigo!».
Y ya he cruzado triunfal
en dirección del colegio,
junto a más de un trapo egregio
que me ha mirado muy mal.
La vanidad se burlaba
de mí con rara acritud,
mas, la ardiente juventud,
«¡Bien, over hall!» — me gritaba.
Y bien he de ir mientras vea
que sirvo bien a los más.
¡Yo soy abrigo de paz
que puedo trocarme en tea!

*
* *

Biblioteca Nacional de Maestros

Ni las religiones ni las doctrinas más avanzadas han podido hasta hoy inculcar en el espíritu de las gentes la conveniencia de la modestia en el vestir. Más que todas esas buenas prédicas, puede el comerciante hábil que, conocedor del afán simiesco de las clases adineradas o sin dinero, lanza a la calle sus modelos, exhibe sus maniquíes en las luminosas vidrieras y multiplica sus anuncios en los grandes periódicos.

«El hábito no hace al monje», es una expresión moral que todos saben pero que muy pocos acatan.

Un papanatas a la moda se impone en un día de plaza o de cine con más facilidad que un hombre de estudio que se ha quemado las cejas durante medio siglo.

La cultura ética, física y moral, irán poco a poco dando la belleza y la gracia que no necesita de ningún recargo suntuario para distinguirse e imponerse.

XIV

El automóvil

Corre y corre el automóvil
por las huellas del camino.
A contemplar su carrera
se asoman en los ranchitos.
El buen criollo ha de pensar
que ojalá así hubiera un pingo,
para bolear avestruces,

Biblioteca Nacional de Maestros

para librarse del frío,
para vencer en la guerra,
para esquivar el destino...
¿Quién irá adentro? —, preguntan
admirándose los chicos.
El diablo —, gruñen las viejas.
El patrón —, corrige un indio.
Mientras el diálogo sigue,
el auto ya se ha perdido.
. . . . . .

Como a la siesta regresa
tan brioso como al principio,
sin ganas de revolcarse
debajo los arbolitos,
cuánta envidia han de tenerle
el boyero y su petizo,
y qué insulto ha de lanzarle
en su alarmante relincho
el picazo que es mentado
parejero en el pueblito.

*
* *

Hace unos veinticinco años, cuando yo era niño, estando en la estancia de mis padres, oí referir a un gaucho un suceso que hacía poner los cabellos de punta.

Viajaba el buen hombre por el camino real, cuando un rumor extraño le hizo volver la cara para mirar.

Biblioteca Nacional de Maestros

«Como grandes candiles» —, según se expresaba —, dos luces brillantes le hirieron la vista, y antes de que pudiera reflexionar, cruzó junto a él un vehículo sin caballos con gente que reía adentro. Dejó un olor infernal, y bañando de luz los cardales secos, se perdió en las tinieblas de la noche...

El paisano —, «hombre de crédito que no sabía beber» —, se asustó de tal modo, que de una sola carrera llegó a su rancho.

Al otro día el suceso era conocido en todo el cuartel.

Nadie se atrevió a descifrar el misterio, y hoy mismo ha de recordarse por allá.

Sin embargo, la gente discreta ha llegado a deducir que el tal «coche sin caballos» no fué otra cosa que uno de los primeros automóviles que corrieron por esos campos. Pertenecía a un señor de Buenos Aires, cuya estancia estaba en el partido de Navarro.

*
* *

La ciencia es luz que pasma al ignorante para dar paso a la verdad.

*
* *

Los duendes no son más que alucinaciones de los cerebros ociosos.

Biblioteca Nacional de Maestros

XV

A un joven

No interrumpas la senda del que avanza
persiguiendo afanoso una verdad;
no desalientes al que empieza tarde
ni al que anhelando va.

Dale amparo al que sufre y al que cae;
haz bien aunque otros te devuelvan mal;
lleva limpia y tranquila tu conciencia
hasta la eternidad.

Y no cedas al oro que envilece
ni te halague la oferta del azar;
huye del que traiciona y del que juega
como del criminal.

Que siempre haya en tu espíritu bondades,
que siempre haya en tu frente un ideal,
que proscribas los vicios y que cuides
tu honor, tu dignidad.

Así entonces verás bella la vida,
bello todo en el mundo, y triunfarás...
Haz como digo, como debes, joven:
no te arrepentirás!

*
* *

Biblioteca Nacional de Maestros

Generalmente, el que se inicia, el que persigue un ideal, encuentra antes que el aplauso y el estímulo, las burlas. Los otros, los que de todo se rieron, los escépticos, los malos, aun viviendo piérdense de vista en la masa común de la vulgaridad.

Jóvenes: a vencer os invita el porvenir. A vencer perseverando con la pluma, el martillo, el arado o el cincel.

XVI

A un amigo

Toma el pan de mi hogar. Juguemos juntos
disfrutando los dos de una alegría,
y si toca sufrir, suframos siempre
cual si tuviéramos la pena misma.

Yo estaré donde llames. Si tú caes
valor tendré para curar tu herida
y, con la fe de mi amistad, te juro,
que al salvarte, la muerte no me abisma.

Como van por los aires dos palomas,
con sus alas cortando la neblina,
así iremos los dos, abriendo sendas,
en los páramos largos de la vida.

Sólo, es triste luchar. Pero si al lado
a tiempo oímos que otra planta pisa,
nuestra frente se eleva y nuestro cuerpo
siente el grato calor de otra energía.

Biblioteca Nacional de Maestros

*
* *

¡Un amigo! He ahí, niños, lo más sagrado, y por eso lo más difícil de hallar y mantener. La experiencia de la vida os azotará con muchos desengaños. Jesús tuvo un amigo que le vendió: Judas. Muchos amigos hallaréis así. Son los que no se apiadarán de vuestros dolores. En cambio, son los mismos que especularán acerca de vuestra bondad. Os cubrirán con elogios para conduciros a la mezquina finalidad de las bajezas que por cobardía no pudieran consumar. Si poseéis fortuna, os halagarán, mientras en vuestras mesas quede la última migaja. Después se irán como los cuervos hartos. Los que encontréis un amigo que sólo aspire a vuestro cariño, sin ningún otro afán escondido, cuidadlo como a un tesoro. Los que no halléis ninguno así, vivid entonces fielmente en compañía de vuestras conciencias; y, en compañía de vuestro Dios, si practicáis un culto noble, vivid los que seáis creyentes sinceros.

XVII

Sin egoísmo

Abre el sensible corazón a todos
los niños, — albas, auras, arrebol; —
que tengan tus sonrisas los más pobres;
tus besos y tu amor
aquellos huerfanitos solitarios

Biblioteca Nacional de Maestros

sumidos en las lacras del dolor;
que tengan tus afectos los que tiemblan
buscando un rayo lívido de sol.
Quiere a todos los niños
que así te querrá Dios;
y vertiendo a raudales sacras lágrimas,
por ellos, — albas, auras, arrebol, —
con gratitud sublime, como nadie,
más que nadie y que Dios,
ciego a todas las burlas y desprecios,
te querré yo!

*
* *

Muchas madres cumplen muy bien con sus deberes, cuidando y amando a los suyos. Pero es a menudo muy común en las mismas la impiedad hacia los que, además de no ser carne de su carne, carecen de mejor suerte o se ven en la necesidad de servir y mendigar.

Las mismas casas de huérfanos suelen no ser más que depósitos de vidas con las alas del ensueño atadas. Los pobrecitos, esos, pagan con todo su porvenir el mendrugo con que la sociedad les sacia.

Existen, por egoísmo, esclavitudes disimuladas que llenan de pena el corazón de los buenos.

Biblioteca Nacional de Maestros

XVIII

El triunfo es de todos

Cuando analizamos el camino recorrido, pensamos firmemente que la victoria no es hija exclusiva de nuestro esfuerzo, sino que también lo es del estímulo constante de los buenos que nos rodean. Y más: hasta los que por sus envidias nos hostigan con injurias, tienen su abultada parte en nuestros triunfos, porque los que luchamos, lejos de amilanarnos bajo el acicate de la calumnia, redoblamos nuestro empeño, cobramos alas y volvemos de nuestro Olimpo despojados de las miserias terrenales, pero pujantes siempre bajo el peso de cien guirnaldas de lauros o de mies que, incinerados por la llama de los amores más sagrados, darán lumbre para ahuyentar a los murciélagos, perfume para embalsamar el ambiente, humo para destruir los mosquitos del diarismo cobarde y aun residuos para cultivar muchas hectáreas de rosales.

*

* *

Corazón

Sé bueno, corazón. Sigue ritmando
tu cántico de amor,
y ondula como un mar cuando a tu diestra
crucen la inopia, el llanto y el dolor.

Biblioteca Nacional de Maestros

Ábrete en mil pedazos si no puedes
dar un mendrugo al mísero gañán,
y en la muerte del pobre sé campana
latiendo sin cesar.

Cuando llame una pena a tu celdilla,
arráncala del mundo; es tu deber...
Hay muchas penas huérfanas. Recógelas,
que harás al mundo incalculable bien.

Corazón, corazón, sé siempre bueno;
no hieras nunca; expurga tu rencor,
y que en todas tus obras, como un astro,
esplenda un ideal o una ilusión.

* * *

Ser bueno, es ser fuerte. El triunfo de los malos se parece al rayo: intenso fragor, alguna víctima, y después nada. El triunfo de los buenos es constante y silencioso, pero eficaz, y beneficia a muchos.

Seamos buenos de alma, pensamiento y acción.

XIX

La traición

La traición es el gato que desde los rosales
atisba a la avecita que vuelve a su nidal.
La mentira es su cómplice, como son los tapiales
los cómplices caminos que toma el animal.

Biblioteca Nacional de Maestros

Las almas blancas abren sus amplios ventanales
para que la luz eche su divino raudal.
Las almas pervertidas afilan sus puñales
y esperan que la noche tienda su tul letal.

El odio se retuerce mordido por la insidia,
y contra la impoluta virtud, mueve su envidia,
y da brutal zarpazo volcando su furor.

La dicha muere entonces; la vida escapa a veces,
pero al correr del tiempo se levanta con creces
la virtud, lirio sacro del eterno dolor.

*
* *

Ni la envidia, ni la traición, ni todas las inquinas incubadas en los pechos más viles han edificado jamás nada duradero. En vez, del amor de los buenos ha salido todo, desde el pan blanco que comen los perversos hasta el medicamento que trata de volver a la ruta de la moral a los tarados ancestrales que aun no han dado con la celda de su manicomio.

La virtud es, efectivamente, un lirio sacro que florece siempre, y cuya belleza se magnifica con el dolor. Por eso, cuán en vano la ladra el odio. La virtud ha de cruzar siempre inmaculada como cruza un rayo de luz sobre los estercoleros, sin contaminarse.

Benditas sean vuestras virtudes, niños y niñas. Y loadas sean una y mil veces si un día las sacáis

Biblioteca Nacional de Maestros

limpias en la prueba de la calumnia que nos rodea como una banda de lobos que cae sobre la aldea al parecer solitaria de la estepa donde los moradores viven al calor de sus hogares y con el arma invencible al brazo.

Pobre virtud nos parece, en cambio, la del que no ha salido de su cueva de cristal; la del que jamás se equivocó porque jamás hizo nada; la del que ve jibas en todos los transeuntes y no ve la mole de torpezas de su frente ni presiente las lacras de su corazón.

Benditas sean vuestras virtudes, niños, para vuestro bien y la dicha de la sociedad desde donde han de extenderse los vínculos fraternales que asegurarán la paz del mundo.

Biblioteca Nacional de Maestros

RECUERDOS

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

HUELLAS IMBORRABLES

Mi padre cayó enfermo de gravedad. Llegó la hora de la fiebre, y el delirio agrandó las pupilas. El malestar hundió cada vez más terrible sus cien garras. La desesperación movió rudamente al corazón. ¿Qué hacer? No hubo más que una resolución unánime: llevarlo al pueblo.

Se dispuso todo con premura. Un instante después, un coche cerrado hundía sus ruedas en la arena del patio y los cuatro caballos hacían repicar sus rudos cascos. Abrióse la portezuela, ya cuando cuatro peones transportaban al enfermo. Mi incontenible llanto y el de mis hermanos resonaron, ahogándonos, bajo el corredor. Mi padre, casi vencido por el mal, se fijó en nosotros, y dejó luego vagar la mirada. Cuando el vehículo se puso en marcha, una sonrisa indefinida entreabrió sus labios. ¡Adiós!... ¡adiós!... Ese adiós vibrará eternamente. La muerte lo esperó allá. Un día supimos la noticia fatal. Y lloramos como nunca. Con mi hermana Claudina, cuando al entrarse el sol la tarde nos ponía más tristes, y se intensificaban las ansias de ver al que ya no volvería más, nos íbamos hasta el corredor, y desde allí, bañados los rostros en lágrimas, recorríamos las huellas del coche hasta el camino,

Biblioteca Nacional de Maestros

donde más que perderse, parecía que se esfumaban en el polvo sutil que levantaba el viento. Muchos meses duraron las huellas en el patio. Después desaparecieron. Pero yo las veo con mi imaginación, y es por eso que para mí perduran imborrables junto al recuerdo más sagrado que guardo.

Biblioteca Nacional de Maestros

EL GALLEGO CERAZO (1)

Homenaje a mi madre.

Sólo a fuerza de educarme he conseguido sacar de mi corazón un odio infantil que en la vida adulta podría hacerse torturante para el alma. Ese odio nació espontáneo, sin que yo supiera definirlo. No lo engendró la meditación ni la lucha de pasiones que aun no arraigaban en mi pecho. Fué fruto del dolor que germinó regado con todas las lágrimas del hogar.

Cerazo era un amigo de confianza de mi padre. Este le antepuso el afectivo «gallego». En casa, en el cuartel, en el pueblo, no se le conoció desde entonces por otro nombre.

Pero ¡cómo pueden las felonías humanas cambiar los calificativos más amables en los despectivos que; a no existir la razón, uno extendería a toda una raza! Quizá el odio secular del cristiano para con el judío tenga así su razón. Mi madre, y aquellos de mis hermanos que no han seguido la ruta sedante del estudio, han guardado mejor que yo el recuerdo de la infamia, que tan acerbamente obró sobre nuestro destino.

---

(1) Aún me obliga la piedad a deformar el apellido del infeliz autor de esta vieja leyenda familiar.

Biblioteca Nacional de Maestros

Por eso es que en muchos casos, el vocablo «gallego» les resulta sinónimo de traidor.

No se hacía fiesta ni se tendía la buena mesa de los cumpleaños sin mandar antes invitar al «gallego» Cerazo, que vivía a quince cuadras, en el almacén que había en nuestro mismo campo, y de donde se surtía la Estancia con el regocijo de los dueños de aquél, que veían una garantía, más que en la palabra honrada de mis padres, en las ubres de las lecheras, en el testuz de los toros, en los vellones de las majadas y en la misma tierra que pisaban. Aquellos tiempos eran de apogeo, y cuando la felicidad batía sus alas en nuestros montes, en nuestras lagunas y en nuestras ensenadas.

Pero ¿qué hay eterno, Señor? ¿La muerte? ¿El dolor?... Cinco años tenía yo cuando murió mi padre. La tribulación de mi madre fué grande. Mis numerosos hermanos no hacían otra cosa que llorar. Yo me impresionaba, pero no podía aún medir la magnitud de la desgracia. La muerte de un hombre sano y aun fuerte, sorprende y anodada como el espectáculo de un cerro que se derrumba en pleno día luminoso.

Nada útiles pudimos ser entonces a mi madre. Pero ella aunó esfuerzos y buscó la bondad de los que gozaron del servicio o de la amistad de mi padre. Con mesura o con exceso el buen consejero dió su consejo sin aventurar otra cosa. El egoísmo humano es tal, que casi nadie se molesta más que por lo suyo, y aun suele tratarse de esquivar el sufri-

Biblioteca Nacional de Maestros

miento gratuito que puede aumentar una cana o apresurar una palpitación irregular.

El «gallego» Cerazo se presentó a su vez, vertiendo las lágrimas que agradecimos, y ciñendo las manos que estimamos francas.

Agobiados por tantos pesares, sentimos hondo alivio ante tal bondad. Al fin, las palabras y el afecto son siempre los mejores bálsamos para el espíritu frente a lo irremediable de la efímera existencia. Sin esa santa resignación, los buenos iríamos a la tumba en larga hilera.

El «gallego» Cerazo se mostró, durante los días que fué a vernos, cordial, útil y diligente. Algo se le encomendó, y lo hizo. Nosotros le agradecíamos hasta en lo más insignificante con esa gratitud que es tanto más honda cuanto mayor es el sufrimiento que nos agobia. Pero un día estuvo pocos minutos. Después de hacer firmar a mi madre un documento sin previa lectura, que debía haber sido un recibo de cancelación, se fué sin saludar más que a los que encontró a su paso.

Como se deslizó una semana sin que regresara, nos llamó la atención. «¿Por qué no vendrá el pobre «gallego»? — decíamos. — ¿Estará enfermo? Tan servicial, tan bueno...»

Se envió un boyero a preguntar al almacén. No trajo otra noticia que ésta: «Dicen que ha ido a Chivilcoy, y no saben más».

Nuestra preocupación santa se intensificó. Esperamos noticias y no llegaron. Temíamos que alguna desgracia lo hubiera llevado lejos. Los más niños —,

Biblioteca Nacional de Maestros

santa ingenuidad de niños, — creíamos que su dolor por la muerte de mi padre lo hubiera herido hondo hasta tenderlo en un lecho de hospital.

Una tarde, cuando quizá ya habíamos agotado el interrogatorio a propósito de la insólita ausencia, blanqueó allá lejos la nube de polvo, y al salir de un recodo se dibujó la silueta de un coche. Todos pensamos que el Gallego Cerazo vendría allí deseando saber qué era de nosotros.

Una vez en la tranquera, se apeó un viejo conocido. Los mayores cambiaron afectuosos saludos. Los chicos, puro ojos, mirábamos y nos sentíamos contentos con la llegada de un transeunte cuya presencia es en la campaña siempre un motivo de halago.

Nadie conocía la ocupación de aquella persona, semejante a tantas que se ven, se olvidan o se dejan ir sin inquirirlas nunca.

Después de largas recordaciones, y cuando le fué posible romper la dureza de la cortesía circunstancial, el hombre significó su grave oficio: «alguacil», y su dura misión: «cobro de un pagaré por algunos miles de pesos a favor del señor X... Cerazo».

Nunca supimos en qué forma estallaron nuestro desengaño, nuestro dolor y nuestro odio. El alguacil se fué diciendo apenas adiós. Mi madre recurrió después inútilmente a los juzgados. Los que se ofrecieron para mediar en la defensa, lo hicieron para robarnos un bocado más de pan. Nadie pudo torcer la fatalidad de la infamia, y mi madre protestó por haber sido sorprendida haciéndosela firmar mi-

Biblioteca Nacional de Maestros

serablemente un pagaré para cubrir cierta ficticia deuda de lo que no habíamos comido ni bebido. No obstante, reconoció con altivez su firma. Pero, como para desahogarse, lanzó ante el juez cómplice las más duras maldiciones.

Aquella traición que marcó el principio de nuestro derrumbe económico no le aprovechó mucho al vil «gallego». El desdichado se vió perseguido por su conciencia. Nunca alzó la vista a nuestro encuentro, y si nos divisaba, tomaba ligeramente otro rumbo. Una ocasión, casual y feliz ocasión para satisfacer un odio sagrado, se encontró el miserable frente a frente con mi madre, en un lugar cuya única salida pisaba su víctima. Era un escritorio comercial y había diversas personas. Mi madre se quedó rígida y amenazante. El «gallego» comprendió. Y, ante el asombro de todos, al oír la voz condenatoria de mi madre, hizo unas escaramuzas, y temiendo el avance de quien como una fiera hubiera reivindicado hasta con sangre el pan de sus hijos y el corazón de su esposo, huyó dejando en las manos de su terrible contrincante el poncho fino de sus hazañas, que se abrió en pedazos ante los ojos de los que aplaudieron aquella actitud incontenible y justiciera.

Yo no soy fanático ni supersticioso, pero creo que las bajas acciones son nuestros contrapesos de toda la vida, capaces de influir por el cruel estado de ánimo, hasta en la vida de los seres que llevarán nuestra sangre y nuestras taras.

El Gallego Cerazo formó su hogar, y el espíritu

Biblioteca Nacional de Maestros

implacable del mal comenzó a abatirlo. Supe que dos o tres de sus hijos nacieron con máculas eternas: una niña ciega y otra asimétrica. ¿Castigará Dios así? No creo tal cosa, y siempre me apiado de esas víctimas inocentes de lo ancestral.

Hoy, con el alma buena y la mente cultivada, he sacado aquel viejo encono de mi corazón. He pensado que quizá el pobre Cerazo también fuera víctima del legado hereditario de sus padres maculados por el vicio. Mi madre tampoco se acuerda más de él Han pasado treinta y cinco años. También ella ha recibido pruebas generosas de muchos «gallegos», y ha ido así atenuando ese odio que sólo nuevas traiciones podrían avivar como antes.

Biblioteca Nacional de Maestros

DON VICTOR

Era un vasco arrendatario del puesto del Eucalipto. Mi madre fué a proponerle un arreglo que, sin causarle perjuicio a él, la favorecería a ella en una trasacción comercial.

Don Víctor escuchó y se negó rotundamente a realizar el convenio. En otra forma, con más tacto, volvió mi madre a insistir, y, demostrándole que en nada se le iban a gravar sus intereses, pues sólo se trataba de tomarle diez cuadras de campo, de un lado, dándoselas de igual calidad en otro, para completar así un lote que era necesario y urgente vender, le interrogó: —«¿Entiende, ahora?»

El vasco, duro como lapacho, respondió, finalizando la cuestión:

—No es eso, señora. *¡Es que no quiero entender!*

Como la anécdota se vulgarizó, no es difícil que se aplique por allá a los testarudos la formidable respuesta de don Víctor.

DON EUFEMIO

Era un excelente peón de la Estancia, — me cuenta mi madre —, pero con un espíritu bárbaro de contradicción. Si se le decía: «Sírvase la comida», respondía: «No quiero». Si se le indicaba que no

Biblioteca Nacional de Maestros

tocara algo, lo tocaba; y viceversa. ¡Era un espíritu diabólico!...

Una noche obscura, de truenos y lluvia torrencial, se le ocurrió al viejo ir por algo al monte. Se le contradijo y fué peor. Para hacerle notar que, cegado por los relámpagos, tomaba una caminito que que flanqueado de yuyos iba hasta un profundo jagüel sin brocal, se le gritó: —Don Eufemio, no siga por ahí que se va a caer al jagüel!

La respuesta fué: —¿Qué le importa a Vd.?; mejor...

Tardó poco en ocurrir lo previsto. Sin perder minuto, corrieron peones y patrones llevando sogas, lazos y baldes para salvarle.

Alguien echó un lazo, atándole un palo al extremo, y mientras, los otros que alumbraban con candiles gritábanle ansiosos:

—¡Agárrese, don Eufemio!

El viejo, zambulliéndose mientras rasguñaba las paredes desesperadamente, rugió:

—¡No quiero, diantre!

Uno le insinuó:

—¡Mire que se va a ahogar!

—¡Eso es lo que quiero!... —, murmuró insultante, haciendo un último esfuerzo. En seguida se hundió.

Esa misma noche velaron el cadáver de aquel testarudo como hay pocos.

Biblioteca Nacional de Maestros

GALLEGADA

Iban desde Chivilcoy hasta sus domicilios fijados en el cuartel doce, dos «gallegos (1), buenos vecinos, muy conocidos allí.

Al pasar por el camino real, frente a unas poblaciones, rodó el caballo de uno de ellos, quedando el jinete en el suelo.

El otro le miró, y sin decir palabra continuó el viaje hasta su destino. Habían pasado cuatro horas cuando cayó maltrecho el compañero.

Antes de apearse gritó éste al descomedido con tremendo fastidio: —¿Que no me viste? — A lo cual el interpelado respondió: —Creí que no era cosa de cuidado, hombre!

Hay acaso aquí más sátira criolla que verdad histórica... Pero así me lo ha contado muchas veces mi madre, y así será.

---

(1) El maestro aprovechará la oportunidad, al leer el término, para dignificar el nombre de un pueblo sano, laborioso y noble, casi una raza por sus costumbres e idioma dialetal. Explicará, asimismo, el error aun corriente, en la campaña, que lleva a denominar así y despectivamente a todos los españoles. Insistirá en la conveniencia de cambiar la intención deficiente de la expresión, por razones de cultura, de relación, de afecto y de gratitud americana hacia España. ¿Algún ejemplo? Cítese los padres de nuestros próceres, y, si sobra tiempo, dígase que el abuelo materno del que esto escribe era gallego, buen gallego de Santiago.

Evóquese la hazaña del comandante Ramón Franco, que acaba de atravesar el mar y el continente (febrero 10 de 1926) desde Palos de Moguer a Buenos Aires, en su hidroavión « Plus Ultra ».

Biblioteca Nacional de Maestros

MAS MUERTO QUE VIVO

También ésta es una de las evocaciones de mi madre. Pertenece al tiempo de Rosas. El unitario Luna, pariente de mi abuela, había caído en poder de los esbirros del tirano, junto con una pléyade de mocetones guapos que tramaban acaso una revuelta.

Sin dar mayor importancia al suceso, se designó, como era costumbre, un degollador, que sin sumario previo haría justicia bárbara.

En un lugar, dentro del bosque de Palermo, hacia el Río, se llevó a los «salvajes, inmundos unitarios». Maniatados desde la víspera, y puestos en fila, el verdugo comenzó su tarea por uno de los extremos. Los desdichados ni hablaban. Igual que corderos, estiraban el cuello. El terrible matador los tomaba de las barbas o de las melenas, les tiraba hacia atrás y entre insultos y ultrajes, les pasaba el filoso cuchillo, largándolos para que agonizaran dando tumbos sobre el suelo.

Llegaban a veinte ya los decapitados, y Luna sería el veintiuno. El verdugo se daba un descanso en ese instante, contemplándole. De repente chaireó el facón y se le aproximó sonriente. Le palmeó la cara, le levantó la cabeza para mirarlo bien, y cortándole en vez del cuello las sogas que lo liaban, dijo en voz alta para sí:

—¡Hombre lindo, canejo! ¡Es una lástima que lo mate!

Biblioteca Nacional de Maestros

En seguida agregó:

—Váyase, amigo, por donde nadie lo vea.

—Nuestro pariente, — decía mi madre finalizando el relato, — contaba que más muerto que vivo le dió las gracias al verdugo y se fué en el acto, temiendo que pudiera arrepentirse de su bella acción.

DIONISIO ANDRONICO

Recuerdo que, cuando muy pequeño, solía preguntarle a mi madre:

—¿Yo soy yo, o soy el otro?... ¿Cuál se murió: él o yo? ¿Yo soy yo, — insistía, — o soy Dionisio Andrónico?

Casi era para mí una tortura esta especie de dilema que a mi madre le causaba risa o dolor.

Yo era yo, no más. Dionisio Andrónico apenas vivió unos días. Su historia la sintetizo así:

Hasta hace unos treinta y ocho años, esto quiere decir «allá por 1887», eran numerosos los hombres y mujeres «provincianos» que a lomo de caballo se venían hacia el litoral en busca de trabajo, generalmente la esquila, la siega y la recolección de maíz. Cuando les parecía que ya les sobraba para pasar el invierno o para realizar la compra del solarcito donde reclinarían sus ocios, regresaban. Otros, en muchas ocasiones, sólo se marchaban por esquivar la justicia que indagaba tal robo o tal crimen.

No era raro que en determinada época pernoc-

Biblioteca Nacional de Maestros

tasen algunas de estas gentes en la Estancia, para luego seguir viaje o quedarse si se les conchavaba. La hospitalidad era proverbial entonces. Las buenas personas sentían inmenso placer amparando al desgraciado que galopaba sin rumbo bajo el aguacero, acosado por el hambre o por la fiebre. Y en la Estancia, como en otras partes, siempre había una ramada, yerba y un buen costillar para el transeunte. Todo esto no le costaba al favorecido más que las gracias.

Una ocasión mi padre recorría el campo bajo el rigor de una tarde de Febrero. La hora de la siesta era propicia para despertar al boyero dormido sobre el pescuezo del «matungo», mientras los bueyes entran al sembrado, y también para revisar las piletas que se secan y agrietan, o para sorprender a los merodeadores que aprovechan la oportunidad aflojando los alambrados por donde harán las incursiones de sus raterías nocturnas.

No hallando mayores novedades, dirigióse a galope tendido hacia los sauces del borde del camino real, donde se veía gente y tres caballos. Reconoció en seguida a un matrimonio santiagueño, con tres muchachitos, dos de los cuales ya habían montado en un overo flaco para continuar el viaje.

Les saludó y les hizo algunas interrogaciones de las que los hombres perspicaces de campo acostumbran hacer para cerciorarse en su beneficio. Descubriendo luego entre los tréboles del fondo de una zanja a una criatura groseramente envuelta, les preguntó por qué la tenían de ese modo.

Biblioteca Nacional de Maestros

—Está asoleado, — informó la madre. — Tiene dos meses. No podemos llevarlo. Nadie lo ha querido. Hemos pensado dejarlo, porque de cualquier modo se va a morir.

Es de imaginarse cuál sería la impresión que recibiría mi padre, jefe de un hogar, con nueve criaturas, al escuchar aquella confesión sincera hasta la brutalidad.

—Dénmelo, — dijo pensando con asco ante el desparpajo infame con que hablaba aquella madre digna de ser una bestia.

El desgraciado chico era Dionisio Andrónico. Debía ser de mi misma edad. Mi madre le aseó, le hizo solícitos cuidados y le puso a mi lado, en mi cuna, con su cabecita junto a la mía, con su corazoncito desesperado latiendo junto al mío, también.

La fiebre no cedió. La muerte vino a reclamarle a los pocos días.

Yo no sé si los dolores transmigran o si las almas de los muertos que desesperan por vivir se meten dentro de los cuerpos o de las almas de los que aun vamos por el haz de la tierra. Pero el caso es que el recuerdo de mi hermano de crianza me apenaba cuando era yo niño, y la escasez de mi discernimiento, en una confusión y un dolor caótico, me hacía preguntar con insistencia sobre si yo era yo o si era el «otro».

Hoy, nuevas reflexiones me mueven el corazón y me llenan de lágrimas los ojos, y son las que hago ante la evocación del salvajismo de aquellas

Biblioteca Nacional de Maestros

gentes y ante la generosidad sin límites de mis padres.

UNA MARCA EVOCADORA

Jugaba con algunos amigos al billar, en un Club de Tandil.

Al caballero X se le ocurrió preguntarme qué parentesco tenía yo con un señor que él había conocido en mi pueblo natal.

Creyendo que se tratara de un suceso reciente, le manifesté: «sin duda, hermano».

El caballero me observó, y después de meditar un instante, me expresó que no podía ser.

Efectivamente: no podía ser. El se refería a un señor que había conocido hacía cuarenta años.

Por mi mente corrió una serie vertiginosa de recuerdos, y en seguida se me fijó la inolvidable imagen de mi padre.

—Sí, — asintió ante mi manifestación. — Acaso haya sido su padre la persona que yo conocí.

Una ansiedad llenó mi pecho. Era uno de esos sentimientos que desbordaban el espíritu de emociones sublimes. Yo deseaba oír alguna palabra de quien había visto al autor de mis días, fallecido ha treinta y tres años.

Mi interlocutor, un buen criollo ilustrado, fijó la vista en el paño de la mesa del billar, como la hubiera fijado en el suelo en caso de haber estado en el campo.

Biblioteca Nacional de Maestros

—Espérese, — me dijo, tomando una tiza. — Ya vamos a saber si aquel hombre de su apellido era su padre.

—¿Conoce esta marca? — agregó, dibujando rápidamente el signo evocador.

Nadie se apercibió de que mis ojos se llenaron de lágrimas viriles. Era esa, efectivamente, la marca del establecimiento de mi padre.

Mi locuacidad se desató. Desatendí el juego y perdí la modesta partida. Hubo burlas amables que no me molestaron. Yo regresé a mi domicilio, y mirando allí el viejo retrato de mi padre y la propia marca forjada en plata maciza sobre un mango de rebenque que guardo como un recuerdo y que tiene el lirismo de no certificar ninguna propiedad porque el tiempo y los deslices de la fortuna se llevaron todo antes de que yo dejara de ser niño, permití que el corazón latiera libre y la mente evocara todo un pasado, que es toda una interesante historia familiar.

Jamás he sabido qué se ha querido simbolizar con aquel signo creado y registrado legalmente por mi mismo padre cuando poseyó su primera tropa de animalitos, mucho antes de que adquiriera la primera tierra donde fijó su hogar y amasó con su honrado esfuerzo una posición regular.

Todo esto me ha obligado a acordame con detalles minuciosos de las hermosas y últimas «yerras» criollas en que el trabajo rural de esa faena aun era una diversión que comenzaba con el baile y terminaba con los contrapuntos.

Biblioteca Nacional de Maestros

Travieso, comedido, y también con los derechos muy respetables de «hijo del patrón», he corrido con la marca, roja como un rubí, para verla asentar casi ceremoniosamente sobre el cuarto trasero de algún animal vacuno o caballar.

Me parece contemplar el cuadro así:

El novillo ha caído rodando por sobre el lomo, con ruido de coyunturas, a causa del prolijo pial de un gaucho joven y sonriente, que apenas ha «echado verija» con un lazo chileno, afirmando la mano izquierda sobre la cadera y resbalando airosamente algunos pasos a causa del formidable envión. En seguida se han colocado los otros peones junto a la res. Uno le ha pasado la cola por debajo de la pata, para impedirla; otro le ha trabado la cabeza con los mismos cuernos clavados en tierra, y el marcador o cualquier comedido le ha puesto el pie sobre el pescuezo o sobre la paleta, todos del lado contrario al de las patas que se agitan en vano, y que si es preciso se ciñen con otro lazo, del que tira hacia atrás un jinete para probar su cincha, o un muchacho para ejercitar sus manos.

El señalador y el «fogueador» se suceden en seguida, cuando no es un solo individuo el que realiza las múltiples operaciones.

El momento de poner en libertad al animal mortificado con exceso, proporciona más de un episodio hilarante: a uno le da por jinetearlo, mientras otro lo piala o lo enlaza de las dos astas. Otro

Biblioteca Nacional de Maestros

huye, esquivando algún rebioso bote en medio de la rechifla de todos.

¡Cuánto más querría detallar! ¡Cuánto más que me es imposible, porque los sentimientos afectivos se deslizan como una correntada que arrasa los pormenores! Ese signo me traslada mentalmente a otros días y a otros sucesos. Ya me hace recordar la muerte de mi padre. Después, los hermanos desaparecidos. En seguida pienso en los amigos paternos que nos traicionaron. Luego asoma su rostro la implacable miseria. Y llega la dispersión, y también el instante en que el orgullo de haber tenido algo se desvanece y el pecho juvenil se llena de alientos: es cuando se abren otros horizontes, nacen nuevas fuerzas, brilla esplendoroso un ideal y la voluntad marcha hacia las nacientes albas que clarean en otros confines...

¡Qué instante feliz he pasado evocando, al través de un signo que no certifica ya la propiedad de ninguna riqueza, todo lo que ayer fué!

POBRE BERTA

—¡Asesino! ¿Te acuerdas de Berta?—, me dijo una de mis hermanas. Las imágenes, el paisaje, todo desfiló por mi mente. Si me acordaba de la pobre Berta. Hoy, impunemente, acaso prescripta toda pena, puedo evocar, después de 25 años transcurridos, la tragedia o el crimen en que fuí actor.

Biblioteca Nacional de Maestros

Berta no era mal parecida. Su cabellera era negra. Tenía un mirar agradable. Nada significaba en ella una maravilla. Pero su conjunto, modesto hasta la humildad, atraía agradablemente. Mi hermana no se apartaba de ella, y no sé por qué celos o egoísmos fraternales, no me dejaba un instante libre con Berta. En mi interior, entonces, comenzó a roer un encono. Cierta ocasión solté mi reproche. Otra vez, reñimos; no satisfecho me enceguecio un afán de venganza bárbara. Supuse que haciendo desaparecer el objeto de las discordias, el castigo sería tremendo para mi hermana. Embrutecido de rabia, tomé una enorme cuchilla, y, sigilosamente, me fuí al cuarto donde Berta estaba arropada en su lecho. Sin pronunciar palabra, pero tembloroso y más propenso a hacer resonar una carcajada extraña que a lanzar rugidos de fiera, la agarré de los cabellos y de dos tremendos golpes le separé la cabeza.

Ni un ¡ay!, ni una gota de sangre... En seguida huí... Pero al franquear la puerta tropecé con mi hermana. Al verme empuñando la cuchilla, tuvo acaso un claro presentimiento. Corrió hacia el lecho de Berta. Yo me escondí detrás de un cerco de madreselvas. Como ya obscurecía, las sombras se complicaron en mi defensa. Desde allí vi desesperada a mi hermana llorando y besando la cabeza de Berta. Con una pena explicable decía: —«¡Berta, mi muñequita más linda, mi pobre Berta! ¡Ese asesino!... ¡Asesino!... ¡Asesino...» Después de observarla un rato, fuése hacia la cocina. La espié.

Biblioteca Nacional de Maestros

Con gran premura hacía engrudo para unir las partes separadas. Pero todo fué inútil. ¡Qué aberración infantil la mía! ¡Pobre Berta!
Yo opino ahora que en aquella furiosa venganza infantil volqué, felizmente, el perverso instinto ancestral que otros llevan siempre incrustado en sus corazones.

NUESTRA ESCUELA

Quiero tanto a esta casa como a mi hogar. Quiero a la institución, pero no puedo desligar mi cariño de la casa, por una de esas asociaciones de ideas que se arraigan inconscientemente en el alma, después de haber penetrado por todos los sentidos, al contacto de cada objeto, por la evocación de cada escena, de cada emoción, de cada pensamiento...

De ahí que para mí, — ex alumno fundador —, la Escuela Normal sea la casa de altos, frente al Parque, con entrada a la Avenida Sarmiento y a la otra calle cuyo nombre no recuerdo, ni sé si lo he sabido, porque es común ese olvido en los pueblos de campaña, donde mejor se determina cada domicilio diciendo que queda frente *a lo de*, o *en la esquina de la tienda tal*, ó *a una cuadra del Club*, del «Palacio» o de la Comisaría.

La otra casa, — que por lo suntuosa no sé cómo se les ha escapado a mis hiperbólicos compuebleros de

Biblioteca Nacional de Maestros

adosarles la palabra «palacio» —, no es para mí, ni para los otros muchachos, «nuestra escuela».

Yo fuí, no hace mucho (1915), a la nueva casa. Entré como el hijo que vuelve, pasado el tiempo, buscando el nuevo domicilio de sus padres, después de haber derramado muchas lágrimas junto a los viejos muros donde fué feliz.

El silencio de las vacaciones sopló como un viento de muerte en mi espíritu. Avancé solo, buscando a alguien en el «palacio» extraño para mí. Doblé a la derecha. Pregunté. Pasé adelante. Nadie me conocía. Unas muchachuelas pizpiretas se rieron, confundiendo mi ingenua y dulce emoción con cualquiera burda cortedad. ¡Nadie me conocía! Nadie, aunque mi nombre figure en las listas del primer 6.° grado que tuvo la institución; aunque yo hubiera dibujado los primeros cuadros de física que sirvieron hasta que egresé, y que después quién sabe a qué cesto de papeles fueron a parar; aunque yo presidiera la primera asociación literaria «Sarmiento»; aunque yo improvisara los primeros malos versos en el aula; aunque yo triunfara en un certamen en que tomaron parte varias escuelas normales; aunque yo escribiera una oración a la bandera, que Barrios dijo ahí, realzándola con sus dotes artísticas cuando se colocara la piedra fundamental, — posiblemente ahí mismo donde me recibieron con tanta frialdad.

No tuve el gusto de conocer al nuevo Director.

Oí hablar bien y mal de él. No es extraño porque en el mundo ocurre así. Tampoco os pa-

Biblioteca Nacional de Maestros

rezca raro que yo no haya dado crédito a los unos ni a los otros. Quien posee un criterio firme, debe pesar las cosas en su balanza. Yo hubiera deseado conocer al señor Director, no tanto para escudriñarle como para hablarle de esa o de la otra casa, y para substituir, en lo posible, la ausencia del hombre bueno, inteligente y paternal que fué aquel don Alejandro Mathus, que las personas sinceras conocieron bien. (Sea esta lágrima para su tumba).

El instante aquél no me ha desalentado. He de volver a «nuestra escuela». Quizá vuelva pronto; quizá vuelva cuando la nieve quiera apagar mis recuerdos; quizá hecho sombra, cuando la sombra vele mis ojos para siempre.

¿Sabéis que me he puesto triste? Es una tristeza sin dolor, algo así como una elegía sin lágrimas, frente a las páginas del pasado querido.

Evoco el aula, los profesores, los compañeros, las tizas, las pizarras, la campana que vibra siempre alegre y augusta, las marchas épicas, — diría —, hacia la hora grave de ciencia; las rítmicas entonaciones del Himno, las puertas que se cierran, los pupitres que se alzan, el catedrático que entra, el silencio que se hace, la lección que empieza, los «diez» que enorgullecen, los «ceros» que avergüenzan e irritan... Todo lo evoco. Todo lo siento.

Recuerdo que teníamos literatura con Coria. (Así decíamos, sin anteponer *señor*. Eramos, pues, atrevidillos, como lo serán algunos de mis lectores).

Barrios y yo habíamos sacado tremendos ceros. Estábamos cabizbajos, arrepentidos; nunca enoja-

Biblioteca Nacional de Maestros

dos. Acatábamos la justicia con estoicismo. Pensábamos. De repente tomé la pluma, y me puse a escribir los versos que van en seguida, y que sin ninguna alteración y en el mismo papel los ha conservado quien es hoy mi querida esposa. Helos aquí:

El libro es nuestro escudo de combate;
la ciencia es el tropiezo que vencemos:
cuando anhelamos el saber, sabemos,
y entonces cuánto el corazón nos late.

Y así vamos, la frente levantada,
arrojando a los flancos los caídos.
Hemos sido «apaleados», no vencidos,
en honrosa y perínclita jornada.

Y por eso la Fama (Dios lo ha escrito)
entonando sus himnos celestiales,
nos prepara grandiosos pedestales
sobre eternas montañas de granito.

*
* *

No carecen de énfasis ni de ironía, — como veréis —, ni son muy hermosos los versos anteriores, pero sirven para demostrar que yo no era un modelo, no obstante ni afán de serlo, sino un «estudiante».

Biblioteca Nacional de Maestros

ALEJANDRO MATHUS

Hay más de un gran motivo para que yo evoque este nombre, y entre otros, éste que toca muy de cerca a mi corazón: fué mi maestro.

Nacido en San Juan y educado en Paraná, Mathus se dedicó de inmediato, y siendo aún muy joven, a la noble misión de enseñar. Ocupó diversos cargos hasta ser inspector de escuelas normales. Pero como no son jamás los puestos que se escalan los que certifican los méritos de las personas, creo que con esta relación no hago el mejor elogio para mi maestro. La audacia, en todas las épocas y en todos los terrenos, generalmente, se ha alzado más alto, claro es que con sus fatídicas alas de Icaro...

La silueta que mejor puedo evocar de Mathus, es la que le vincula a su actuación de primer director de la Escuela Normal de Chivilcoy (1905). Bueno, inteligente y superior, fué alma y vida del instituto que se alzó en plena entraña de un pueblo rico, más avezado a medir el abundante trigo de sus eras que a rever las páginas de su única y poco concurrida biblioteca pública de entonces. Mathus, culto y expansivo, expuso muchas veces sus programas educacionales e intensificó su prédica moral contraria de por sí al caudillismo dominante y a los rezagados círculos lugareños.

Los que a los chispazos de un nuevo astro vie-

Biblioteca Nacional de Maestros

ron despertar y huir sus rebaños, se armaron para la defensa. El pasquinismo fué el vaciadero de todas las inquinas. La escuela fué el baluarte contra todas las diatribas. La chacra había sido removida y de su fondo brotaban las más nauseabundas emanaciones. Ocurrió lo que en todos los pueblos donde se llevan instituciones culturales. La resaca del ambiente, con sus caudillejos y libelistas, se levantó contra el educador. No de otro modo se levantarían en la Galilea las turbas egoístas contra aquel que predicaba el amor extendido a toda la humanidad.

Mathus salió triunfante, pero cargado de dolor. El ha muerto, pero la Escuela, por su impulso inicial, aplastando lo vil y atravesando el tiempo, ha quedado, sigue y seguirá dando frutos muy valiosos. Son muchos y muy excelentes los maestros que han salido de sus aulas. Serán mejores, acaso, los que salgan de ella cada año que pase.

Una anécdota que he recogido en mi libro «Ejemplos» pinta en parte la calidad y altivez de Mathus. Cierto semi-matón que frecuentaba el Club, le dijo así, y con agresividad, durante una discusión: «Toque el músculo de este brazo y sabrá qué hombre soy». Mathus, sin inmutarse ni admirarse, palpó la férrea contextura del individuo, y luego, tomándole el pulgar y el índice, se hizo abarcar la ancha frente, de sien a sien, indicándole:

—«Ahora toque Vd.»...

Tremenda fué la confusión del bravucón, pero la enseñanza se extendió por todos los hogares.

Fué Mathus quien nos descubrió los méritos de

Biblioteca Nacional de Maestros

Carlos Ortiz, que hasta entonces pocos consideraban allí, aunque ya «Mercure de France», juzgando su «Poema de las mieses», le llamara el Mistral argentino.

Los mercenarios analfabetos que suelen hacerse dueños de las imprentas para acometer a todo lo que en el lugar vale, habían despreciado o censurado al noble bardo. Mathus nos dijo cien veces en clase: «Tienen en Ortiz al primer poeta bucólico de América. Léanlo». Cuán en vano buscamos sus obras. No había ni un ejemplar en las librerías.

Carlos Ortiz respetó y admiró el talento de Mathus. Cuando éste fuera despedido con un gran banquete, en derredor de cuya mesa se había reunido lo más granado de la sociedad chivilcoyense, el poeta improvisó, a pedido de los comensales, las cuartetas siguientes:

MATHUS

Tú, como el gallo de Ronstand querías
hacer la luz con tu soberbio canto,
y tú cantaste, aun cuando bien sabías
que a los buhos la luz infunde espanto.

Y tú viste almas buenas en la bruma,
viste almas infantiles en la sombra
y en esas almas que la noche abruma
sembraste el verbo que a la noche asombra.

. . . . . .

Biblioteca Nacional de Maestros

Hacen falta las sombras al caudillo
como la negra noche a la lechuza:
Es en la sombra que se escuda el pillo
y es en la sombra que el puñal se aguza!

. . . . . .

Tú enseñaste el secreto de los verbos,
enseñaste el misterio de las liras;
te declararon guerra los protervos
y quisieron morderte las envidias.

. . . . . .

Levantó la calumnia sus pendones,
el bárbaro agitóse en la penumbra,
se pusieron en juego las facciones
para apagar al sol que las deslumbra...

*
* *

Sonaban aún los aplausos y caía aún una lluvia de flores, que arrojaban gentiles damas y bellas niñas, cuando los criminales enviados por los que no habían podido apagar aquella antorcha de civilización, descargaron sus armas y dejaron tendido y moribundo sobre los pétalos triunfales al admirable trovador. Horrible sería hacer revivir aquel cuadro. Tremendo fué el dolor y tremenda la imprecación que resonó más allá del país. Ese dolor

Biblioteca Nacional de Maestros

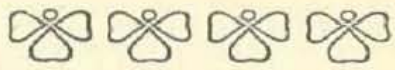
ganó el alma de Mathus; ese dolor, — más de una vez lo dijo —, le hizo huir lejos, y no hay duda que acaso se ha sumado decisivo a los otros dolores que derrumbaron prematuramente su preciosa existencia.

Una vez me escribió el maestro, diciéndome que se moría. Yo sentí la angustia más terrible en mi pecho. Le escribí alentándolo. No me contestó. La muerte, acaso, detuvo su mano. Murió rodeado de muchos afectos. Pero cuántos discípulos suyos ignoran tal vez su fallecimiento. Yo quisiera que mi eco volara gritando al oído de los que escuchamos su palabra y nos nutrimos de sus enseñanzas: «Mathus ha muerto!» Nada podrá la ansiedad de la vida contra los terribles designios del hado, pero la gratitud, atizando con sus briznas el recuerdo, le rendirá el homenaje que los buenos merecen.

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

PAGINITAS



Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

EL CLAVEL DE ALMAFUERTE

Yo tengo un clavel de Almafuerte, que para mí es, más que una hermosa condecoración espiritual, algo así como un cofre de preciosas evocaciones.

Fuimos a visitarle con Melgar, Senet y Barroetaveña, después de su estada en Dolores, en cuyo teatro leyera algunas de sus más hermosas poesías, con el éxito que ya lo hubiera hecho en Buenos Aires al salir de su voluntario y largo enclaustramiento, en el cual vivía desde muchos años atrás, obligado por la miseria y la fuerza de su propio numen, pero aplicándose siempre al trabajo de lima en sus labores predilectas de santo laico.

Era una visita que nos había solicitado. Por nuestra parte cumplimos con el deseo de tratar al poeta magno (1) en la intimidad del desolado hogar que él llenaba con su solo genio, substituyendo así todos los amores y amenguando todas las necesidades.

El número del programa artístico, que sería como el formidable plato único de un ágape olím-

---

(1) Don Ricardo Rojas considera siempre a Almafuerte como a un gran poeta, no obstante las fallas de su técnica. Conviene que los jóvenes lean esas brillantes páginas de crítica biográfica en la «Historia de la Literatura» del eximio escritor que cito.

Biblioteca Nacional de Maestros

pico, lo constituía la primera lectura que iba a hacer de su tremendo «Apóstrofe», aun con la tinta fresca de las reciente correcciones sobre las cuartillas originales.

Mientras el viejo bardo rugía, repitiendo las líneas aceradas de su canto de imprecación, un chiquillo nos hacía circular un mate de loza que, por resultarnos una especie de cáliz en el que Júpiter hubiera ordenado a Ganimedes que escanciara su mejor néctar, aceptábamos, no obstante nuestras ya perdidas aficiones nativas, por el influjo previsor de tanto precepto higiénico-pedagógico.

¡Qué hora sublime pasamos en el estrecho y casi desmantelado recinto del gran bardo! Acaso no hubiéramos sentido igual deleite en el suntuoso bufete de algún académico lleno de fórmulas y falto de genio.

Ya nos había compensado Almafuerte excesivamente con su «Apóstrofe», cuando quiso mostrarnos los demás rincones de su casucha.

Lo que más nos llamó la atención fué un galpón o cobertizo de piso de tierra, en cuyos trapecios se colgaban y hacían piruetas numerosos chiquillos pobres del barrio.

Alguien le dijo a uno de los improvisados acróbatas:

—No te vayas a caer...

Almafuerte, rápido en la concepción, rechazó así, pero amable, la precaución:

—Déjelo. Prefiero que se rompa un brazo hacien-

Biblioteca Nacional de Maestros

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

do ejercicio antes que se muera tuberculoso en la inacción...

Los chiquillos se rieron y continuaron arriesgándose aún más.

Pasamos al jardín. Este era otro de sus encantos, pero sin ningún detalle de orden. Ninguna línea acusaba preocupaciones estéticas en la ornamentación. Todo era un conjunto de matas de violetas, pensamientos, claveles, algunos rosales y otras plantas. Nada más.

Espontáneamente, y con una sonrisa que fué tornándose para mí en vanidoso orgullo, se inclinó el viejo, cortó el más hermoso clavel rojo que estaba junto a nosotros, y mientras me lo colocaba en el ojal del saco, me decía:

—Mi homenaje y mi retribución al joven amigo. Lléveselo a la que será su esposa. Que sea un augurio de la felicidad que le desea el Poeta.

Almafuerte agradecía así los versos que yo le había dedicado, aunque ya, a raíz de su lectura, en el salón de actos públicos del Colegio Nacional de Dolores (1915), me los hubiera retribuído excesivamente con entusiastas expresiones y un vibrante abrazo.

Yo debía contraer nupcias algunos días después de la visita que hacíamos al vate excelso. Por eso era que él quería que su clavel, además de ser su obsequio significativo, fuera mi mejor amuleto. Yo cumplí con sus deseos esa misma tarde, haciendo entrega de la flor a la que es hoy mi esposa. Ella lo ha guardado. Han pasado ya diez años. Se los he

Biblioteca Nacional de Maestros

mostrado a mis cuatro hijitos. Algunos de ellos, por su edad, ya comprenden el valor moral de esos pétalos secos, que se ven a través del vidrio de una diminuta cajita.

Almafuerte no se equivocó. Algo de divino debió haber en su cerebro. No diré que por influjo del clavel, pero sí que desde que lo poseemos, llevamos disfrutadas muchas horas de dicha, hasta este momento. Si el dolor alguna vez nos hiere, hemos de volcar acaso nuestras lágrimas sobre el cristal que sirve de urna a la joya, para hallar consuelo al evocar cómo y por qué bella oportunidad nuestro efímero ser hizo latir su corazón humilde junto al corazón gigante del autor de «El Misionero».

EL ARADO

Yo he pulsado la esteva de un arado en marcha. Nada hay que nos hable mejor del progreso que las vibraciones que, repercutiendo allí golpe tras golpe, encallecen las manos. Los cuernos de los bueyes son como brazos abiertos que imploran vigor a los dioses olímpicos. Las coyundas se ciñen como sierpes. El yugo reparte la carga, y como juez incorruptible, soporta las consecuencias. La cuerda sirgadora, muchas horas tensa, va desde el yugo hasta el timón. Cuando la yunta de las nobles bestias de ojos tristes hunde las pezuñas, la reja da su tajo ininterrumpido, marcando la amel-

Biblioteca Nacional de Maestros

ga. Las tierras, avezadas a las faenas, se entregan silenciosamente. El arado es como un quilla en la serenidad de los campos, tan semejantes a mares solidificados que no les falta la ondulación propia de los océanos, ni la agitada vida animal. Las pobres orugas se retuercen al sol. Pero no tienen tiempo de abrir nuevas cavernas, porque las gaviotas y mil amigos alados del labrador las alojan voraces en sus buches.

¿Qué semillas echará el hombre en esos surcos? El hombre sabe lo que echará. Sólo ignora lo que habrá de recoger. Pero la perseverancia le ha hecho enemigo terrible de la adversidad. Así es que, contra los golpes del granizo, contra la traición de las tormentas, contra los puñales de las escarchas, o contra el fuego de las sequías, mucho, poco o nada cosechará. Cosechará siempre algo, porque «nada», bajo la acción de la voluntad, es esperanza. Y el progreso avanzará tras del arado, con rieles, ciudades, escuelas, mercados, academias de ciencias y ateneos de arte.

¿ENIGMA?

Desde mi barquilla que se balancea alocadita, veo alejarse el transatlántico que ha partido. La proa es una enorme cuchilla que corta la superficie del mar casi sereno. Su cuerpo se asienta en el surco líquido, volteando por sus flancos las ondas espu-

Biblioteca Nacional de Maestros

mosas, cual por sus vertederas voltea el arado la gleba tejida de pastos. Un rumor de empuje se prolonga en la extensa y blanquísima estela que viene desde la popa hasta donde yo estoy. La sirena vibra el «¡Ham!... cavernos que es su adiós. Las calderas, bajo la ardencia del hogar, deben gestar la fuerza que hace enfurecer la hélice que revoluciona desesperadamente con sus cuatro paletas. Alguna mano extraña se alarga allá. Yo le respondo. La alegría, el dolor del que se va, tal vez busca amparo en el ansia infinita del que se queda... Quiero fijarme en todo. La velocidad y el tiempo se combinan para tejer la nebulosa de la distancia. Mi vista llega al barco, salta de los palos a las chimeneas, se clava en la quilla y de repente corre hasta el puente, pretendiendo conocer el derrotero que sólo debe saber el capitán. Pero el transatlántico ya está lejos. Pronto será un punto en el horizonte. Luego, la curvatura terrestre se opondrá infranqueable. El transatlántico seguirá. La mano, aquélla, saludará a los vientos, y las nostalgias de los que lloran cabalgarán fantásticamente en las alas de los veloces albatros. Las tormentas rugirán. Las brisas se harán vendavales. Hoy brillará el sol; mañana abismará la noche. El barco, en tanto, seguirá. ¿Hacia dónde? ¿Con qué rumbo? ¿Con qué suerte? ¿Con qué desdicha? La tarde está triste. Mi barquilla no se balancea más. Vuelvo a tierra...

Biblioteca Nacional de Maestros

ERVAR

Chivilcoy, la rica ciudad del Oeste, cuyos campos son fecundos en espigas de oro, fué siempre la pesadilla civilizadora de Sarmiento, sirviéndole de modelo en la ejemplificación de sus vigorosos discursos. En más de una ocasión dijo que su anhelo era fundar cien *Chivilcoys*.

La genial mirada escrutadora no se equivocó. Chivilcoy fué bien pronto el primer granero de la provincia. Sus campos son sabanas áureas e interminables donde cientos de brazos cosechan afanosos.

Los latifundios sin solución de continuidad no se conocen allí. La campaña es una serie de vecindades bien provistas. La tierra se ha subdividido en pequeñas chacras que se cultivan hábil e intensamente.

El arado traza surcos todo el año. Las gaviotas, blancas como se diría que son las ilusiones, siempre revoletean en las eras. El gaucho, sino en la realidad, ha desaparecido por lo menos en sus costumbres y exterioridades. Muchos buenos criollos cultivan sus terrenitos, desgranan su maíz, y riegan sus hortalizas, donde las coles alternan con las margaritas pampásicas.

El tipo regional que allí se va forjando es, pues, el del agricultor.

Carlos Ortiz, el poeta vilmente asesinado, en marzo de 1910, por las hordas del caudillismo aleve,

Biblioteca Nacional de Maestros

escribió algunos años antes el magistral «Poema de las mieses», esculpiendo en su protagonista, el hermoso Ervar, la futura imagen del sembrador de aquellos lugares.

«Es Ervar fuerte y joven», — dice Ortiz —. En su rostro tostado — por el sol y los vientos, hay la noble belleza, — de los fuertes varones que la lucha ha marcado — con su sello de gloria. Su apolínea cabeza — en desorden coronan sus sombríos cabellos; — en desorden soberbio como heroica maleza — que han revuelto los vientos y que ondula la brisa; — en sus ojos sonríen luminosos destellos, — ilumina sus lábios una dulce sonrisa». — «Se diría al mirarlo que es un rey: ha trocado — sus armiños y púrpuras por un rústico traje; — es un rey, tiene un cetro: el timón del arado; — tiene un reino que ama: la llanura salvaje; — la llanura salvaje que se extiende vencida — al sentir que el arado abre un surco profundo. — Como un rústico Apolo canta el himno a la vida — en la lira gigante del trabajo fecundo.»

El retrato, con pincelazos seguros, y de un colorido que no todos son capaces de combinar, termina con unas cuantas líneas más, igualmente bellas.

Ervar es ariano. Artista y labrador, concibe hermosas esperanzas mientras sigue el seguro, aunque lento paso de los bueyes. Siente la inspiración intensa de una juventud sazonada en las faenas. Es arrogante como un vencedor. Pero es noble y constante. Egregio capitán del trabajo, se afana surcando con su arado la inmensa llanura donde sopla

Biblioteca Nacional de Maestros

el cierzo y acongojan las pálidas tardes invernales.

Es semejante a un bíblico cultivador de ensueños que revientan en espigas proficuas. Lleva en sus venas, quizás, el «ícor» que matizó las mejillas pudorosas de Ceres, y el calor intenso que hizo fulgurante la cabellera de Apolo. Es el tipo que se forma allá, con alma de la tierra, y contextura helénica. Ha substituído con ventajas al desarropado gaucho fandanguero, y como no sólo tiene músculos fuertes sino también alma generosa que a veces vuela alto en una canción que nadie le enseñó, ha suplantado al Santos Vega cuyas vidalitas se borran ya de la mente popular.

Ervar canta al trabajo. En el «Poema de las mieses» ya está inmortalizado y se perfecciona día a día en la carne de los labradores de aquella zona...

Sólo precisa ahora un monumento que sea como el patrón más visible que deberá consultar el pueblo. Y ese monumento tendrá que levantarse sobre granito duro y en bronce eterno. Ervar deberá estar empuñando la mancera con su mano musculosa; su gesto será de afán y una sonrisa precursora de dichas entreabrirá su boca de varón. Entonces el «Poema de las mieses» tendrá su mejor elogio; la estatua de Ortiz, que es una segunda deuda de aquella población, tendrá su corolario; y la apoteosis de Sarmiento, — que también espera el turno de las recompensas, — soberbia, imponente, cuando cierre la oración o cuando brille la aurora, murmurará, tan misteriosa y divina como los colo-

Biblioteca Nacional de Maestros

sos egipcios, reconstruyendo quién sabe cuántos de sus ensueños geniales...

¡Yo quisiera saber que las ideas desinteresadas siempre fructifican en aquel pueblo honesto y viril!

ORACION

I

¡Patria! Patria de los argentinos y abrigo sin mengua de todos los extranjeros que nos enseñan a labrar el porvenir o conviven con nosotros en el ara de las armonías, de la paz y del amor; Patria que anhelas ser fuerte para impulsar el bien, tendiendo las barreras de tus idealismos contra el odio de razas y la lucha de credos, para cimentar la fraternidad universal a la que no se niegan ni tus hijos, ni tus leyes sabias y humanitarias; Patria que saliste del esfuerzo de unos y del dolor de otros; Patria, República Argentina, bendita seas un millón de veces por las bocas de todos los que entonan o sienten las rotundas notas del Himno que guarda su vigor eterno sin un resabio siquiera de las enmergencias que la evolución histórica explica sin desmedro para nadie. Bendita seas como te cantamos; bendita seas como te soñaron nuestros abuelos; bendita seas como te han de mantener y engrandecer los hijos de ahora y los que vendrán después tras las infinitas caravanas de los siglos! ¡Patria! ¡República Argentina! ¡Bendita seas!

Biblioteca Nacional de Maestros

II

Eres lo que representas y serás mucho más: por la sangre de los leones ibéricos que talaron tus selvas y desafiaron las dificultades que les oponían las intemperies, los desiertos, las fieras y los salvajes de tus variadas y ricas regiones; por los labradores de los cuatro puntos del orbe que hollaron los mares, domaron los vientos y arrancaron a las tierras feraces las energías que repercutieron en el embrión de las semillas, para, sucesivamente, ser planta, flor, fruto, industria, riqueza, progreso, civilización; por las fibras de tus gauchos que sentaron la libertad a su grupa y le formaron pedestal indeleble con sus cadáveres hacinados en los campos que siempre fecundaron con su sangre de valientes para que de allí arranquen después los labradores el oro de sus trigales; por los tribunos y estadistas que sobre las tiranías de los caudillos indignos fueron caudillos sabios que unieron a los Estados y constituyeron el vínculo nacional por la comunidad de afanes, bajo el deber y el derecho equitativo de las legislaciones; por los obreros que bajaron de allende los océanos o se formaron aquí, ora echando su pial en las antiguas hierras, ora segando con las primitivas hoces, ora picando rejas en el sonoro yunque, ora guiando la augural y rechinante carreta civilizadora, ora cortando los campos y suprimiendo las distancias sobre las cintas paralelas de los rieles y de los cables, ora carco-

Biblioteca Nacional de Maestros

miendo las entrañas de las rocas con el pico y el barreno, ora agitándose en las mil industrias donde, sin disminuir el esfuerzo noble del músculo, aguzan ya el intelecto frente a los maravillosos mecanismos modernos; por los obreros del pensamiento, los educadores, que vuelcan su alma en la inagotable fuente de la vocación y van como los mejores y los últimos cruzados del bien, del amor y la belleza, esparciendo las semillas augurales de todos los idealismos y de la cultura que lima las intolerancias, que desbasta las mentes y da fundamento y razón a la existencia de la sociedad civilizada; por los obreros del comercio, por los obreros de las ciencias, por los obreros de las artes, por los poetas que pusieron con sus versos heroicos filo a las espadas, con sus versos bucólicos calor a los surcos, y con sus versos líricos, dulzura, felicidad y exquisiteces a las almas; por la unción de los creyentes sinceros de todos los credos que enseñaron a sentir piedad al prójimo; por la abnegación de las madres que dieron sus vástagos para todas las labores y sacrificios; por los niños que van y son el porvenir... ¡Por todos, Patria, eres lo que representas y serás mucho más!

III

Salud a los que os arrimáis a esta ara que concilia a todos. Salud a los que no negáis la patria porque amáis vuestros hogares, vuestros credos, vuestras tradiciones y sabéis que el ideal de la fra-

Biblioteca Nacional de Maestros

ternidad humana no se amengua con su nombre ni con su existencia. Salud a los que vais hacia el mayor bienestar dentro de ella. Salud a los que sin falso patriotismo no cambiáis su lienzo azul y blanco por los que nada dicen, ni agregan más amor ni más esfuerzos. Salud, sin embargo, a los que respetáis a todos, por tolerancia, por cultura y por filantropía, y no cedéis a las imposiciones cobardes! ¡Salud a todos los que no han agotado el desinterés de sus corazones por los goces de los más bajos sensualismos! ¡Salud a los que no han acomodado sus riquezas bajo el servilismo de ningún yugo cartaginés! ¡Salud a los menesterosos que no han achacado con odio su impotencia ética a la armonía nacional! ¡Salud a los argentinos de cepa que velan por su historia como por su progreso! ¡Salud a los buenos extranjeros que hacen en nuestra tierra lo mismo que nosotros! ¡Salud! ¡Salud!... y loada y eterna sea siempre esta Patria que nos dieron nuestros abuelos a costa de sudor, sangre y pensamiento!

VIDALITAS ESCOLARES

Un día me entretenía en hacer cantar individual y voluntariamente a mis alumnos de tercer grado. La mayoría cantó su décima o su vidalita, más o menos madrigalesca. Las vidalitas, sobre todo, abundaron admirablemente entonadas. Entonces,

Biblioteca Nacional de Maestros

modulando también mis notas, organicé un coro e improvisé, escribiendo en el pizarrón, las tres estrofas siguientes que los niños aprendieron sin dificultad:

I

El niño que canta,
Vidalita,
jamás está triste;
de aquel que no cante,
Vidalita,
¡oh! nunca te fíes.

II

Sabe sus lecciones,
Vidalita,
el que canta siempre;
yo canto y aprendo,
Vidalita,
lo que me conviene.

III

Canta la calandria,
Vidalita,
su dulce canción.
¿Por qué con más alma,
Vidalita,
no he de cantar yo?

Biblioteca Nacional de Maestros

Muchas veces y con mucho entusiasmo cantamos. En el recreo mismo, algunos niños formaron alegres coros. A los dos o tres días, los cien alumnos sabían las vidalitas. Luego las hemos cantado acompañadas de piano y violín.

La vidalita es una de nuestras canciones nacionales más populares, y más fácil de cantarse, por su ritmo, por su brevedad, y por la dulzura melódica tan afín a nuestra modalidad espiritual.

Yo creo que ninguna otra canción nuestra encierra tanto lirismo. He ahí la razón también de que sea tan breve. Y por ser tan suavemente delicada, no resulta nunca monótona aunque se repita: muy al contrario, como esas poesías hondamente subjetivas, más nos deleita cuanto más la repetimos. En pocas canciones demuestran sentir tanto los niños como en las vidalitas. Hasta los más reacios las entonan, y las voces de todos se amalgaman en coros cadenciosos y dulcemente sentimentales.

Poner fácilmente en el alma de los niños estas notas que sin ser de amargura acusan noble sentimentalidad, es hacer buen uso de un procedimiento eficaz para ablandar las asperezas de la impiedad.

Una canción generosa, unida a unos versos sencillos y bien intencionados, pule el espíritu y deja en él más caudal ético que tantas clases pedantescamente muy cerebrales, pero sin nada del corazón.

Biblioteca Nacional de Maestros

EL MAESTRO

El maestro debe ser como un sacerdote cuya frente está siempre despejada de errores y cuya alma tiene la tranquilidad de una fontana al abrigo de cualquier fronda protectora.

La misión del maestro es todo lo más digna que pueda suponérsela. Sólo aquellos que han podido adunar los privilegios de un talento superior con las virtudes de un espíritu singular, han sido grandes maestros. Y el que, pertrechado así enseña o redime, es maestro. Cristo, aquel moralista empírico y sincero, fué maestro; maestro de multitudes, que se dedicó más al cultivo del alma que al del cerebro. Otros hubo antes que él, magníficos también como él. Muchos han surgido después, poderosos algunos, modestos otros; tan modestos como los que trabajan en el aula, pero todos tan dignos como el que más.

Para ser maestro hay que reunir condiciones esenciales. Hay que ser bueno, aplicando este término no sólo a las modalidades del espíritu sino a todas las facultades del individuo.

El vulgo va poco a poco rindiendo homenaje al maestro. Ya le distingue y le respeta. Escasos son los que aun le miran de reojo. Pero no ha mucho, cualquiera se creía con derecho y capacidad para vociferar de él. Y cualquier empleadillo de bazar u oficina se consideraba más digno de aplauso por el hecho de usar buen sombrero y guantes blancos en los días feriados.

Biblioteca Nacional de Maestros

No es fácil que los individuos ambiciosos se consagren a esta misión. El magisterio es una carrera de mucha labor y pocas recompensas.

Los maestros, — involucrando en esta determinación a todo el que de una manera u otra enseña, — son siempre los hombres que descuellan en todos los países por las luces de sus talentos. En cada nación podían citárseles con facilidad. Llenan las universidades, dirigen los liceos, o predican en el aula. Si fueron letrados, no firman ya expedientes donde se ventilan pingües herencias; si aprendieron medicina, no emplean mucho su bisturí para amputar piernas que valen caudales, sino para separar fibras, disecar piezas o rastrear nervios; si aprendieron el arte modernizado de los alquimistas, no venden anilina ni específicos sanalotodo, porque abstraídos sobre el microscopio estudian el salivazo que analizan con sacrificio; y, en fin, si entre otras profesiones cursaron ingeniería, han dejado de remachar calderas por perfeccionar los inventos que le consumen la existencia. Y para corolario de lo que dejamos dicho, agregaremos que los mejores de estos profesionales, van casi siempre, tarde o temprano, a ocupar la cátedra desde donde vuelcan bondadosamente la sabiduría que recoge la juventud anhelosa.

Sarmiento, entre nosotros, fué maestro. Limando el alma de sus tardíos discípulos, ya en San Luis o en Chile, como en muchas otras partes, limó también las asperezas de su genio. Sin aspiración de lucro capaz de absorberle su tiempo preciocioso,

Biblioteca Nacional de Maestros

consumió sus velas de sebo devorando las lecturas de sus libros predilectos y llenando con sus lucubraciones muchos centenares de cuartillas de papel. Después, mientras hollaba la larga senda de sus luchas, como si la vocación le arrastrara, hizo cuando pudo en favor de la educación, desde sus altos puestos, porque, como a hombre superior, jamás le mareó el vértigo de las cumbres.

Otra figura ejemplar es la de Ameghino, maestro que entre las pullas del populacho insolente se encaminaba al atardecer hacia la campaña para regresar al rayar el alba, como un espectro o vidente agobiado por el peso de sus bolsas con restos fósiles. Tampoco tuvo otra aspiración que la del triunfo de la ciencia. Y fué un hombre sin tacha.

Los egoístas que no creen en esto porque opinando como con el vientre suponen que la fuerza del músculo y del cerebro sólo debe emplearse para acumular esterlinas, se asombrarían si supieran que Ameghino vendía cuadernos y plumas para sustentarse, mientras en sus armarios guardaba colecciones que hoy valen cientos de miles de pesos. Pero Ameghino era maestro. Era bueno... ¡Bueno en todo sentido! ¡Bueno de corazón, bueno de cerebro!

Muchos otros hombres modestos, pero muy meritorios, enseñan el abecedario por ahí. Y hay infinidad de niñas que honran al magisterio y que, mejor que otras que sólo saben enjablegarse el rostro, sin arte, serán mañana conscientes madres de un hogar excelente.

Biblioteca Nacional de Maestros

El maestro sólo precisa que su dignidad sea constantemente tenida en cuenta ante la legislación y la sociedad.

Pero no vociferemos, que vamos felizmente por ese rumbo. La nobleza de la misión y la constancia de sus apóstoles desbastadores de la estulticie social, han conseguido mejor premio para el que educa: el respeto y el aprecio merecidos.

La consagración de sus maestros debía regocijar a los pueblos. Los padres debían rendirles algún homenaje y los niños debían brindarles las mejores flores de sus jardines. La colectividad debía agolparse ante el aula donde el maestro inicia su primera clase lleno de vocación, como los feligreses se agolpan ante el altar donde el sacerdote hace alianza con su Dios al cantar su primera misa.

EL PAYADOR

Muchas veces en mis clases primarias solía preguntar oportunamente a mis chicos: «¿Saben comer locro, mazamorra, maíz frito?»... Las respuestas eran: «No, señor... no, señor... no, señor...»

Las respuestas de los chicos y las ingenuas expresiones de los grandes, son el reflejo más fiel, no sólo del hogar ni sólo del ambiente, sino aun de la modalidad de toda una raza. Mareados por el vaivén de un cosmopolitismo absorbente, solemos

Biblioteca Nacional de Maestros

despreciar lo nuestro, tan bueno, por lo exótico, tan revestido de etiquetas. Esto que digo es viejo, como es viejo lo de que por ahí lo saben los comerciantes que nos pintarrajean y exornan el continente de cualquier elaboración para intoxicarnos con la inferioridad del contenido. Esto es viejo pero hay que repetirlo.

No me haría feliz que mi censura fuera maliciosamente derivada hasta zaherir al extranjero laborioso que abre surcos civilizadores y tiende rieles que son arterias por donde corre a raudales el oro. Yo no censuro lo que suena a progreso, pero sí lo que huele a tilinguería, por una parte, y por otra, a maledicencia... Verdaderamente que es pura tilinguería despreciar aquella parte de tradición que no atiza odios. La vergüenza a lo muy nuestro, que es sano y honrado, se parece a la vergüenza de esos muchachos que después que se doctoran con el producto de las lágrimas y sudores paternos, no vuelven más a visitar la chacra que tiene todo un poema de evocaciones magníficas, y aun evitan en público el abrazo jornalero del pobre viejo que ya no da más o esquivan el sacro beso de la pobre vieja que ya se muere. Para estos hijos que visten frac y ostentan títulos, sus pobrecitos viejos son tradición, como el maíz frito y la mazamorra; son también tradición para el tilingo que aprende pavadas, que danza shimmy y que no descuida la moda de cada estación.

El payador también resulta lejana tradición, mirando al ambiente con ese espíritu huero. Sin em-

Biblioteca Nacional de Maestros

bargo, el payador, — aunque no se le transporte a un rango tan elevado como el que merecieran los bardos, los rapsodas, y los troveros de cada tiempo y lugar —, es un maestro de apego al terruño; es el eco aislado pero conservador del alma nacional, la voz de la pampa, a veces, y siempre la clarinada popular, que con diez décimas sería capaz de empujar, a semejanza de la lira de Tirteo, a cien escuadrones de gauchos como aquellos que con Güemes en Salta y con Dorrego en Tucumán, sostuvieron en alto el nombre y la libertad de la patria incipiente.

El payador cumple su misión y su presencia no significa retroceso ni incultura. Como un vocero del amor, va diciendo a las mentes avisadas esas cosas tiernas que tocan al corazón, y les vuelca resúmenes de sabios pensamientos propios o ajenos que siempre hacen mucho bien.

El payador es un forjador de belleza y, con su estrofa áspera, muchas veces vale más que el cursi rimador de expresiones morbosas o de sandeces que tienen la culpa del horror que al verso han cobrado ciertas gentes prácticas. El payador a lo Vega y a lo Hernández, es el alma que, respectivamente, se funde en la estrofa académica de Obligado y en la figura recia y doliente del Martín Fierro que mueve la admiración casi excesiva de un Lugones.

El buen payador, el verdadero y escaso payador de la actualidad, no se ha quedado envuelto en el polvo de las cosas muertas. Sobre los rieles del

Biblioteca Nacional de Maestros

progreso, corre como corrió el de antes sobre los bastos de su flete. El payador de hoy conoce el arte poético, se ha empapado en las lecturas históricas, hojea libros, revistas, periódicos, y cuando quiere, deja dormir un rato a su vihuela amada, para escribir sobre su espalda un soneto, porque suele también ser poeta, y de ley.

Los payadores son como los zorzales de los campos, que mueren si se los enjaula. Por eso es que van, peregrinos, sin saber dónde han de triunfar o morir.

En la Grecia de Pericles, y en la Roma de Mecenas, los poetas magnos y aun los rapsodas o entonadores de coplas, tuvieron los días felices que muy pocas veces han tenido los hijos e hijastros de Apolo en los tiempos posteriores.

Ya que hoy los poetas no comen tan mal siendo catedráticos, hacendados, periodistas, músicos, o comerciantes, ¿por qué no se le da aliento a los cantores del pueblo que son como los jilgueros, con respecto a los encumbrados vates?... Son como los jilgueros, sí, lector, que con menos semillas y con menos privilegios, cantan más, mucho más. Y no hacen ningún mal y, en vez, suavizan los ánimos, fustigan los errores, y nunca, nunca, y nunca hieren a la patria que aman como a la madre intangible que les sustenta con los senos turgentes de inspiración.

Biblioteca Nacional de Maestros

ALAS...

¡Alas... alas...! Alas tienen las ingeniosas golondrinas que buscan los climas benignos; alas tienen las águilas que escalan las cumbres; alas simbólicas tienen los pensamientos. ¿Que no? ¿Y las hojas de los libros y las páginas de los periódicos? Risueño calculador, quien seáis: calculad mejor las frases poéticas que tienen la verdad embellecida que soléis rechazar por no comprender... Y, basta para introito.

Díjome don Victorino Alday (1): «Yo quiero a mis pájaros como Vd. a sus versos».

Y luego me habló de su dolor. Y cómo habla de su dolor. He visto a muchos sonreírse al escucharle.

Yo, en vez, he medido su caída, y no os digo más, lector, porque os reiréis de mí también. El gran error de las almas buenas es el de confesar sus dolores, como es gran error el de las congregaciones religiosas sacar demasiado sus imágenes a la luz solar. Hay aras que jamás se deben abrir a los profanos... Y, basta de filosofía, para entrar en materia.

---

(1) Viejo vecino de Dolores (Buenos Aires), nacido en 1839, en Chascomús, durante la batalla de los Libres del Sud. Fué hijo de un médico español hecho prisionero en Chacabuco por las huestes de San Martín. Tuvo en su estancia un verdadero Zoológico que podía en algunas piezas competir con el de Buenos Aires. Fijó el tipo de avestruces blancos. El Príncipe de Gales, después Eduardo VII, le agradeció un casal de avestruces, en cariñosa carta y le remitió diversas aves de su parque.

Biblioteca Nacional de Maestros

Continúa el hombre: «Es insignificante el número de pájaros que tengo aquí. Al emprender mi éxodo, solté alrededor de 3000.»

Me quedé pensativo un buen rato. Calculé que don Victorino había hecho una obra que merece recordación. Sus armoniosos prisioneros, una vez liberados, habrán colgado o tejido más de un nido en las ramas de los hospitalarios árboles. Y habrán depositado sus perlas. Y habrán criado sus polluelos, y éstos y sus progenitores, año tras año, multiplicarán los trinos y la belleza, y aun serán cooperadores indirectos de alguna industria campesina. Menos gracia nos hizo quien soltara los voraces y bulliciosos gorriones.

Tengo entendido que don Victorino ha fijado como raza, sin duda casualmente: la hermosa variedad de avestruces blancos. ¿En qué gloria le aventajan los mestizadores de toros y caballos que aparecen retratados en las revistas populares, bien orgullosos, junto a los hijos de sus especulaciones mentales?

¡Alas... alas... lector! Don Victorino, que no es ornitólogo ni mitólogo, pero que ama y colecciona alas, así sean de quirópteros fatídicos, debía grabar la figura y la leyenda de Pluto en el álbum que la simpatía de muchos le firma y él escribe para alivio de su desventura. Como sabéis, el sabio y remolón monarca de las riquezas trae el oro y los bienes, encorvado, a paso lento de viejo achacoso que se apoya en su bordón; mas cuando la desdicha hiere al que fué feliz, Pluto se presenta ar-

Biblioteca Nacional de Maestros

mado de monstruosas alas, y en vuelo vertiginoso, regresa a sus dominios, con todo lo que antes llevara dificultosamente.

Icaro y Belerofonte también tuvieron alas. ¿Y los aeroplanos? Perdón, lector: podríais muy bien decir que se me han volado los pájaros.

LA CASA EN RUINAS (1)

La propiedad de la calle X. X... pierde el epíteto de «hermosa» que conquistó en otros tiempos, cuando hubo ecos femeninos, ruidos de platos, ondulaciones de escobas, calor de hogar.

Hoy que es refugio de gente desconocida; hoy que es calabozo de un obsesionado; hoy que no tiene esposa ni ama; hoy que no suenan platos ni hay escoba que higienice; hoy que no quedan rastros de hogar ni afectos sinceros, la ruina comienza su tarea lenta, como un obrero invisible que se despereza después del sueño loco de una borrachera.

Las molduras del frente se mantienen aún perfectas, pero en las pequeñas volutas como en el relieve de los cornisamentos, la tierra acumulada hace un reborde negro esmaltado de trecho en trecho por agrupaciones amarillentas de musgo.

---

(1) Este artículo sarcástico se publicó en un diario de cierto pueblo, bajo pseudónimo, hace muchos años.

Biblioteca Nacional de Maestros

Las rejas de la ventana se descascaran de su pintura como los miembros de un virulento; los marcos se rajan y ajustan por la humedad; las persianas forman grandes curvas al peso del polvo que en las mañanas húmedas ofrece barro a las avispas; los vidrios, detrás de los cuales se ocultan restos de cortinas como cadáveres mutilados, de opacos que están, se convierten en espejos con las refracciones vagas de una ciénaga.

Todo comienza a aflojarse y a ceder; ya el zócalo cuyos mármoles se parten, ya las piedras de la vereda que se saltan, ya los umbrales carcomidos donde no ajustan los pasadores cuyos tornillos mohosos se rompen.

Adentro es un desquicio. Es el mismo cuadro del frente, con retoques más fuertes, envuelto en una atmósfera de polvo. Las telarañas forman grandes redes que caen de los techos a los armarios y demás muebles, cuyas lunas blanquecinas y llorosas de humedad muestran signos, ya cruces, ya incógnitas o lo que exija la imaginación de quien conoce las ingratitudes de su dueño.

En el patio, las plantas han crecido como el pelo jamás recortado de un ocioso, y sobre los canteros yacen las hojas y ramas renovadas varias veces. El césped color de tísico crece en las rendijas o debajo de las tinajas, ansioso de aire y luz. Las enredaderas envueltas sobre sí mismas después de una desfavorable intentona, dejan ver los lamparones de revoque donde los ladrillos semejan los

Biblioteca Nacional de Maestros

dientes de una calavera en una risotada trágicamente bárbara.

Todo es ya parte de la ruina. Hasta el silencio del abandono, la soledad, el olvido...

Cuando comienza a obscurecer, parece que la noche introdujera allí uno de sus pseudopodios.

Esa casa es un antro. Ya no se encienden luces. La luz es un puñal. Se necesita sombra; sombra negra como un poncho donde cruce la estela de alguna alucinación o el aleteo de algún murciélago perseguido por el fugaz reflejo de algún facón que corta el aire en dos para marcar una cruz...

Se suele oír algunos pasos. Es que allí vive un hombre miserable.

No se sabe cuándo viene ni cuándo se va. Viaja de noche, como los buhos; se esconde de día como un asesino.

Cuando más se cargan las tinieblas, suele salir al patio, y allí, sobre el taburete que ha substituído a la cabeza de otros tiempos, con los codos sobre las rodillas, para sostener la caja ósea guardadora de tantos planes luctuosos, se obsesiona frente al recuerdo más fresco; siente las palpitaciones de la locura y los escalofríos de la cobardía. No llora porque su corazón es como una piedra sempiterna que no deja destilar el pus de sus entrañas; pero se hinca y reza la oración profana del que delira arrepentido...

Luego Dios se apiada. La calma llega. La obsesión fatiga al cuerpo que se rinde al sueño. La noche llora rocío. La ciudad cierra sus puertas.

Biblioteca Nacional de Maestros

El eco de las últimas pisadas se extingue sobre el viejo pavimento. Un día más alienta a la ruina que prosigue su obra demoledora.

El derrumbe es ya un hecho...

Así, también, la obsesión y el arrepentimiento, acaban con los cuerpos madres de diatribas.

DON DINERO

Cuánto se ha hablado de él. Los poetas lo han satirizado. Los ricos le han cantado alabanzas íntimas. Los pobres lo han maldecido con ansias locas de poseerlo. El muy ilustre Don Dinero, mientras tanto, regula posiciones, gana guerras, crea escuelas de arte, es blindaje de muchas honras y es ala que lleva a muchas cumbres. Los que acumulan laureles se olvidan de acumular esterlinas, pero acaso no son menos ambiciosos que los que guardan el fruto obtenido por el engaño en cien mil transacciones. El dinero resulta, a veces, medida de avaricia, y a veces medida de perseverancia, ahorro, previsión, cordura... Don Dinero, al fin, es un cartabón. Los que meten en él su única aspiración, mueren miserables como el bicho de cesto en su encierro. Los que lo toman acaso como un medio, construyen locomotoras, botan barcos, guían aviones, editan libros y levantan ciudades. De otro modo, podría decirse que, para sus aventuras, mon-

Biblioteca Nacional de Maestros

ta en el Rocinante de Quijote o en el Rucio de Sancho. En cualquiera de tales bestias es peligrosa la cabalgata. Para no topar con molinos ni hartarse en bodas de Camacho, conviene aprender acrobacia, y con un meliorismo prudente conviene también asentar un pie en el lomo del caballo del señor de la Triste Figura y otro en el del burro del gobernador de la célebre ínsula.

Don Dinero es una invención humana que, como todas, se amasó con sudor y lágrimas, después de las risas de los festines, después del esfuerzo de las arduas faenas, o después de los largos insomnios de las ambiciones más o menos respetables.

POR EL ALMA DE UN POETA (1)

Se hizo la sombra en tus ojos, y tu alma cobró la luz radiante de las estrellas. ¿Hacia dónde habrá tendido sus alas sedeñas tu alma grande y buena?

¡Oh, espíritu ávido de infinito: has volado, acaso, en busca de la solución del eterno problema que tanto hizo vibrar las cuerdas de tu laúd! ¿Volverás algún día reencarnado en las formas de algún santo, o cual gota azul de un nirvana te confundirás para siempre en la serenidad imperturbable del misterioso «más allá»?

---

(1) Con motivo de la muerte de Amado Nervo.

Biblioteca Nacional de Maestros

*

* *

Poeta magno: ¿cuál fué tu última rima, o tu último pensamiento, que en vez de caer hecho gota de tinta, se desvaneció como gota de rocío? ¿Cómo, y por qué efecto dió su último latido tu generoso corazón?

Si una mano invisible pudiera grabar en oro las respuestas imposibles de esos interrogantes, esas respuestas darían al universo el poema inmortal que sólo Dios sabe y goza.

* * *

Hermano sublime: no es el llanto fácil el mejor tributo de cariño que ofrendamos los que sabemos algo del ensueño, del infinito, del arte y del amor; pero es, en cambio, una lágrima semejante a la savia que brota sin ayes de un roble herido.

Yo te rindo homenaje así, sereno, triste, muy triste...

EL ALMA DEL NARANJO (1)

(Fantasía)

Era de noche. El reloj daba las doce, marcando así el fin de mi paseo, cuya partida inicié a las siete y media. Fatigado, pensativo y hasta, podría

---

(1) Primer trabajo dado a la publicidad por el autor con su firma, hace ya algunos años... (1907).

Biblioteca Nacional de Maestros

agregar, desilusionado, sentéme delante de mi mesa de estudio, con imprecisas intenciones de leer o de escribir. No tenía voluntad para nada.

Así, pues, decidíme por no leer, ni escribir, y tomando la silla en que estaba sentado, fuíme a colocar fuera de la pieza, al lado de la puerta, y en la parte que no daban los rayos que partían de mi lámpara e iban a iluminar el frondoso naranjo que ocupa el centro del patio. Tal era el sitio apropiado para refugiar mi hastío y hasta para apaciguar aquello que siempre fustiga al cerebro del hombre mientras su corazón quiere hablar con repiques no comunes.

Más de una vez hundí la mirada en el azul del cielo, y si la inmensidad de su fondo no me abismó, atraído por propósitos irrealizables acerca de tanta belleza, corrí la vista por esos mundos que sólo Dios guía. Luego comparé mi pequeñez. La contemplación me llevó el pensamiento más allá de lo que el hombre sabe, y entre la lucha de la verdad y del misterio, vencido, bajé la mirada al suelo cual si guiándola vinieran mis ensueños, los que debieran hacerse invisibles al chocar en tierra dejando en mi ánimo las huellas profundas de una preocupación casi desconocida.

Allí comencé a discurrir nuevamente sin alas para alzarme del suelo. Bastantes misterios nos rodean, — dije —; bastantes grandezas nos espantan. Soñemos aquí, pues, y sólo para satisfacer las interrogaciones que nos acosan, levantemos la vista hacia el más allá, para rodar convencidos y hasta

Biblioteca Nacional de Maestros

satisfechos de cuán poco somos, aunque nos creamos capaces de estar sufriendo tanto!

Pero no quise atracarme de misterios celestes ni terrenales, tan dulces a veces para el espíritu; no quise correr tras la fantasía del loco ensueño, temeroso de que, ebrio de ilusiones, me hubiera sorprendido el día, enrojeciendo mi rostro demacrado, cual lo hace con la frente pálida de la aurora. Las horas corrían y la luz de mi lámpara, tras ellas, consumía el escaso alimento de su envase.

Paseé la vista por el contorno, y acompañada del oído la detuve delante del naranjo que, embriagado en sus aromas, dormía... soñaba, tal vez.

Suave rumor partía de entre el follaje, y algún azahar desprendido llegaba al suelo, cual gota de inocente llanto. ¿Quién turbaba aquel reposo?

Sólo quise reforzar mi observación, y mi inmovilidad para no interrumpir al árbol, cuyas hojas se agitaban al recibir la posible impresión de algún sueño, o al formar un lecho a los azahares que en sus cálices fecundan el delicioso fruto.

De repente, las ramas se abrieron, y una diminuta mariposa voló hacia mi lámpara cual si quisiera beber los agonizantes rayos de luz; pero, como temiendo el fin de su ambición, cruzó por delante mío y tornó a su árbol para posarse sobre un naciente cogollo. ¿Quién era, qué hacía? Era la oruga que ha días, bajo la incógnita de su capullo, absorbía la savia del árbol; era el alma del naranjo que, detenida allí, esperaba el más profundo sueño de la planta para burlarla...

Biblioteca Nacional de Maestros

Alzó el vuelo nuevamente y giró a su alrededor. Luego, como nota en el silencio, como luz entre las sombras, perdióse en la noche.

¿Hacia dónde iba? Como alma entre las almas humanas, a robar sueños, quizá, para agitar su cuerpo.

LLUVIA DE MARIPOSAS

En el centro del segundo patio de la escuela (1) está el molino, cuya rueda gira sin cesar durante muchas horas, para que el émbolo arranque a la tierra, en voraz succión, el chorro de agua que sube al estanque que abreva la sed de los pilletes escolares y humedece, cuando rebalsa, los tallos y las hojas de una planta de mburucuyá y de una enredadera cuyas hojas verde obscuro contrastan violentamente con el lila raro de sus flores múltiples.

El mburucuyá tiene el privilegio de dar con prodigalidad flores, frutos y orugas. Estas devoran hojas sin cesar, y cuando toman cierto desarrollo, se desprenden, ruedan por el suelo, trepan las paredes y los alambres, siempre en marcha, en busca de un destino y expuestas de inmediato al riesgo del niño que juega, del hombre que cruza, de la escoba que barre o del ave que engulle.

---

(1) Primer local de la Escuela Zubiaur (Dolores, F. C. S.), fundada por el autor en 1911.

Biblioteca Nacional de Maestros

La oruga no peregrina en vano. Llega un instante en que encuentra su paradero. Se detiene en cualquier hilo o en cualquier saliencia del tapial, segrega su tela viscosa, se adhiere por el extremo posterior y se aletarga. Como si fuera un fruto, espera su madurez. Su color negruzco pierde el lustre y se aclara. En determinado instante de su evolución, se enarca hacia arriba, y después de muchas ondulaciones deposita junto a donde está amarrada la cubierta erizada de su cabeza. Pronto comienzan a desprenderse las espinas simuladas de su cuerpo, y el aspecto que cobra es entonces muy semejante al de una hoja seca, vista de lejos, aunque observada en detalle parece un diminuto hipocampo desprovisto de sus aletas.

¿Qué es lo que ocurre a la oruga? ¿Muere dentro del sarcófago hecho de su misma costra? No. Los indicios de vida se prueban fácilmente: basta con tocarla para verla oscilar en todas direcciones, sin poder desasirse de su punto de apoyo. Pero en otras ocasiones oscila sola y violentamente. ¿Estará en los estertores de la muerte? Tampoco. Es porque alguien la acosa, pues hay quien la codicia. A veces, es la araña que la envuelve con su red, y más frecuentemente es una mosquita poco común que la succiona con la pertinacia de un vampiro. Mil ocasiones la oruga muere. Otras mil ocasiones se defiende o no es atacada, y entonces, minuto tras minuto, como la semilla en la cavidad del carozo o el germen en la entraña, elabora su existencia, aunque sin el calor

Biblioteca Nacional de Maestros

directo de la tierra ni la sangre palpitante de la madre. A semejanza del Fénix, se nutre de sí misma, se disfraza primorosamente y se forja dos alas magníficas, con las que surcará los aires y recorrerá los prados deliciosos...

La cubierta de la oruga se abre oportunamente, y al soplo de la brisa, o al influjo instintivo de ella misma, cae de su interior una mariposa roja, nuevecita, con las alas plegadas, entumecidas por la prisión. Y cae otra, y caen diez o cien en un día. Poco a poco comienzan a extender las magníficas alas, y de repente, cómo si un rayo de sol les diera impulso, se alzan en un vuelo irregular, van a la planta madre, giran, liban en las hermosas flores de mburucuyá, huyen de los niños o caen cautivas, y al llegar la noche se confunden con las hojas.

Así revuelan, y andando así se fecundan; van a la planta madre y depositan sus perlas, y mueren, después de una existencia corta, pero tal vez intensamente disfrutada.

Deliciosa existencia con tenues alas por vehículo, con abundante néctar por alimento, con variadas hojas por morada y, sin duda, con una fragante flor por sepulcro.

Biblioteca Nacional de Maestros

EL SOL

Cuánto y desde qué épocas remotas no habrán cantado a este astro las aves y los hombres, y acaso las plantas al susurrar en el viento, y acaso las piedras al vibrar bajo el rayo.

Un poeta que no es célebre, y que por eso cito, ha dicho sencilla y respetuosamente: «¡Oh! sol, gran sol que al universo alientas — porque engendras las fuerzas de la vida: — tu caricia de luz borra la herida — que mi alma saca en las batallas cruentas».

Podría asegurar que el artista no pensó lo que brotó instintivamente, más que de su cerebro, de su corazón. Pero, ¿qué verdad no ha dicho que ahora no sea tal para el escritor o el lector que desmenuza tranquilamente su pensamiento?

El sol, efectivamente, es el gran alentador del mundo. Si el sol se ocultara para siempre, diríamos agonizantes en medio de la noche eterna: «Oh sol, gran sol, tú eras la vida misma».

El sol es fuente de energía. Del sol, según la brillante hipótesis de La Place, se desprendieron los planetas de nuestro sistema, inclusive la tierra, que fueron por los espacios estelares, como los hijos mayores de edad salidos del hogar, a rodar mundo.

Todos los primitivos pueblos adoraron el sol cuando no habían surgido los profetas que hablaron de algo que estaba más allá de él, según los diversos conceptos teológicos. Lo adoraban hasta

Biblioteca Nacional de Maestros

la idolatría porque, instintivamente, sentían el bien en su carne, en su espíritu o en sus sembrados. Un principio de egoísmo hay en todo creyente. El hombre quiere al espíritu bueno mientras ve que le rinde beneficios. Y por eso sus dioses están para servirle en cambio de las ofrendas que él desde su insignificante pequeñaz les brinda. En las religiones caídas en la amoralidad, Dios es un mal juez tentado fácilmente al soborno.

La ciencia mira de otro modo hoy al sol. La química ha estudiado su composición a través del espectroscopio; la física se desespera por encadenar el poder de sus rayos, cuya fuerza ha medido, y la terapéutica ya goza de sus beneficios, encargando a la helioterapia, que sería como la boticaria del sol, el expendio de los beneficios que bajan desde allá, a través del éter, en un tenue hilo de luz que ha galopado muchos millones de kilómetros en el intervalo de escasos segundos.

«El sol es el médico de los pobres» —, dice el refrán popular. Y también: «Donde entra el sol no entra el médico».

El sol está preocupando cada día más a los galenos con el mismo afán que antes preocupó a los astrólogos y adoradores de Egipto, Caldea, Pirú, Persia o India. Pero el interés es otro. Nadie piensa en alzarle altares ni en crearle congregaciones de ñustas para que lo santifiquen y honren. Sin embargo, ya se han levantado sanatorios y se han especializado algunos médicos, no en homenaje del sol, sino para la mayor felicidad del género humano.

Biblioteca Nacional de Maestros

Osiris, Mitra o Indra, o como se haya llamado, sigue haciendo bien al mundo, pero no el bien moral que se le pedía directamente, sino un bien físico reparador, por consecuencia lógica, del otro bien. ¿Me entiendes? Claro. «Mens sana in corpore sano»... se dijo ya. Del cuerpo sano, la mente y el corazón sanos son una consecuencia. Así, mientras el sol cure al cuerpo, éste realizará actos éticamente buenos.

El sol, cuyas manchas descubiertas en su seno son, — según Gil —, cánceres que lo devoran, es poderoso y bueno como una divinidad. Si lo creyéramos sólo un foco inmensamente grande puesto allá para alumbrar y alentar al mundo y asombrar al hombre inteligente que aun no ha podido aceptar por unanimidad una concepción de la Vida en su principio ni en su fin, lo adoraríamos de rodillas, hoy más que nunca, por haber comprendido de veras algunos de los beneficios que reporta, podría decirse, a manos llenas.

Cuando el frío arremete y no hay más brasas en el humilde hogar, cómo se espera el amanecer que anuncian los gallos y las primeras franjas rosadas de la aurora. Con igual ansiedad, detrás del clásico cristal, mientras la lluvia larga y tesonera descuelga su saya, la enfermita que tose hasta empalidecer, espera que se rompa el cortinado gris de las nubes para que el sol la dé fuerzas.

La majestuosa Primavera que llega con una eclosión de claveles y hojas múltiples para los cercos y las ramas que mostraban la rigidez negruzca de

Biblioteca Nacional de Maestros

la muerte, es un hija del sol que baja a la tierra, diría la fantasía helénica, animando oportunamente a todo. ¿No nos sentimos entonces movidos por un impulso extraño? ¿No se coloran los pétalos igual que las mejillas; no van los niños de verja en verja como las mariposas de prado en prado; no canta el hombre, no ruge el toro, no vibra el mundo y hasta brillan más las cosas inanimadas?

«¡Oh! sol, gran sol, que al universo alientas», — bien podemos repetir como verdad científica más que como invocación idolátrica.

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

CUENTOS Y ANÉCDOTAS

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

LOS PRÍNCIPES AZULES

(Cuento)

Después de subir al tren, me senté detrás del asiento donde estaban dos niños. Iba a leer mi diario, cuando se me ocurrió prestar atención al relato que uno de los chicos hacía. Atraído vivamente, cambié de propósito, saqué mi libreta de apuntes y me puse a escribir con la rapidez de un taquígrafo. He aquí lo que decía el niño:

... Al rodar sobre la piedra blanca que había en la falda de la montaña, después de incorporarme, como aturdido, se me ocurrió probar mi fuerza moviendo aquella mole del color de un terrón de azúcar. Confiado en que no me vería nadie que pudiera reírse si fracasaba en mi empresa, me aproximé, afirmé los pies en el suelo y, estirando los brazos, me agarré desde la parte más saliente de la roca. Puse en tensión los músculos y con qué sorpresa vi elevarse la piedra suavemente, como si yo al azar hubiera dado con el resorte que gobernaba el poderoso mecanismo en que estaba engarzada. Esto no fué más que el comienzo de una serie de maravillas que me estaba reservado ver.

En la abertura que se había producido, como a tres pasos, detrás de unas matas de helechos, ha-

Biblioteca Nacional de Maestros

bía una enorme puerta de bronce con cristales de color. Qué ansias sentí de ver lo que allí se ocultaba. Busqué la cerradura para espiar. No existía. Observé que se cerraba formando dos arcos, tan herméticamente que no así no más era fácil descubrirlos. Me dispuse a llamar, o acaso llamé antes de haberme dispuesto a ello. Los formidables golpes que yo daba con pies y manos apenas resonaban hacia mi lado. Hacia adentro nadie los debía oír. ¿Qué hacer? —, pensé. Luego me dije: este ha de ser alguno de los lugares encantados de los cuales me ha hablado tanto abuelita en sus cuentos. Me puse a palpar todo. De repente, cuando comenzaba a desesperanzarme, descubrí en un ángulo del marco un clavito de oro no más grande que la cabeza de un alfiler. Lo empujé con el índice y la puerta cedió. Para no perder la ocasión, me introduje. Mas, la puerta se cerró rápido detrás mío. Confieso que entonces me dió miedo y que pensé en volver. Pero he aquí que no pude determinar el lugar ni las rendijas que por esta parte se confundían con los mármoles y demás piedras que formaban el interior de la montaña.

Bueno, me dije, a continuar la aventura. Iba a separar unas zarzas para avanzar, cuando un enanito me detuvo la mano, diciéndome:

—¡Hola!, ¡hola! ¿Qué pretendéis?

—Yo no pretendo nada, — atiné a hablar. — Sólo quiero seguir por aquí para ver si vuelvo a mi casa, donde tal vez está mi madre aguardándome desesperada.

Biblioteca Nacional de Maestros

El enano dijo:

—Aquí no nos apiada la desesperación de nadie. Lo que nos importa es saber adónde vais, ya que habéis dado con los ocultos resortes de estos dominios.

—¿Dónde voy? — repuse. — Si yo mismo no sé.

—¡Ignorante! — rugió. — Si avanzáis tal como vais, seréis devorado por los perros de los dientes de oro.

—¡Señor! — clamé, y me puse a llorar.

—¡Ea, cobarde! — me gritó. — Así sois todos los de allá arriba.

—¡Ay! — dije —, ¡así somos!...

Me pareció que le había agradado mi franqueza, porque agregó:

—He dejado perecer a muchos balaqueadores. Vos merecéis salir con vida para que podáis ver y después contar. Tomad, pues, este latiguito de oro y marfil, y hacedlo dar chasquidos cuando queráis libraros de algo incómodo. Al regreso me lo devolveréis. Seguid allá derecho. En aquella ribera hay un puerto y en el puerto un barco. Tocad el botón verde que hay en su borda y soplará viento. Tocad el amarillo, y brillará el sol. No vayáis a tocar el botón negro si queréis evitar las borrascas, los naufragios y aun la muerte. Cuando menos penséis, estaréis junto a los Príncipes Azules que gobiernan estos lugares. Si os avenís, su bondad os permitirá vivir en su corte.

Llevando bien presente las indicaciones del enanito que así premiaba mi franqueza, — condición

Biblioteca Nacional de Maestros

tenida allí por muy aceptable como la verdad en mi hogar, — me encaminé por una larga senda, que no era otra cosa que un gran agujero que allá lejos, a gran distancia, parecía desembocar en un espacio mayor, suficientemente claro para distinguir las cosas a medida que me acercaba.

A la derecha, a la izquierda y arriba había flores de aroma exquisito, frutos, piedras preciosas y cien cosas más que apenas miré en mi precipitada marcha por llegar al puerto.

Qué espectáculo grandioso fué el que abarcó mi vista al salir del estrecho y largo túnel. El horizonte que se contemplaba desde una barranca de mil metros no tenía fin. Para llegar hasta el barco, que se veía del tamaño de esos de papel que yo solía soltar en las aguas de lluvia hacia la calle, había que recorrer una intrincada escalera en la cual quedábame a veces vacilando sobre el abismo mientras las piedras oscilaban y rodaban produciendo ruidos estrepitosos ni bien yo me retiraba de ellas. Muy fatigado llegué y trepé a la embarcación. Vista de cerca era enorme. No había nadie adentro. Siguiendo las indicaciones del enanito, toqué el botón verde. Inmediatamente comenzó a silbar un viento suave al principio y luego de una intensidad imposible de medir. El barco, mientras tanto, desplegó paulatinamente sus velas semejantes a las alas de un tremendo albatros, y cuando quise discurrir sobre el rumbo que tomaría, ya estaba en pleno mar. La velocidad me impedía divisar las cosas, embarcaciones o aves

Biblioteca Nacional de Maestros

que como sombras esfumadas pasaban a babor y a estribor. Creí que lo mejor entonces era sentarme a descansar y discurrir. Así lo hice, junto a la borda. ¡Oh! con qué ganas estuve de oprimir el botón negro, para ver danzar las olas en medio de la tempestad. Pero me acordé que tal hecho podía proporcionarme la muerte, y calculé que era lástima privarme de la vida por lo que junto a los Príncipes Azules podía ver.

No hubo lugar para más cavilaciones. El barco que había triplicado su velocidad como azuzado por mi destino que quería librarme de la catástrofe que pendía de mi tentación, llegó a una isla rodeada de bosques, en cuyo interior ladraban grandes jaurías de perros.

Eché pie a tierra, y ni bien lo hice, el barco desapareción con la ligereza de un rayo, en sentido opuesto, para volver al punto de partida.

Yo ya había perdido el miedo, así fué que, despreocupado, avancé por entre el bosque, siguiendo las huellas más transitadas.

Vieras cómo me acosaban ladrando aquellos perros que mostraban sus formidables mandíbulas armadas de triples filas de dientes de noble metal. A pesar de esto, hice el trayecto muy divertido, porque me bastaba producir chasquidos con mi látigo para ver huir en furia loca a los felinos.

Casi sin notar ningún cansancio, llegué a un precioso jardín que rodeaba al palacio más lindo que mis ojos hayan visto jamás. Más de cien enanos vestidos de seda y adornados de ricas joyas me ro-

Biblioteca Nacional de Maestros

dearon. En un segundo me transportaron sobre lujosa litera a la cámara de los príncipes.

Qué seres más raros éstos. Eran altísimos. El color de su piel era azul. El cabello era amarillo. Las uñas y los ojos eran de nieve. Me trataron como a un viejo conocido. Yo no sé ni cuándo ni cómo me vistieron de seda y oro, con sombrero de plumas de aves rarísimas.

Gentilmente invitado, pasé al comedor, cuyo moblaje era estupendo. Ocupé un lugar a la derecha del príncipe. El primer plato que llegó me fué ofrecido. ¡Ay! pero lo rehusé. Se trataba nada menos que de un caldo de platino derretido, con limaduras de plata en lugar de queso, y perlar de fino oriente en lugar de sopas.

Quise hacer los honores al pan. Pero resultó ser éste de diamante. Ellos, mientras tanto, rompían y tragaban todo eso con sus mandíbulas de antimonio y acero...

A esta altura del relato se detuvo el tren en Chascomús, y se me ocurrió preguntarle al niño, interrumpiéndole:

—¿Qué aventura es la que narras?

Riéndose a carcajadas, el pillete me dijo:

—Estoy entreteniendo a mi hermanita, y le refiero lo que la vez que me desmayé al rodar un trecho por la falda de la montaña, hace de esto un año, dije durante los días en que la fiebre fué mayor, según me contó después el aya.

Biblioteca Nacional de Maestros

EL NEGRO QUE QUISO SUBIR AL CIELO

¿Cómo era el cuento del negro aquél? —, solía preguntarle a mi abuela, nacida en el año 1807. La abuela no se cansaba, y con palabra fácil empezaba así: —A un negro que se tenía por inteligente, se le ocurrió una vez llegar al cielo para ver si podía conversar con Dios, no sé con qué pretensiones de aconsejarle sobre algo que había hecho mal en el mundo. Como por allí no había montañas ni nadie tenía escaleras, llamó el muy ambicioso a la negrada de los alrededores, pidiéndole a cada individuo el mortero donde pisaba su maíz para la mazamorra. El día convenido para la prueba, llegó más de un millar de negros con el objeto solicitado. El que iba a hablar con Dios comenzó a encimar los morteros que le alcanzaban, colocándose él en el último. Cuando le hubieron alcanzado todos, gritó: «¡Tiren otro!... otro... que no me falta más que uno para llegar!»

A duras penas le hicieron oír que se habían terminado. El desconsuelo de los de abajo no era ni aun por el número de individuos, la tercera parte del desconsuelo del que estaba a punto de meterse en el reino del Señor.

Se idearon cien mil medios para conseguir lo anhelado, siendo todo en vano. De repente, el de arriba, que había cavilado hondo, ordenó, con una voz de trueno, tremante de emoción, como si hubiera

Biblioteca Nacional de Maestros

descubierto la solución más intrincada de un problema: «¡Saquen el de más abajo!»

Obedeciendo la orden, fácil es inducir lo que aconteció...

Mi abuela solía reír a esta altura del cuento, calculando la inteligencia de los negros. —Así son todos, — agregaba. Por eso, en su tiempo, se consideraba lógica la esclavitud de aquellos seres mentalmente inferiores... según los blanco, que sabían leer, y de los de cualquier matiz, que se aprovechaban de ellos.

CARRERA CÉLEBRE (1)

El cuento de la carrera del sapo y del avestruz se puede hacer en pocas palabras. Yo lo oí cien veces cuando niño, junto al fogón, de boca del viejo criollo más «mateador» que había.

Un sapo inteligente se propuso burlarse del avestruz, «hombre» petulante que se tenía por el más ligero del pago en cualquier «tiro». Concertaron una carrera de tres leguas, el sapo insistiendo con sus pretensiones y el avestruz aceptando a plena risotada.

La noche anterior al día fijado, se fué el sapo a la cañada, donde pidió la cooperación de todos sus

---

(1) Muchos autores, y de modo admirable, y extenso, han desarrollado este cuento, deformándolo al embellecerlo.

Biblioteca Nacional de Maestros

semejantes. Estos deberían repartirse de trecho en trecho debajo de las hierbas, hasta la «raya».

A la hora fijada se presentaron el sapo y el avestruz en el lugar convenido. El sapo le dijo a su competidor que podrían «largar» cuando quisiera.

—¡Oh! — le respondió el vanidoso avestruz; — comience Vd. que yo voy a dormir una siesta.

—Está bien —, agregó el sapo, y salió dando diminutos saltitos. Muy cerca se ocultó. A los veinte pasos hizo otro sapo lo que el primero, y así los demás.

—¡Caray! —, protestó el avestruz despertando; y, al ver saltar un sapo como a cinco cuadras de allí, agregó: —¿Ya irá por allá?? Esto no es broma. A correr —, se dijo entonces, y partió.

Con la velocidad que llevaba, y a causa del parecido de todos los sapos, no podía percatarse de la estratagema. El caso era que cuanto más apretaba la carrera, más lejos veía hacer proezas al que suponía su competidor. Abriendo el pico de cansado, iba a llegar a la raya cuando saltó el último sapo, ganándole por varios metros. Mientras el batracio entonaba entonces su canto de triunfo, sin mayores fatigas, rodó el avestruz, avergonzado y convencido de que el sapo era el animal más ligero del mundo.

Biblioteca Nacional de Maestros

EL FANTASMA

Cada vez que venía al caso, mi madre hacía el cuento de un paisano balaqueador de Morón que, allá por el año 1860, se llevó un buen susto.

En balde le habían aconsejado que no volviera tarde porque, como se contaba, de entre el monte tal, que quedaba sobre el camino, solía salir un fantasma que se sentaba en el anca del caballo y no se bajaba hasta que el jinete caía muerto de terror.

El balaqueador se despidió de sus amistades a eso de las once de la noche. Después de una hora de camino estaba junto al monte. La obscuridad era inmensa. Sólo el animal descubría instintivamente las huellas. En la extensión vasta no se oía otro rumor que el de los cascos repicando en el camino a galope tendido.

En esa situación, el ánimo del bravo comenzó a flaquear. Queriendo apartarse del monte, cortó campo hacia la izquierda, por entre un cardal seco. No lo hubiera hecho así, — decía mi madre, narrando. Al sentir como el aleteo de una mariposa sobre la cabeza, miró de reojo hacia su derecha, que era el lado hacia el cual iba dejando el monte, y con un pavor sin precedentes, vió junto a él un bulto blanco de grandes dimensiones. Sin inquirir más, se echó sobre el pescuezo del animal y castigó a dos lados en furia tremenda. Casi dentro del rancho sofrenó

Biblioteca Nacional de Maestros

el caballo, ya medio fuera de sí, gritando: —«¡El fantasma!... aquí... aquí...»

Atendido por la mujer, y ya algo calmado con el trago de aguardiente que le hicieran beber, se pasó la mano por la larga melena, a cuyo lado veía el fantasma, y cuán grande no sería su sorpresa al extraer de allí un plumerillo de cardo, de esos que los chicos llaman «panaderos».

El cuento terminaba aquí con una carcajada de risa que también hacía volver mi imaginación infantil a su quicio.

EN EL ESTANQUE DE MONTEROS (1)

El estanque o laguna de Monteros era bien conocido en todo el partido de Matanzas y aun más allá. Un vecino de aquel lugar refirió cierta vez que mientras a altas horas de la noche recorría su propiedad, lo había seguido un misterioso perro negro, que luego se perdió para reaparecer en forma de garza blanca o de un frailecito en medio del estanque límpido y enigmático.

Mi abuelo, don Julián Miñones, alcalde prestigioso del lugar en aquel entonces, fué informado por el vecindario, que comenzaba a alarmarse.

Con la atención que prestaba siempre a todo

---

(1) Hágase notar a los niños que estos relatos, hijos de la superstición, son muy comunes en la campaña.

Biblioteca Nacional de Maestros

asunto que incumbía a su cargo o que reclamaba su presencia, dispuso, yendo él mismo, que junto al estanque se pusiera una mesita, papel, lapicera y «tinta sin pecar», para que aquélla, acaso «ánima en pena», dijera qué era lo que necesitaba de este mundo mísero para volver a la paz de su tumba.

Realizada la prueba, los resultados fueron negativos. En el papel y demás adminículos no aparecieron otros rastros que los del rocío y el polvo que el viento había arrojado.

Mi abuelo explicó el fracaso: se había cometido el error de no bendecir aquellos objetos, y por sabido se tenía que las almas, «cristianas» o no, exigen este requisito previo a sus revelaciones.

A pesar de ello, se creyó conveniente no repetir la prueba.

Discurriendo, se calculó que lo más acertado sería oír de viva voz al difunto en pena, que en forma de perro o de garza o de frailecito aparecía siempre en el mismo lugar, en iguales circunstancias y realizando idénticas transformaciones.

Ahora, lo serio del caso, era encontrar el hombre que se atreviera a meterse en tamaña empresa. Los más guapos ni por aludidos se dieron.

Sin embargo, no faltó aquel varón que resultó ser un mulato, a quien se le atribuía nada menos que el asesinato del general Lavalle.

El malvado, de antecedentes pésimos y de un corazón que le hacía balaquear a todos los vientos, respondió, cuando le contrataron para el caso:

Biblioteca Nacional de Maestros

—A mi juego me han llamado. Así sea el diablo, se las arreglará conmigo, y a las buenas o a las malas tendrá que decirme lo que anda buscando.

Los vecinos, que se habían cotizado con buenas sumas para pagar al que «interweviara» al ánima en nombre de Dios y de ellos, se dieron un gran alegrón. Al cabo podrían así cumplir con un sagrado deber de buenos cristianos, librándose al mismo tiempo del terror constante que padecían.

Pero también fueron desdichados los resultados esta vez. Ya porque al mulato se le cargó con exceso la «bota» que le acompañaba para corajear, o por cualquiera otra causa, nada nuevo se supo al otro día. El mulato se había aburrido solo toda la noche, según decía, sin tener muertos ni vivos con quienes acortar las horas charlando o bebiendo.

La preocupación, sin embargó, no cesó. Nuevos relatos del perro, la garza y el frailecito que se aparecían sucesivamente, atizaban el terror.

Para darle mayor importancia y tener por testigos de lo actuado a gente responsable, se organizó una comisión, encargada de investigar lo que acontecía por el Estanque de Monteros. Dicha comisión la formaban el Sr. Palacios, alcalde de San José de Flores; los hermanos Navarro y los Ponce, siete personas en conjunto.

Llegada la noche de la fecha que habían convenido realizar la prueba, partieron bien provistos de armas los que ya hemos nombrado.

A poco andar se les apareció el perro negro, el que luego se perdió de vista cerca del Estanque, y

Biblioteca Nacional de Maestros

reapareció en forma de garza solitaria adormecida sobre una pata en medio de la azulada linfa.

Palacios, poseído de su autoridad, y confiado en su valor, se acercó, y viendo transformarse al ave en el dichoso frailecito, preparó y descargó su trabuco.

¡No lo hubiera hecho! — contaban después todos.

Como de repente lo avanzó una bola de fuego que lo derribó del caballo cual si lo devorara entre sus llamas. Palacios parecía debatirse horriblemente contra su enemigo implacable e infernal.

Los que lo vieron y oyeron, pusieron pies en polvorosa, como diría el gran Manco.

Quien dando gritos de horror, quien llorando o vociferando, fuera de sí, llegaron los seis hombres.

Al día siguiente apareció Palacios muy maltrecho y casi enloquecido, porque, según refería, durante su largo desmayo de toda la noche lo habían azotado con algo así como un cuero seco.

Ese mismo día cayó el pobre alcalde en cama y mandó llamar a mi abuelo, deseoso de hacerle algunas confidencias.

Don Julián Miñones contaba que Palacios se ponía todo carne de gallina ni bien quería evocar el suceso, y que le faltaban palabras para expresar lo que vió y le hicieron, pero que, sin embargo, repetía a menudo estas frases que le habían gritado en el oído: «En lo que no te importa, no te metas, y si te importa, pregunta».

El ánima, bajo pena de la vida, le había prohibido narrar otras cosas, y debían de ser tan estu-

Biblioteca Nacional de Maestros

pendas que el solo hecho de guardar su secreto hacía hervir alocada la imaginación del desdichado Palacios, quien murió martirizado por abrasadora fiebre.

Muchos años después, una mujer a quien apodaban la Tuerta Ana, compró aquellos terrenos. Al hacer un pozo de balde indicó al peón Mateo Colmán que cavara en la lagunita, — El Estanque —, seca a la sazón, para obtener agua más pronto.

No había Colmán dado muchas punteadas cuando comenzó a hallar huesos humanos. Sólo instado por la Tuerta Ana, terminó la tarea, sacando de a pedazos todo un esqueleto, cuyos despojos reunió en un cajoncito para llevarlos al día siguiente al camposanto.

La esposa de Colmán, — según mi abuela —, decía que esa noche no había podido dormir, porque los huesos se movían dentro del cajón cual si bailaran...

UN ALMUERZO SINGULAR

El ilustre profesor J. W. G. nos refería que en cierta ocasión le invitó a pasar un día en su quinta cercana a la Capital Federal su amigo y sabio naturalista Dr. H. Contaba que a eso de las trece, apercibiéndose de que, cuento tras cuento, se habían deslizado demasiado veloces las horas, el Dr. H. amontonó unas briznas de leña, les alle-

Biblioteca Nacional de Maestros

gó un fósforo y desarrolló desde un clavo que había junto a la pared un alambre que ató a la manija de una diminuta ollita.

Antes de que el agua hirviera, el Dr. H. pidió al profesor J. W. G. que le acompañara a la hortaliza, donde se proveería de la verdura necesaria. Con sorpresa vió el profesor que allí no había lechugas, ni repollos, ni nada, pero que, en cambio, abundaban las malezas.

El Dr. H., sin cesar en su chistosa conversación, con la certeza que su ciencia le daba, cortó verdolaga, quínoa y otros yuyos, informando en oportunas citas sobre sus valores nutritivos.

Temiendo graves perspectivas estomacales, el profesor J. W. G., con gran disimulo y no poca audacia, se pasó al terreno lindero, tentado por la exuberancia de un maizal en el cual hizo buena provisión de choclos.

El Dr. H., siempre interesante en su charla, agregó, sin lavar, calculadas porciones de los vegetales recogidos, y abriendo luego su cartera de bolsillo, sacó un bife pequeño y reseco como un charque, el cual sobraba para dar dos éscasas tazas de caldo y entretener un segundo las mandíbulas del formidable comensal.

Este, que ya había deschalado los choclos, se los alcanzó. No sin maña, se cocinaron las bien granadas mazorcas, puestas verticalmente en la ollita, mitad adentro sufriendo rabioso cocimiento, y mitad afuera rociadas por el vapor. Claro que, inver-

Biblioteca Nacional de Maestros

tidas luegó, quedaron como para hacer las delicias del más fino paladar.

A eso de las 16 horas había terminado el suculento almuerzo. El Dr. H. quiso todavía retener a su amigo para que guardara buenos recuerdos de su compañía. Así fué que le invitó a recostarse en cama griega, según su expresión intencionada, durante las terribles horas de la siesta.

Las camas, eso sí, muy higiénicas, eran copia fiel de las que, sin duda, usaron los sobrios espartanos de los tiempos heroicos: manojos de paja seca, sumamente escasos, tendidos sobre zarzos de palos sin cepillar.

Según he sabido, el profesor J. W. G. no ha vuelto a aceptar los convites del Dr. H., pero tampoco ha perdido su amistad y menos el recuerdo de aquella estada agradabilísima, más que en su presente, al través del tiempo, y en boca del protagonista que es diestro y culto narrador.

Por su parte, el Dr. H. explicó alguna vez que uno de sus propósitos fué el de probar que todavía no se conocen muchísimos productos vegetales alimenticios y aun curativos que se arrojan de las huertas y jardines para dar lugar a otros de menor importancia y hasta perjudiciales, que el hábito y el paladar, más que la ciencia, han consagrado.

El resto de las pruebas tiene veladas sátiras de diversos órdenes.

Biblioteca Nacional de Maestros

COSAS DE NEGRO

Un negro que había sido esclavo de mis abuelos, — solía contarme mi madre —, compró cierta vez una buena cantidad de ricas tripas gordas.

Desconfiando de uno de sus negritos pilletes, midió las achuras y las puso en la parrilla, encargándole al chiquilín que las cuidara.

A la hora del almuerzo volvió, y cuál no sería su ira al ver las tripas ya asadas pero mermadas en la mitad. Sin hacerse otra reflexión que la que le servía para acusar de ratero al muchacho, se desató el cinto y lo molió a azotes, injustamente, por cierto.

El mismo negro, ya libre de su esclavitud, se había comprado un ranchito que él surtía poco a poco con lo adquirido y con lo ajeno.

Cierta ocasión cayó con una ovejita y un carnero. En medio de la alegría de todos comenzó a echar a volar su fantasía de incipiente hacendado, diciéndole a su mujer que el casal de ovinos tendría pronto cría, que de la cría saldría otra cría, que de ésta, otra, y así hasta llegar a un número incalculable.

El negrito que abría la boca encantado y ya veía desfilar las majadas de los borregos imaginarios de su padre, exclamó:

—Cuando haya mil, yo voy a pialar los corderitos, tata.

Biblioteca Nacional de Maestros

Sin salir de su nimbo ilusorio, el negro viejo rezongó:

—Dios te libre, pícaro, que me los vas a quebrar.

Pero aun hubo más. Después de una pausa, pensó que no debían detenerse ahí sus precauciones. Así fué que, yendo, como de costumbre, sus acciones bruscamente tras de sus palabras, le aplicó al pobre negrito una paliza, por las dudas, dejándole de cama.

EL QUE DOMÓ AL DIABLO

Mi hermano Félix, que si alguna vez miente no lo hace tan mal, me refiere que andando por el partido de Villegas oyó el relato que va a continuación, y que las gentes de por ahí daban como muy cierto.

Un estanciero de los más acaudalados del lugar había ofrecido a un núcleo de porteños el clásico espectáculo criollo de una doma de potros.

Después de las jineteadas de cuantos quisieran hacerlo, pondría broche de oro a la reunión el gaucho González, mentado por sus hazañas en muchas leguas a la redonda. Era éste un hombre joven, fornido, de un valor y una serenidad a toda prueba. Nadie lo había visto caer jamás del caballo, a no ser en una «boleada» o «rodada», pero siempre de pie, con las riendas en la mano y aun echando una pulla a propósito del suceso.

Biblioteca Nacional de Maestros

El patrón pensaba lucirse con su domador. No era tampoco otra la aspiración de González, quien durante la semana anterior al día de la prueba se había ensayado en los ejercicios más arriesgados, saliendo constantemente victorioso en todos.

Cuando llegó la ocasión, las damas y caballeros de la Capital quedáronse sorprendidos ante la destreza y coraje de la mayoría de los gauchos, que hicieron proezas sobre sus pingos.

Deseando ofrecer una impresión aun más fuerte, el patrón previno a todos que ya verían a González, quien en ese momento venía trayendo una manada de esas que jamás han entrado a ningún corral.

Los compañeros de González referían que en su afán de lucirse, el gaucho decía a cada rato:

—¡Siquiera me tocara jinetear al mismo diablo!

Cuando, después de mucho trabajo, se consiguió encerrar la manada cimarrona, comenzaron los entendidos a calcular cuál sería el mejor potro, esto es, el más bellaco y bravo.

En seguida llamó la atención de todos un animal renegrido, lustroso, que daba bufidos y que parecía de elástico al girar de un lado para otro. Aunque ya era potro hecho, estaba orejano. Esto revelaba que jamás había entrado a brete alguno, ni había probado el tirón del lazo.

—¡Ese, patrón! —, dijo regocijado González.

—Ese —, le respondió el dueño. — Y te lo doy si no te voltea...

Biblioteca Nacional de Maestros

—Que me ha de voltear. Ni aunque fuera el diablo. Y mejor si fuera...

Con gran trabajo, pero sin cansarlo, consiguieron amarrar al terrible animal a un palenque. Le pusieron las caronas, y ni mosqueó.

—¡Caray! —, gritó el gaucho. — Me parece que es más manso que un borrego.

Después que montaron los dos «apadrinadores», clavóle González las espuelas y lo castigó con alma y vida, de derecha a izquierda, por la barriga.

—¡Oh! pero éste es un matungo, — gritó.

Castíguelo más, — insinuó el patrón.

González se le afirmó con rabia hasta por la cabeza y le hizo jugar las «lloronas» desde el pecho hasta el anca.

El obscuro entonces salió al galope. Al rato corría campo afuera sin dar un corcovo. Y, finalmente, era tal su furia en dirección a unos médanos, que tiró lejos, pero muy lejos, a los apadrinadores, no obstante que iban admirablemente montados.

Un instante después se veía al jinete agitando sin cesar el rebenque sobre lo más alto del médano. Parecía que las patas del animal no tocaban en el suelo. Al momento desapareció la silueta ecuestre del gaucho, y sólo se divisó a los apadrinadores acercándose y luego subiendo a todo galope.

Lo que estos dos paisanos relataron maravilló a todo el mundo. Al bajar hacia la falda opuesta, aun pudieron divisar cada vez más lejos y suspendido en el aire al infernal bruto, hallando a

Biblioteca Nacional de Maestros

que acaba de atravesar el mar y el continente (febrero González ahí no más, junto a unas matas de paja brava. Estaba sobre su recado, con las riendas en una mano y el rebenque en la otra, azotando los pastos, clavando las espuelas en la arena y gritando:

—¡Y había sido el Diablo! ¡Pingo, pingo, vamos!

Grande era la expectativa de la concurrencia, y no tuvo límite el asombro de todos cuando los apadrinadores volvieron con González maniatado para dominarle la locura furiosa que le había acometido.

Al ver al estanciero, el paisano, llenos los ojos de lágrimas, gritó nuevamente:

—¡Había sido el Diablo, patrón!... Sólo el Diablo me ha volteado! ¡El Diablo, el Diablo!...

CON LOS MUERTOS NO SE JUEGA...

La prueba más terrible para aquilatar a un paisano corajudo es preguntarle si se anima a entrar a un cementerio a las doce de la noche.

Después de beber muchas copas, un individuo había apostado a que entraría al cementerio, y, de acuerdo a lo convenido, pegaría tres puñaladas sobre la tierra donde se había sepultado a una persona ese día.

En medio de la obscuridad de la noche, y envueltos en sus ponchos para atajar la garúa que caía, se dirigieron los de la aventura macabra hacia el campo santo de la ciudad. Ya junto a la

Biblioteca Nacional de Maestros

tapia, el corajudo se trepó por ella, mientras los otros se alejaron para probar mejor su valor.

Tanteando, llevándose las cruces por delante o tropezando en algunos despojos fúnebres, atravesó el hombre las callejuelas, y más allá de donde las casuarinas heridas por el viento gemían lúgubre, echó rodillas a tierra y dió tres formidables puñaladas que retumbaron misteriosamente en medio del profundo silencio que envolvía a todo.

Pero he ahí que al querer retirarse, ya cuando sus nervios y su corazón no podían aguantar más, sintió que lo retenían. Tiró, y no pudo andar. Tiro más, y fué peor. Desesperado, entonces, forcejeó, abandonando el poncho. Al caer en brazos de sus compañeros, había perdido la razón.

Al día siguiente se encontró su poncho rasgado por el mismo puñal que había esgrimido y enganchado de los ojales a los brazos de una cruz de hierro.

BROMA PESADA

En una chacra cerca de nuestro campo, en Chivilcoy, aconteció un hecho notable que paso a narrar. Había un mocetón que solía balaquear, haciendo alarde de guapeza.

Los amigos le habían sentenciado de que ya le iban a probar.

Pasado un tiempo sin que se conversara al res-

Biblioteca Nacional de Maestros

pecto y sin que se hicieran apuestas, en mala hora se le ocurrió a uno de los peones de la chacra sacarle todos los plomos al revólver del guapo, dejándole sólo las cápsulas para darle un buen susto esa noche.

Cuando encontró la oportunidad, el bromista se ocultó en la pieza debajo de una cama desocupada, antes de que el mocetón se fuera a dormir.

A la hora de costumbre, se acostó éste, trancando bien las puertas.

No había hecho su primer sueño, cuando sintió que le tiraban las cobijas. Alarmado, sin duda, sacó el revólver que habitualmente tenía debajo de la almohada, y miró. En medio de la pieza, un bulto blanco, que apenas se distinguía en la obscuridad, daba saltos y rugía, aproximándosele.

Sin aguardar un segundo más, le apuntó e hizo fuego. El bulto, sin tambalearse, avanzó al mismo tiempo que le arrojaba el proyectil de la descarga. Volvió a descerrajar otro tiro, y aconteció igual cosa. En una terrible desesperación martilló vertiginosamente las cápsulas vacías que quedaban, y con la última detonación se desplomó exánime.

Al no oírle respirar, el bromista, dándose por satisfecho, encendió un fósforo, y cuál no sería su terror al contemplar al desdichado balaqueador muerto, con los ojos desmesuradamente abiertos y la lengua salida afuera como para prolongar el último ¡ay! de su indecible desesperación.

Como la contemplación del cadáver así horrorizaba, se fué a buscar a la esposa de un chacarero.

Biblioteca Nacional de Maestros

Doña Teresa, que tal se llamaba la mujer, hizo las cosas que por allá se comentaban largo.

Sola, en una pieza obscura, roció el cadáver con «Agua Florida», y llamándolo por su nombre lo invitó a guardar la lengua. El muerto la obedeció, y entonces su semblante cobró un aspecto sonriente, como si enterado de que aquello había sido una broma, tratara de disculpar y animar al atribulado amigo.

BELLA LECCIÓN

Formando accidentalmente parte de un corro de amigos, se hallaba el señor Mouján en el Club Social.

Muy a su pesar había oído difamar a las niñas de medio pueblo.

Aunque no temía que aquellas lenguas malignas hallaran qué cortar con respecto a su hogar modelo de virtudes, se levantó de repente indignado, dando las buenas noches.

Como su actitud sorprendiera a los habladores, le interrogó uno de ellos:

—¿Por qué se va así, señor Mouján?

—Porque quiero darles libertad para que hablen de mi familia, — dijo, y se alejó resuelto.

Biblioteca Nacional de Maestros

LA NARIZ DE LA DAMA

Allá por el año 1880, se daba en Chivilcoy un gran baile. Como era costumbre, los mozos iban de casa en casa en busca de las familias.

A uno que hacía poco que había llegado de la Capital, le correspondió conducir a la familia de X., en cuyo domicilio se juntarían otras niñas de la sociedad.

Una vez en el coche, el joven tuvo que vérselas con varias muchachas espirituales y una matrona gentil. Agotados sus argumentos, en mala hora le dió por citar las fealdades locales, para hacer resaltar la belleza de las bien exornadas estrellas que acompañaba. Y donde va y dice en tono interrogativo y burlón:

—¿Han visto Vds. nariz más soberbia que la de esa señorita Julia N...?

Nadie respondió, y se había hecho un gran silencio, cuando una de las niñas, con voz bien timbrada aunque excesivamente nerviosa habló:

—¡Gracias por su lisonja, caballero! No le creía tan amable...

Abrir la portezuela y tirarse al suelo, fué cosa que realizó en un segundo el pobre indiscreto, desapareciendo como una exhalación.

Biblioteca Nacional de Maestros

«PLANCHA»... (1) POR COMEDIDO

No ha muchos años, al tomar en la estación de Dolores el tren que va a Buenos Aires, observábamos con el viejo e ilustrado periodista señor Casildo V... a un pobre paisano que miraba nerviosamente a todos y que no sabía cómo se sacaba boleto. Comedidos, como buenos criollos, salvamos al honesto compatriota de sus apuros. Muy agradecido el hombre, nos acompañó hasta el coche, se nos sentó al lado y nos abrió el alma, contándonos que había galopado veinte leguas y que iba a la Capital Federal a hacerse curar con la «Madre María» de una «piedra» que tenía en la vejiga.

Don Casildo, muy generosamente me dijo cuando pudo: «Yo voy a abrirle los ojos a ese pobre infeliz, aunque tenga que mentir».

Así, pues, le habló como si fuera médico, lo disuadió de su propósito de hacerse asistir por la famosa curandera, y hasta le dió una tarjeta para un médico de un hospital, a quien no conocía más que de nombre. Suponía que, llegado allí, de hecho le internarían y, además, el destacado galeno «amigo», en la duda de quien fuera el colega que recomendaba, optaría por acceder a una petición humanitaria.

Ibamos por Chascomús, repicando en la misma

(1) «Plancha», equivocación estupenda.

Biblioteca Nacional de Maestros

cuerda, cuando al detenerse el convoy subió entre un núcleo de pasajeros un señor que traía una valijita de mano. No habiendo otro asiento que el que quedaba junto al enfermo, se sentó allí. Yo lo miré, y no sé por qué intuición penetré hondo en su espíritu y puse violín en bolsa. Don Casildo, un poco distraído con el alegrón de haber triunfado, substrayendo a un infeliz de las garras del curanderismo, se dirigió al viajero, le contó el caso y, con la soltura de un profesional avezado a las hazañas del bisturí, le detalló la rapidez y facilidad de la operación y sus resultados infalibles. El caballero,culto, modesto, le escuchó sin hablar, y luego, sin alarde y aun reforzando la disertación de don Casildo, dijo: «Efectivamente. De esa enfermedad se operan hoy día cantidad de personas y no muere nadie. En mis veinte años de profesión médica he visto y operado a muchos...»

Yo hundí mi risa muy adentro. El valiente don Casildo permaneció sereno. Cuando el médico se bajó en Temperley y no nos vió el paciente, reímos, descargando muchas emociones.

Transcurridos algunos meses recibió don Casildo una extensa carta de gratitud. Era del hombre aquel de la piedra en la vejiga. Había sido bien atendido por la recomendación de don Casildo y mejor operado. Admirablemente sano, ha de andar por ahí, entregado a las tareas rurales.

Biblioteca Nacional de Maestros

HELADERA QUE NO HIELA

El señor A... es un criollazo ingenuo, miembro de familias honestas, y él mismo es rico hacendado de mi pueblo.

Cierta ocasión había invitado a un núcleo de amigos distinguidos a pasar un día de campo.

Después de haber tomado éstos parte en variadas diversiones, y ya en el comedor, despojados todos de sus cuellos y sacos para aliviarse del calor con que se iniciaba el nuevo año, el señor A... ordenó a una sirvienta que trajera el aperitivo, el vino y la soda, todo lo cual se encontraba en la flamante heladera comprada ese día. Mientras tanto, con un alarde de satisfacción anticipó a los comensales:

—Ya se van a refrescar mejor que en la ciudad.

Llenas las copas, notaron todos, y primero que nadie el señor A..., que aquello estaba como caldo. Ante las protestas del dueño de casa por la compra de un mueble inservible, quisieron ver los convidados la heladera, y cuál no sería la jarana que le armaron cuando descubrieron que estaba admirablemente construída, pero sin recibir aún las caricias del hielo.

El señor A... confesó heroicamente su ignorancia, y sólo atinó a protestar:

—¿Y para qué es heladera si no hiela?

Yo hacía este relato, hace diez años, a un ilustrado educador de la campaña, y al ver que no le

Biblioteca Nacional de Maestros

causaba mucha gracia, indagué. Resultado: había cometido la misma chambonada que el criollazo de mis pagos.

UN HERMOSO EJEMPLO

Durante la guerra del Paraguay se había remitido al ejército una partida de gorritos sin visera, para que reemplazara al viejo kepis. Como resultaba incompatible en aquella latitud de clima sofocante y sol ardiente, los soldados lo abandonaban cada vez que podían, substituyéndolo por el otro, mucho más apropiado aunque estuviera raído.

Un día, dice mi informante (1) sonó de improviso el clarín anunciando que pasaría el general en jefe por la calle que formaban las armas puestas en pabellón. Los soldados y los oficiales corrieron a ocupar sus puestos, y cuán grande fué su asombro al contemplar a Mitre seguido de su estado mayor, y él vestido de gala, pero sin su elástico, por haberlo reemplazado con el incómodo gorrito de marras.

La lección fué eficaz. Desde ese día no quedó un soldado del segundo cuerpo sin llevar el gorrito aquél, por disciplina y por el alto respeto que se le tenía al general.

---

(1) Don Esteban Facio, guerrero del Paraguay, ex senador provincial y distinguido vecino de Dolores (Buenos Aires).

Biblioteca Nacional de Maestros

PA NO PERDER L'AZÚCAR

Un profesor amigo me relató con mucha gracia este cuento, que no es tal porque ocurrió en Dolores.

Un paisano muy bonachón y con un alma que tenía el candor de la de un niño, quiso un buen día comprar un poquito de café excelente para obsequiar a la «mama», cebándoselo él mismo mientras charlaban sobre cosas de antes...

Una vez que hizo su «comprita», encendió fuego, preparó un jarro con la bombilla de plata y se lo llevó a la vieja, que se entretenía en zurcir unos «fundillos».

La vieja tragó tres sorbos con mala cara y le devolvió el jarro diciéndole:

—Pero, ¿«sabés», hijo, que no parece café eso?

—Sí, mamita. Vea, — le refutó, mostrándole el resto que guardaba en un paquetito dentro del bolsillo.

La vieja se lo aproximó bien y habló:

—¿Café «colorau», hijo?

—Así ha de ser. Me lo vendieron por muy «güeno».

Desconfiada, la vieja olió y aun probó. En seguida, escupiéndolo, gritó:

—«Salí», «salí», zonzo. ¡Pimentón, hijito!

El paisano, calmoso, reflexionó:

Biblioteca Nacional de Maestros

—«Güeno», me han embromado. Pero me lo voy a tomar «pa no perder l'azúcar».

Y no fué broma: se ingirió muy parsimoniosamente el rico «café» de pimentón.

POBRE «GRINGO»

Esto me lo ha contado muchos veces mi buena madre, que actualmente pasa de los 80 abriles. Ocurrió en la Estancia. Don Marcos, un piamontés chacarero, tenía de huésped a su hermano, y con esa alegría sana e intensa de ver al que hacía veinte años esperaba, creía que el mejor obsequio para el vecindario era llevar al recién llegado para que lo conocieran todos. La primera salida fué hacia la Estancia. La llegada coincidió con la hora del mate. Como es muy natural, el primer «verde» que vino al corro se le ofreció al extranjero. Mientras los otros conversaban, éste, que no parlaba «la castilla», pasaba el mate hirviendo de una mano a otra para aliviarse. Creyendo que se tratara de un «gringo» muy cumplido, alguien le instó a que se sirviera. Comprendiendo más por el ademán que por las palabras, comenzó el hombre a mirar aquel instrumento cual si lo quisiera encarar de veras. Al cabo tiró suavemente la bombilla hacia afuera, y al observar la «paletilla», se la figuró cuchara. Acaso el buen piamontés debió decir «eureka» para sus adentros, porque ahí no más comenzó a en-

Biblioteca Nacional de Maestros

gullirse la yerba. La gente no pudo y se rió. El hermano «crigocho», enterado, abandonó un relato que hacía, para reír y enseñar al «nación» las costumbres del país. Mi madre, recordando la vergüenza que pasó aquel «cristiano bendito», solía repetir compadecida: «¡Pobre gringo, qué mal momento!»

¿Yo COETÁNEO?

Hace mucho que ocurrió esto en Dolores. En rueda de amigos se escuchaba al doctor X..., que había llegado en esos días después de una larga ausencia de treinta años. Encarándose alegremente con uno de los que acostumbraban a restarse hasta una década de primaveras, le dijo:

—Vea, Vd. ha de ser coetáneo mío...

El interpelado respondió bajo y algo confundido:

—No sé...

Uno muy perspicaz que formaba en la rueda y que conocía la capacidad y la psicología de todos, apartó discretamente el «coetáneo» y le habló así al oído:

—¡Pero, que había sido infeliz, mi amigo!

—¿Por qué? — respondió aquél sorprendido.

—¿Por qué? ¡Qué infeliz: dejarse decir coetáneo! — agregó el burlón riendo.

Intrigado el hombre, interrogó:

—¿Y qué quiere decir eso, che?

Biblioteca Nacional de Maestros

—¡Para qué le voy a decir! Es una palabra extranjera que quiere decir algo más feo que... (Aquí dijo una palabra imposible de anotar).

—¡Si será canalla! — gruñó el coetáneo; — esta no se la perdono.

—Claro, — le atizó el otro.

El «coetáneo», muy de mal humor, volvió hacia donde estaban todos e interrumpiendo al doctor X... en su relato, le preguntó:

—¿Qué me dijo que yo era de Vd., doctor?

El doctor X... respondió vivazmente:

—¡Ah!, que Vd. era coetáneo mío.

—¿Sí? — dijo el otro. — ¿Coetáneo suyo? Más coetáneo será Vd., su...!

La carcajada del bromista sacó del asombro a todos. Pero no sin trabajo se pudo calmar al ofendido y restablecer la santa alegría de los buenos amigos que anudaban viejos recuerdos en amenas charlas.

¡LA «FILUXERA», CARAMBA!

El ilustrado profesor señor S... nos contaba con la gracia que sabe hacerlo uno de sus tantísimos cuentos, que son verdaderas paginitas literarias, repletas de finas observaciones psicológicas.

Siendo joven el señor S..., fué consultado por don Víctor, un quintero muy popular de San Martín, para que le explicara por qué se marchitaban

Biblioteca Nacional de Maestros

y secaban de un momento para otro las mejores plantas del monte.

El joven S... conocía ya la causa. Se trataba de la maldita filoxera. Así fué que instruyó pronto a don Víctor. Este, deseando convencerse más, quiso que le dijera cómo era ese parásito demonio. S... diligente siempre, fuése y trajo una de las revistas que editaba el Ministerio de Agricultura, la cual tenía hermosas láminas en colores de la filoxera aumentada muchas veces.

Don Víctor miró atento, y no dijo nada. Había entendido, y tanto, que su cerebro comenzó a elaborar largo y por su cuenta.

Cierto día, desde allá del fondo de la quinta, vió S... que don Víctor gritaba, levantando en alto un puño cerrado: «¡Aquí la tengu, caramba!»

S... corrió, y en llegando le interrogó:

—¿Qué es lo que tiene, don Víctor?

La respuesta fué:

—¡Aquí la tengu, aquí la tengu, caramba, la «filuxera»!...

—¡Pero no puede ser, don Víctor! Si es un animal demasiado pequeño...

Cuando don Víctor abrió el puño, S... apenas pudo reprimir una carcajada al contemplar en la palma de su mano una pobre cucaracha desecha bajo la presión de una sed de venganza, sólo respetable en el buen horticultor que veía desaparecer día a día lo que le había costado muchos esfuerzos y sudores.

Biblioteca Nacional de Maestros

EL «GRINGO» (1) Y EL FONÓGRAFO

Siendo yo estudiante de la Escuela Normal de Chivilcoy, allá por el año 1907, me hallaba con otros muchachos en el salón de fonografía de la librería «El Siglo», oyendo hermosas piezas, cuando se aproximó un pobre «gringo» chacarero, sonriente y sorprendido, en el preciso instante que el disco reproducía la voz de un notable artista en el popular pasaje de «Rigoleto» donde la letra dice: «La donna é mobile...»

El buen hombre observó a todos los que rodeábamos el aparato, se volvió hacia los rincones y miró el techo, sin poder dar con el «quid» de la cosa.

Yo me di cuenta en seguida de su situación, y con una ocurrencia propia de la edad le dije a Alvarez.

—Vamos a divertirnos con el «gringo».

Asomándome a la bocina, grité, cuando cesó la pieza:

—¿Qué va a cantar ahora? — y haciendo de ventrílocuo me respondí con voz aflautada: — «Tosca», amiguito...

Después de hacer una pausa dialogué así:

—Ha de sufrir mucho Vd. ahí.

---

(1) Signifíquese que esta expresión despectiva del espíritu criollo que vió invadir sus pampas por el héroe del arado, se trueca en rotundo elogio cuando se aplica al extranjero laborioso, fuerte y honrado.

Biblioteca Nacional de Maestros

—No, no... soy demasiado chico.

—¡Efectivamente! ¿Y cómo demonios grita tan fuerte?

Iba a fingir la explicación, pero tuve que retirarme, pues no podía aguantar la risa al ver al hombre que ya metía la cabeza, desalojándome para contemplar al supuesto cantor-miniatura.

Los otros me acompañaron en la prueba más grave, sin decirnos palabra.

Sacando algunas monedas que puse sobre la mesita que sostenía al aparato, dije:

—Bueno, ahí tiene para que cante otra cosa.

Alvarez, Badano, Barrios y los demás hicieron lo mismo, y el «gringo», generosamente, sin que nadie le instara, colocó también su contribución al arte.

Repetimos la treta, y el hombre llegó a echar allí hasta tres pesos. En un momento que me alejé, para reír, el chacarero se fué.

En seguida volví, y viendo el dinero, calculé que guardarse aquéllo era una acción propia de cuenteros del tío. Una auto-acusación me tocó la conciencia y movió el sentimiento.

—¡Muchachos, — les dije —; lo que hemos hecho! ¡Miren qué gracia burlarnos de un ignorante! ¡Qué prueba de cultura!...

Que sé yo qué más agregué. Todos estuvieron de acuerdo con mis reflexiones de arrepentido. Así fué que corrimos en busca del hombre, y después de largo rato, cuando ya subía a su jardinera para alejarse, le hablamos, le devolvimos el dinero, le

Biblioteca Nacional de Maestros

explicamos la tramoya, y quien salió ganando fué el dueño de «El Siglo», pues el buen chacarero adquirió un aparato para, acaso, a su vez, hacer en la chacra con otros como él la misma broma que nosotros le hiciéramos de traviesos.

UNA OBRA DE «CARIDAD»...

He oído al profesor S... contar esta chispeante anécdota:

Una vez las niñas de la Escuela Normal corrieron a avisar a su director de entonces, don Juan X..., que un gatito se había caído al pozo.

Don Juan, espíritu cultísimo y hombre de sano corazón, quiso aprovechar la oportunidad para inculcar buenos sentimientos a sus educandos, y para eso, diligente, envió en misión a su abnegado ordenanza.

Este bregó largo rato con una soga y un balde, en medio de la jarana de las chicuelas, pero sin resultados positivos.

El pobre gatito ya iba a perecer, cuando al ordenanza se le cruzó por la mente una idea estupenda. Sin decir palabra, eligió la tacuara más larga, atándole en la punta una tremenda cuchilla. Luego volvió resuelto a su santa tarea. Dando un recio «chuzazo», sacó en medio de la más jubilosa algazara infantil ensartado al pobre gato, que sólo

Biblioteca Nacional de Maestros

tuvo la suerte de morir en un suplicio más instantáneo.

La cosa no terminó ahí. Llegada la noticia a don Juan, púsose éste lívido de rabia, y, dando grandes voces que eran vibrantes anatemas, redactó una nota exonerando al ordenanza por falta de tino en el cumplimiento de su cargo... «de salvar gatos», — es lo que no agregó.

Antes de la salida de clase, sin embargo, don Juan ya había perdonado al «delincuente» impremeditado, levantándole el enorme castigo en homenaje a su extrema ingenuidad, la que le había hecho poner su punto de mira sólo en el sentido unilateral de un propósito, convencido de que el fin justifica los medios...

UNA VIEJA CORAJUDA

A una vieja que se le suponía guardadora de algunos pesitos,— según se contaba junto al fogón —, fueron cierta noche dos ladrones a escalarle las paredes del rancho.

La vieja, que les había oído, les dejó que abrieran no más un agujero junto a los cimientos, para, a su vez, desarrollar su plan.

Confiados por el profundo silencio que reinaba, y acaso creyéndose ya en el buen camino de su operación, uno de los rateros quiso cerciorarse de lo que pasaba adentro.

Biblioteca Nacional de Maestros

Con la precaución que la experiencia de su oficio le había enseñado, metió primero la mano. No ocurriéndole nada, introdujo el sombrero sostenido por el rebenque, para simular así la cabeza de un hombre que se introducía. Aguardó un rato, y tampoco ocurrió nada. Confiado, entonces, de que la vieja no estaba o dormía profundamente, se dispuso a entrar.

Había asomado apenas la cabeza, cuando la dueña, que atisbaba con la cautela de un felino, le descargó un formidable golpe con el hacha que empuñaba. Ni un ¡ay! dijo el bandido. El otro le tiró de las ropas hacia atrás, y al verle completamente decapitado, abandonó todo y se hundió en las sombras de la noche, huyendo despavorido.

«SALI» (1) PORQUE TE VI

Una señora anciana de Buenos Aires, cuyos nietos son médicos, diplomáticos y abogados, tenía la costumbre de registrar su casa todas las noches antes de acostarse, hurgueteando los rincones con el bastón, mientras decía al azar:

—¡«Salí» porque te vi...! ¡«Salí» porque te vi!...

Nada le había ocurrido en su existencia ya lar-

---

(1) Hacer notar que la palabra culta es *sal*, aunque el barbarismo «salí» sea tan corriente como «vení» y otros, hasta entre gente que se precia de culta.

Biblioteca Nacional de Maestros

ga, y su costumbre se había convertido en la burla de los íntimos.

La viejecita, entretanto, no se acostaba sin poner en práctica su ingenua precaución.

Una noche cualquiera en que todos se habían ido al club o al teatro, la señora comenzó a recorrer las piezas y escondrijos, diciendo:

—¡«Salí» porque te vi!... ¡«Salí» porque te vi!...

De repente, al hurguetear debajo de una cama repitiendo siempre su estribillo vió, con un asombro que rayó en pavor, incorporarse un asaltante que, dándole un empellón, le dijo al huir:

—¡Si me has visto no me quedo, vieja del demonio!

ASTUCIA CRIOLLA

Un vecino de la estancia de mis padres había vendido la lana por valor de muchos miles de pesos.

Al atardecer, sin que nadie le viera, salió como a recorrer el campo, y, según lo había convenido con su mujer, se fué a Chivilcoy a depositar la fuerte suma que le había dado sobre la compra el acopiador.

Alguno de los peones que ignoraba esta estratagema, pero que había visto muy de cerca los miles de pesos producto de la venta, aprovechó también la oportunidad para llevar la noticia a la gavilla de asaltantes que merodeaba por el pago.

Biblioteca Nacional de Maestros

A eso de media noche estaban los bandidos sobre las poblaciones, y después de herir y maniatar a los mensuales que hallaron en los galpones, comenzaron a echar abajo la puerta de la habitación donde estaba únicamente la mujer del hacendado.

Sólo un minuto de vacilación tuvo la criolla astuta, y pensando que al referir la verdad, si entraban, le costaría la vida, porque los bandidos supondríanla ocultando el dinero con su rotunda negativa, hizo de tripas corazones, como decía, y con voz serena comenzó a agritar:

—¡Ladrones, ladrones! ¡Levántense, hombres! Tome Vd., Mariano, la escopeta. Tomá, Pancho, el trabuco. Agarre ese facón, Pedro. Dele un lanzaso al primero que entre, Vd. Antonio. ¡No le vas a errar, Juan.

Los foragidos, que oyeron nombrar a un ejército de hombres pertrechados, como para defender la bonita suma cobrada esa tarde, no quisieron enriquecerse a costa de tantos peligros y volvieron sobre sus pasos, huyendo en furia loca con diversos rumbos.

Biblioteca Nacional de Maestros

POESÍAS

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

NIDO ABANDONADO

En una ramita
de un sauce caído,
sin alas,
sin trinos,
está abandonado a los vientos
el rústico nido.

¿Y el ave que puso
sus perlas? ¿Y el hijo?
¡Quién sabe!
Se han ido,
o han muerto de pena en la selva...
¡Leyes del destino!

Yo soy avecita
del paterno nido.
Canté mis canciones,
rodé en mi camino...
y hoy tengo mi rama y construyo.
¿Qué será mañana de lo construído?

Biblioteca Nacional de Maestros

LA ABUELA

Se murió una tarde. Casi llegó al siglo.
Cuánto la lloramos. Qué miedo esa noche.
Más luces que nunca llenaron la casa,
y hubo donde quiera reflejos de bronce.

A las doce en punto, cuando nadie había
me arrimé a mirarla con ansia y temor.
Sus ojos brillaban inertes; sus labios
se entreabrían como diciéndome adiós.

Adiós, abuelita. No me olvide nunca.
Mire que fuí bueno, le dije llorando.
El silencio inmenso devoró mis ecos;
llegó la mañana, y se la llevaron.

Yo soy una gota de su noble sangre,
que por raro impulso ondulando estoy...
Y las gotas se hacen nubes y éstas vuelven
a su origen. ¿Cuándo seré nube yo?

Biblioteca Nacional de Maestros

ARANDO

Iba lento la yunta. La brillante
reja se hundía acometiendo recio,
y encima de las brozas se extendía
el primer surco igual que un hilo negro.

Las gaviotas, los teros, los chingolos
y otras aves, llegaban. El boyero
y yo a veces, con hondas o con trampas,
cazábamos a gusto, de traviesos.

¿No sabes que son útiles al hombre? —
una vez en la escuela me dijeron.
Algo entendí, y entonces mis instintos
se inclinaron un ápice a lo bueno.

Qué amable era la tierra. Desgarrada
bajo la lluvia o bajo el sol de fuego,
nos devolvía una eclosión de flores,
rubias parvas de mieses, pan, dinero.

Arador, arador: Alegre, arando,
frente a las chozas blancas de mis predios,
observé que el rastrojo parecía
la plana inmensa de un poema excelso.

Y entonces, iletrado, sin más libro
que la naturaleza, ya mi pecho
sintió extraña ansiedad, y en mi cabeza
revolotearon prematuros versos.

Biblioteca Nacional de Maestros

LOS EUCALIPTOS

Desde muy lejos se veían
como dos brazos gigantescos
que se elevaban implorando
la eterna gloria de los cielos.
Qué inmensa dicha nos movía
cuando de vuelta ya del pueblo,
sus copas altas divisábamos
siempre encaradas al pampero.
La yunta, entonces, azuzábamos,
por el camino polvoriento;
el sol caía; la distancia
cedía al trote tesonero.
El horizonte se esfumaba,
todo en redor se hacía negro,
no parpadeaba ni una estrella
y resonaba largo el trueno.
Cuando el relámpago rayaba
la espesa sombra con su fuego,
como dos índices las cúspides
de los gigantes, allá lejos,
nos daban rumbo y nos aullaban
con sus follajes. ¡Oh!, aun siento
aquella rara sinfonía
que hacía entonces darme miedo.
Ha cincuenta años que mi madre
los puso allí. Ya están muy viejos.

Biblioteca Nacional de Maestros

Despedazados por los rayos,
ya no se ven como en mi tiempo.
¡Oh! familiares eucaliptos, —
que el infortunio dió a otro dueño, —
ya pronto el hacha codiciosa
ha de tumbaros...
Padre nuestro
que estás en la otra vida; padre:
protéjelos, que así tendremos,
si no un bordón para el camino,
un buen puntal para el recuerdo.

Biblioteca Nacional de Maestros

HUÉRFANO

—Ya no hay papá —, dijéronme.
—Algún día
ha de volver, repuse.
—¡No vendrá!...
—¿Jamás, jamás? ¿Por eso están de luto?
(La respuesta fué un llanto sin cesar).
—Nos dejó. No vendrá...
—¡Malo!
—No es malo.
Dios lo llevó.
—¡Canalla!
—Pobre Juan —,
me ilustraron, — no entiendes. Tarde, acaso,
cuando todo se olvida, entenderás.
Lloraron más. Reí. Después me dijo:
—Ha de volver. Yo sé que volverá...
Crecí mirando siempre caviloso
hacia el camino. ¡Inútil esperar!
Cuando el medroso luto me quitaron
comprendí. La implacable realidad
recién los ojos de Argos me prestaba!
Al cabo me hice hombre, alcé mi afán,
puse a mi alma una égida: el recuerdo,
y agobiado en ensueños me eché a andar.

Biblioteca Nacional de Maestros

CON EL ESCALPELO...

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

MI JARDÍN Y LOS PERROS

Una persona de mi intimidad se preocupaba por mi indiferencia ante los ataques e indicaciones de reales o supuestos defectos acerca de una de mis últimas obras, y hasta llegó a interrogarme, indignada:

—¿Y tú ni te enfadas?

—Ni me enfado, — respondí.

Mi generosa personita agregó:

—¿Y no ves que lo que acerca de tal verso te dicen es un error, y lo que aseveran a propósito de tal canto es una falta de comprensión o de una mejor lectura de tu trabajo?

—Sí, veo...

—¿Y te callas?

—Y me callo...

Mi defensora se hubiera convertido en mi atacante, irritada ante mi impasibilidad. Pero creí entonces llegado el momento oportuno de volcar mi reflexión, y hablé así, poniéndole cariñosamente mi diestra honrada en el hombro:

—Yo no soy más que un desinteresado obrero que tengo mi predio convertido en jardín. Busco en él las semillas que cuido hasta verlas trocarse sucesivamente en tallos, flores y perfumes. No ponga cercos, porque temo que se hieran las alondras o

Biblioteca Nacional de Maestros

tropiecen las brisas. No cuelgo anuncios porque temo que los mercaderes bajen a poner precio a lo que jamás pienso vender.

Como no soy egoísta, doy de lo mío a quien me lo pide. Como me afano por ser bueno, corto hasta los abrojos del contorno para que ninguna mano sangre al honrarse con el hurto de un pétalo.

Cien o más sendas cortan libremente mi jardín. Y por ellas cruza el asno de Creso, como el buey de la Ciencia, sin robarme más que el cáliz de algún clavel o la lámina de alguna achira para refrescar sus mandíbulas. Quienes respetan menos mis afanes son los perros. Estos, pequeñitos, lanudos falderos, unos; largos, galgos escuálidos, otros, se meten por donde les place. Y donde mejor luce su nácar el nardo y yergue su púrpura el ceibo, o esconde su añil la violeta, hacen de las suyas, sin respetar, por supuesto, aquello que el hombre cuida para su salud moral y la mayor gloria de su Dios. ¿Me entiendes?

Sin responder una palabra, baja la mirada, y con una lágrima noble sobre las mejillas, mi interlocutora arrojó hecha añicos la página de un semanario donde se leía este epígrafe: «Bibliografía».

Biblioteca Nacional de Maestros

CARIDAD (1)

¿Qué caridad has hecho tú? —, suelo preguntar en mis clases con marcada indiscreción, ya que el bien se hace sin publicarlo, pero con el ánimo de corregir errores o alentar buenos sentimientos.

Yo di un pedacito de pan a la viejita que va siempre a casa, — dice uno. —¿Y tú?, — pregunto a otro, —Yo di una galleta a un viejito. —¿Y tú, — a un tercero. —Yo di a otro viejito...

Si siguiera preguntando a los treinta alumnos restantes, aparecerían treinta viejecitas y viejecitos agradecidos de la fantástica caridad infantil.

La idea de caridad que tienen los niños es la idea común que flota en el ambiente. Los padres, las autoridades, las comisiones protectoras, el comercio, todo el mundo, creen que cumplen con Dios y que descargan su conciencia dando «su pedacito de pan». La caridad viene a tener así una eficacia perentoria y un papel deslucido. Lejos de concluir con el mal, en muchos casos llega a fomentarlo, creando la humillante «profesión de pedir».

En vez de ser una aplicación a las consecuencias

---

(1) El concepto de este artículo fué ampliado en 1917 por el doctor Francisco A. Barroetaveña en una extensa carta publicada en «El Diario» de don Manuel Láinez. El autor ha sistematizado su tesis en el capítulo de su libro «De mi erial pedagógico», publicado en la revista «La Obra» (1924).

Biblioteca Nacional de Maestros

inmediatas, la caridad debería de ser una precaución constante ante el infortunio. Más útil que dar el «pedacito de pan», sería enseñar a ganarlo.

El error radica en esta permuta de acciones; error que equivale a aquello de permitir la enfermedad para luego combatirla, o a lo otro de higienizar después que la epidemia ha ganado terreno.

Fuera de la Capital y de algún otro lugar, la caridad que se practica es idéntica a la que venimos censurando. Tal caridad cobra impulsos hasta desde los hospicios y las cárceles. El enfermo o criminal sale de alta o en libertad sin un peso, agriado, y, lo peor de todo, sin ninguna aptitud que le permita esquivar la fatalidad que lo condujo a la cárcel o al hospicio (1).

Lo mismo que hace verdadera la educación, es decir, el desarrollo de las aptitudes, hace eficaz la caridad. Crear aptitudes para el trabajo sería dar en el blanco; enseñar a ganarse el pan que se mendiga, sería regenerar moralmente y hacer más felices a los individuos.

No debe haber, por consiguiente, ningún ser asilado que no realice algo. ¡Algo! — sí, trabajo, esfuerzo productor de economía o cuando menos de ejercicio metódico que desarrolle el músculo.

En medio de sus desastrosas consecuencias, la guerra europea actual (1914), está enseñando cosas que serán de provecho en lo sucesivo. Los nu-

(1) Desde hace algunos años existe en Buenos Aires el «Patronato de liberados» que realiza una brillante obra de profilaxis social.

Biblioteca Nacional de Maestros

merosos individuos invalidados en el combate, posiblemente no se agolparán a las puertas de los templos ni saldrán con organillos mendigando el centavo, porque los gobiernos, como una recompensa triste, pero al fin recompensa, les están haciendo reeducar, a cada cual en un oficio o profesión que pueda salvarles de la miseria y aun enriquecerles.

Las ligas contra el tabaco, contra el alcohol, etc., tan poco difundidas fuera de Buenos Aires, valen más y hacen obra más firme que los asilos. Vale más, pues, el campo preparado para una posible recolección, que el depósito de desechos y brozas. Pero no se olvide que los desechos y las brozas, distribuídos, saneados y llevados al erial, pueden ser complemento, dejando entonces de ser despreciables (1).

Lo estático total y prolongado, en biología, es muerte; lo estático parcial, es atrofia. En ética ocurre algo semejante. De aquí es que la lista de consecuencias sea extensa: miseria, vergüenza, robo, crimen.

Los asilos donde la inactividad es básica, son, con respecto a la parte moral, verdaderas incubadoras de desaliento y pobreza.

No hay que olvidar que todo individuo tiene su aptitud y su vocación que es preciso arrancar o hacer surgir, tal como se arranca la chispa al pe-

---

(1) Es oportuno recordar aquí la valiosa obra de regeneración que realiza universalmente la institución denominada «Ejército de Salvación».

Biblioteca Nacional de Maestros

dernal, tal como se hace surgir el oro del seno de cualquier antro, eso sí, con trabajo.

En toda localidad donde haya personas noblemente humanitarias, ¿no se podría enseñar a los pobres a ganarse el pan, a techarse su casa, a hacerse su calzado, a lavar su mugre, a sembrar su patiecito? Valdría la pena ensayar. En todos los pueblos abundan los sitios baldíos y los ranchos destechados y húmedos. ¿No se podría hacer una requisa de terrenos, solicitándolos en préstamo a los dueños o a la autoridad que corresponda, para facilitarlos luego a quienes quieran cultivarlos, teniendo gratis la semilla y los instrumentos de labranza? Las ciudades ganarían estética y moralmente. Cualquier niño o viejecita se deleitaría hundiendo sus dedos despaciosamente en la tierra, alineando lechugas o cuidando claveles.

Si tal se hiciera, y si se negara «el pedacito de pan» a los que desprecian la labor honesta, veríamos más de una enseñanza alentadora y más de un solar convertido en vergel.

¿Es imposible? ¿Fantaseamos? No, pues. En Norte América hacen eso, y por iniciativa del Consejo Nacional de Educación, comenzó a hacerse algo parecido en determinados barrios de Buenos Aires.

Es común que los criollos haraganes desprecien el trabajo agrícola por ser cosa de «gringos». Pero lo que no desprecian jamás es la mazamorra y la ensalada, en fin, no desprecian nada de aquello que significa el esfuerzo del agricultor o del hortelano.

Biblioteca Nacional de Maestros

La torpe petulancia gaucha prima aún, aunque no parezca. ¿Una prueba?... Ved, allá van dos muchachos, con los pantalones lustrosos, que han abandonado la chacrita donde «el viejo» dobla el espinazo como los bueyes bajo el yugo. ¿Sabéis que buscan? ¡Un empleíto!

No demos más pedacitos de pan, que la mejor caridad es la que proporcionan el trabajo, los útiles, los puñados de semillas o el mayor cúmulo de aptitudes. Lo otro es relajamiento y vergüenza!

EN EL DÍA DE LA PATRIA

Los aniversario patrios no deben festejarse con ruidos de timbales, sino con golpes de yunque.

La juventud no siempre suele pensar así. La algazara es provocada por las comodidades improductivas del asueto, y la algazara no es propicia al éxito de las obras grandes ni al de los sentimientos sinceros: la algazara es la brida suelta del centauro de los desatinos que hiere con sus cascos sonoros la solemnidad de los recuerdos sacrosantos.

Las fiestas patrias deben conmemorarse de un modo sencillo en la forma e íntimo en el fondo. Lo juicioso se impone en estos actos. Los aspavientos y las pomposidades deben rechazarse. Honrar a los antepasados, que es honrarnos, y honrar a la patria, es cosa fácil si se mira bien. ¿Cómo honras tu patria, ciudadano? —, preguntaría confundiendo a

Biblioteca Nacional de Maestros

muchos. — «Cantando el Himno de Mayo», — diría alguna enfática voz juvenil; «repitiendo las epopeyas de ayer» —, agregaría cualquiera, y «haciendo lo que todos» —, contestarían cuántos.

Tristes respuestas que revelan la inconciencia y la ignorancia, donde no puede arraigarse jamás el verdadero patriotismo!

Mejor sería otra cosa. Cada ciudadano debería expresar públicamente las obras que ha hecho y que, al beneficiarle, benefician a la colectividad, y, por consecuencia, engrandecen y afianzan las finanzas del estado. El estudiante debería hacer un balance sobre lo que ha aprendido de una época a otra, el labrador evidenciar la eficacia de sus esfuerzos, el sabio calculador sus triunfos, los funcionarios aquilatar cómo han cumplido en sus puestos, demostrando que jamás han quitado derechos ni han ultrajado la justicia. Así, quizá, se honrara mejor la patria. Sería un modo acertado de dar cuenta al pasado glorioso. Y si los grandes de ayer nos interrogaran desde el más allá por lo que nos legaron, ninguna otra mejor respuesta que esa realidad, que esa concreción podríamos dar. Eso sería festejar los días históricos no con ruidos de timbales, sino con sonoridades simbólicas de yunque.

Así debemos conmemorar el día de Mayo en la escuela, donde tantos entusiasmos sinceros elevan los espíritus hechos a prueba en los combates diarios de la ciencia y la verdad. Los espíritus fuertes, jóvenes y lleno de vida siempre; los cerebros equitativos y los corazones que no se engañan, han

Biblioteca Nacional de Maestros

de vibrar hoy al unísono, como las cuerdas de un arpa colosal que templara un silfo invisible en la escala de la fraternidad, del amor y de la perseverancia.

No puedo substraerme a la tentación de finalizar este trabajo transcribiendo el discurso que nos pronunciara el 25 de Mayo de 1914 uno de nuestros más entusiastas y viejos maestros. Helo aquí:

«Los que estamos en este recinto donde no se impone lo que repudia la razón, podríamos dar cuenta amplia de lo que va del pasado a este aniversario. Todos hemos cooperado en la obra común, porque todos hemos aumentado los signos y los guarismos de nuestra cartilla, cuya carátula es inmaculada y cuyas hojas son tan nítidas como el alma de un niño que recién surge a la realidad sensible de la vida.

«Pero faltan otros: los que cultivan las praderas verdes, sin límites, tendidas hasta más allá del arroyo que las interrumpe o del lago que dibuja los arabescos de su cielo; los que doman el hierro civilizador; los que bajan al seno de la tierra, minando las riquezas de los gnomos; los que elaboran silenciosos en las fábricas empenachadas de humo, y los que van siempre impertérritos bregando con las fibras de sus músculos o las células de sus cerebros. Son también ellos nuestros hermanos. Y son los que faltan. Pero ellos también han de entonar por ahí el mismo Himno y han de hacer flamear el mismo pabellón...

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

«La nación que es en abstracto la resultante cívica de diez millones de almas heredadas de un puñado de soldados y tribunos, ha hecho ver al mundo ya, recién, la realidad de su grandeza y el significado de sus valores. La República Argentina ya es hoy capaz de ser árbitro. América ha reconocido sus prestigios. Europa misma lo sabe. ¡Oh! cuán magnífica resulta así la ofrenda real que ha brindado con sus hechos la nación vigorosa de hoy a la comarca embrionaria de ayer.

«La jornada histórica que vivimos es trascendental para la patria. Nuestra acción se ha hecho sentir allende los mares y el poderío de nuestro país ha dejado de ser ficción lírica. Somos fuerza económica y política. Hemos entrado de lleno a la tan pregonada «senda luminosa del progreso». La misma última conquista del sufragio libre nos ha dado seguros bríos que no se desperdician y enseñanzas que valen por muchos triunfos. Nuestra divisa es de independencia y labor. Nacimos al amparo de la libertad, y crecimos agitándonos en las faenas. «¡Adelante!», podrá ser nuestro lema. Y, adelante, hacia allá, hacia la victoria que se hará legendaria, van las falanges de robustos obreros y fecundos pensadores.

«Y no debemos cejar nunca. La juventud debe llenar todos los claros. La justicia debe sellar todos los conflictos. El amor y el patriotismo deben estrechar todos los corazones. Así la nación gloriosa, la reina altiva que hunde con recato sus faldas en el Plata y recuesta su ebúrneo torso en el

Biblioteca Nacional de Maestros

baluarte andino, será digna del pensamiento de los tribunos y guerreros de Mayo.»

SOBRE MORAL

Nadie ignora que los más grandes moralistas —, Buda, Sócrates, Cristo, — hicieron, en lugar de charla, obra que, como los granos prolíficos de una siembra eterna, ha germinado, multiplicándose, a despecho de la ignominia de los que les aborrecieron y de los errores de los que les aman sin reflexión.

Las ideas éticas, hechas carne por el ejemplo sincero y perseverante, son como las buenas semillas: excelentes, pero contadas. Los grandes moralistas dan poco en número, y, en esencia, el summum.

Los charlatanes cosechadores de todos los huertos, en vez, abundan en inextricable maraña. El budismo gira alrededor de la piedad humana; el socratismo se afirma en el «conócete a tí mismo», y el credo cristiano tiene de sobra con amar a los demás como somos capaces de amar nuestra existencia. Lo que viene después, son repiques, repeticiones, insistencias, perseverancias, para meter en las almas los sentimientos tal como se golpea y vuelve a golpear para meter los clavos en la médula del roble; lo que viene después, son golpes de macho en el yunque áureo del amor, para moldear los espíritus hoscos.

Biblioteca Nacional de Maestros

Engañados por su mismo carácter voluble quienes no tienen pequeña ni grande personalidad, van a merced de los ideales, de las escuelas y de las teorías nuevas como, según el viejo símil, va la hoja desprendida a merced del viento... Esos, como la plastilina de los escultores, o como las cuerdas de cualquier instrumento, sólo tienen la condición de moldearse o de vibrar bien o mal, según sea el libro, la escuela o la doctrina, a la que se avoquen.

El Evangelio es, sin duda, el libro más difícil de seguirse, porque es en el fondo el libro más fácil de comprender. La moral evangélica podría compararse con una morada de cristal a luz plena siempre. Y esa moral, que es acaso como una mano que empuñara cien bridas sofrenadoras de cien y más pasiones egoístas, no conviene ni a los mismos que no siendo sinceros la pregonan. Por esto es que ciertos lectores del libro de Cristo son adherentes incondicionales durante el minuto que lo leen, y en seguida son humanos que obedecen inconscientemente al instinto que puede en ellos más que la inteligencia y la voluntad. La bondad evangélica es más apropiada para los santos que para los hombres. De aquí que en la práctica se la falsee o se la realice hipócritamente a medias algunas veces, por espíritu de sectarismo.

Es más fácil, para muchos sujetos, aguantar la tortura de Guatimocín a raíz de un deleite sensual, que seguir durante una semana los preceptos del gran libro del Nazareno.

Biblioteca Nacional de Maestros

Para amar al prójimo como a sí mismo, tendríamos que dar cien veces la mitad de nuestro pan, de nuestra capa, de nuestro solar, de nuestra felicidad!

¿Y cuántos hombres hacen esto? ¿Son más los que ahogan su envidia para hacer justicia al que la merezca?

¿Son menos los que interrumpen su sueño para velar por el vecino enfermo que no es el amigo, ni el señor, a quien hay que adular?

El Evangelio es terrible, lector. No lo soportan ni los que lo predican, si carecen de amor y sinceridad, se entiende. ¡Es terrible, repito, pero no lo temas: léelo!

LOS CONQUISTADORES

No hay duda que, olvidándose de que la guerra es siempre un recurso bárbaro que avasalla a la razón, o el último recurso que alienta a un ideal magno, las hazañas de los conquistadores de América resultan, desde donde se las contemple, estupendas páginas de poesía épica.

No importa al deleite artístico saber cuál fué el verdadero incentivo que empujó las naves o desnudó las espadas. Como en la Ilíada, no faltó el anhelo de satisfacer a los dioses ni el afán sensual de ganar

Biblioteca Nacional de Maestros

rico botín. Pero fuérase por fidelidad sin mácula o por ambición irresistible, no dejó nunca de ponerse sobre cada rumbo nuevo o sobre cada mandoble aplicado todo el fervor y toda la energía que sirven para diferenciar una aventura heroica de un atropello vulgar.

Aquellos que, al decir de Heredia, vieron estupefactos surgir del fondo del Océano nuevas y hermosas constelaciones, — lejos de toda disquisición de humanitarismo, crítica histórica y puntos de vista de las modernas doctrinas sociales —, son singulares protagonistas, y sus acciones, crueles mil veces, provocan, dentro de la estética en que encuadraron sus concepciones Shakespeare y tantos otros trágicos, verdaderas fuentes de sublimes emociones.

Si tales episodios nos hubieran llegado, no por medio de los signos de Gutenberg, y a través de un tiempo relativamente corto, sino por la boca de la tradición oral de una época más remota, acaso la humanidad tendría una obra que competiría con las de Homero o las de otro cualquiera de los grandes épicos. Así no más como se sabe, la conquista, casi exclusivamente en la forma narrativa que sólo contempla sus dos factores políticos y militares, resulta, más que ciencia, poema. Y por más que los eruditos revisen palimpsestos y remuevan escombros haciendo caso omiso de las causas determinantes, sin intención de inquirir las leyes científicas, los niños y los pueblos que prefieren imaginar a discurrir, verán al descubridor del mundo como a un visionario guiando a sus carabelas; a Cortés

Biblioteca Nacional de Maestros

como a un semidiós invulnerable a los dardos de los aztecas, y más o menos así a Solís, a Magallanes, a Garay...

La América, con muchas de sus montañas, muchos de sus bosques, muchos de sus desiertos o muchos de sus ríos, aun apartados de la civilización, recuerda que los tales únicos paladines la cruzaron en todas direcciones contra todos los obstáculos naturales y soportando todos los ataques de las hordas aborígenes.

Los conquistadores fueron quijotes bregando por la Cruz, o sanchos soñando Eldorados fabulosos; y sin ganar santos sepulcros ni llenar arcas de oro, concurrieron fatalmente a sembrar gérmenes étnicos en las nuevas razas, donde, con las nuevas avalanchas humanas que trajo la emancipación y el progreso, se moldearon nuevos pueblos y nuevos ideales.

EL TANGO (1)

Resulta ahora que el tango, — según he leído por ahí, — es asiático, posiblemente oriundo de la Indo-

---

(1) No creo que sea indiscreción el hecho de hablar a los jovencitos valientemente acerca de una pieza que oyen a diario y que ven bailar en sus salas...

El autor cree en una sóla verdad, en una sóla moral... y además practica la costumbre de no velar hipócritamente aquello que no hiriendo el pudor merece pública censura por ser causa capaz de corromper las más sanas virtudes.

Biblioteca Nacional de Maestros

china. Los gitanos que casi misteriosamente aparecieron en Europa a principios del siglo XV, introdujeron el tango en Francia, España y otros países de aquel Continente. Pero entonces soplaban otras brisas y no era fácil ni grato apropiarse de las costumbres peregrinas.

La hidalguía y el abolengo permitían las peripecias de una aventura, antes que el roce poco galante de las danzas innobles. Los pobres gitanos llegaron en mala hora. Nada de ellos se admitía entre gente de rango. Hubo obispos que excomulgaron a quienes habían comprado sus drogas, o a quienes habían escuchado sus arterías. Y los bohemios, que no cometían otra falta que la de ganarse la vida a costa de los ingenuos, sufrieron la tortura del fuego y de la horca. Se les acusó de caníbales y de perjuros...

Tuvieron que correr los siglos para que las leyes fueran más benignas y para que los europeos no les mortificaran. En ese intervalo se multiplicaron. Pero conservaron su tradición. Y cuando en el Atlante se distinguió el horizonte de un nuevo mundo, ansiosos de vagar por desconocidos caminos, se lanzaron hacia la tierra de Colón.

Si ellos mismos nos trajeron la danza exótica, no es fácil saber. Lo cierto es que el «tango argentino» no es modernísimo, aunque nuestros viejos no lo hayan conocido. Anteriormente al famoso «Bartolo», hace unos veinte años, pocas partituras se encuentran de esa índole. El mismo «Bartolo» apenas se aparta de la habanera cubana. Luego, sí,

Biblioteca Nacional de Maestros

vienen en avalancha los que tienen el carácter inconfundible del medio que los inspiró.

Hoy (1) todo el mundo lleva un tango, sin excluir a las damas, a flor de labio.

Todo el mundo, también, es capaz de improvisar algunos compases o entrelazar fragmentos para formar nuevas piezas. Pero ese mundo, el de acá, no ha tenido fuerzas suficiente para aristocratizar su danza. Nuestro tango, como bailable, puede decirse que no ha salido del arrabal, salvo las excepciones de la humorada y la tentativa fracasada de no ha mucho.

El compadrito, el malevo de tacón y de melena enaceitada, son los verdaderos dueños de este bailable; ellos le han dado todo su empuje emotivo. Ellos, sintiéndolo en lo profundo de sus almas zahareñas, lo han hecho «muy de la tierra», muy argentino. Muchos de ellos, también, son los mejores ejecutantes y compositores. Los maestros de ciertas ínfulas, pues, no escriben tangos. Por eso el tango tiene todas las pasiones de aquéllos. Es sensual en extremo. A veces su música susurra, en seguida es briosa, continúa altanera y termina enérgica o indecisa. Dentro de su eterno ritmo de dos por cuatro, que no es marcial ni acelerado, caben tantos pasos, situaciones y actitudes como las que pueda ingeniar un danzante experto. Y ése es el encanto simiesco que le han descubierto los parisienses.

Parece que el muy bohemio, personificado en la

(1) El autor escribía en 1913.

Biblioteca Nacional de Maestros

tierra de Martín Fierro, pero con todo el atavismo de quienes le arrancaron de las regiones del Tanho, un buen día juntó unos cobres, sacó pasaje de primera, trepó a un transatlántico y desde cubierta gritó: ¡abur! Llegó allá bien provisto y bien puesto. Los coreógrafos le atisabron. Él mostró sus encantos. Ellos lo aplaudieron. Fué novedad. Se hizo moda y hoy se baila allá con furor.

Muchos de nuestros compatriotas, en cambio, se han ruborizado. Con gestos de pudor, han dicho que tal pieza obscena no es argentina. ¿Que el tango es obsceno, han dicho! Sin embargo, aquí se baila el «Two-step», cuya música es briosa y cuya técnica obliga al danzante a efectuar actitudes inconvenientes.

En París no han oído las protestas. Parece que allá juzgan con paladar propio. Aquí ocurre lo contrario. Aceptamos lo que nos imponen. Sólo exigimos carta de extranjerismo. Así, pronto veremos regresar a nuestro tango. Vendrá de frac y cilindro. Traerá alguna denominación chic o algún requiebro «au dernier mot». Recién entonces nuestros «aristócratas» bailarán el tango «francés». Desgraciadamente será cuando haya pasado a los subterráneos de los apaches!... (1).

¡Somos unos bárbaros!

---

(1) *Esto, escrito hace más de doce años fué una profecía. Hoy (1925) el tango se baila en los mejores salones sin haberse despojado de sus bajas pasiones...*

Sabido es que ni las admoniciones atinadas del papado ni las prédicas oportunas de la buena prensa y de la escuela han podido contra la inclinación de las sociedades en evidente perturbación ética.

Biblioteca Nacional de Maestros

PREVISIÓN Y CULTURA

El atavismo hispánico por un lado, locuaz y colorista, y el atavismo indiano, por otro, pesado y primitivo, perduran o se repiten, resisten o se revelan, frente al yunque de las labores básicas, la vez que pueden. Si los hijos del Lacio, sobre todo, no hubieran removido las pampas, si los sajones no hubieran tendido sus redes ferroviarias y si Lutecia no hubiera esparcido sus principios a los cuatro vientos, estaríamos muy lejos del presente. El criollo puro, bravo en la guerra, nos dió la libertad por ley ineludible de su valor ancestral, y cuando terminó su jornada, ocioso y harto de laureles, armó el desorden y la tiranía para llenar ese instante. Después, destruyéndose recíprocamente, avanzó hacia el desierto. Conquistó la tierra, la cuidó, pero no abrió ningún surco. Tuvo que venir el extranjero. Este amasó la riqueza nacional. Aquél pareció desdeñar tan «pueril» oficio, al parecer indigno de las manos que esgrimieron sables y lanzas.

El desprecio al trabajo agrícola y a toda labor manual u oficio, es aún hoy fatal para el gaucho, y para el muchacho que se arrima al municipio a trocarse en «mozo bien», no haciendo más que embrutecerse en la esterilidad burocrática, cuando no en la depravación que en ciertos centros urbanos también da timbres honoríficos o crea aureolas deslumbrantes.

El ensueño de nuestra mediocridad es el de llegar

Biblioteca Nacional de Maestros

a figurar. Y esto de figurar lleva a la amoralidad, a la desorganización económica y al entorpecimiento mental, no sólo del individuo, sino también de los hogares.

La niña o el muchacho que ya «figura», no debe hacer otra cosa que figurar, y como figurar equivale a estar en todas partes, simulando e imitando, ya podemos darnos cuenta de a lo que el figurante llegará después de algún tiempo, cuando esté en el apogeo de su figuración.

Por lo general, las «aristocracias» de nuestra campaña se forman así, figurando, escondiendo en cien ocasiones el hambre bajo las sedas prestadas y barnizando su ignorancia con las lecturas superficiales del periódico localista, a veces maligno, a veces adulador, y casi siempre rutinario. Si la necesidad hubiera creado algún callo en la labor oculta, se cubrirá ese callo con guante blanco, porque la niña «aristocrática» no deberá hacer más que chapucear en el piano, pintar cintas con colores primarios, leer folletines, entender de modas, concurrir al teatro o al «te danzante» y realizar alguna otra cosa, siempre de un modo periférico; el mozo «aristocrático» deberá hasta negar que ha conducido ganados, y que el padre multiplica sus canas tranqueando a la par de los bueyes que dan vuelta sin cesar la tierrita otrora pródiga de la chacra.

Considero esta aversión al trabajo honesto como la cosa más estúpida, y creo que más que nunca hay que insistir en nuestro ambiente hasta conse-

Biblioteca Nacional de Maestros

guir que se ame la tierra, el oficio, y se respete al obrero, que complementa la grandeza nacional yendo con sus sacos de semilla, paso a paso, por donde cruzaron los libertadores a galope tendido con sus cartucheras repletas de municiones.

Recuerdo un caso muy lindo. Un compañero de estudios, muy pobre, se iba a las siegas, ni bien terminaban las clases, para juntar los pesitos con que se mantendría durante el año escolar. Había otros cuantos condiscípulos que, de haber realizado la misma tarea, pudieron haberse salvado. Pero aquel hermoso ejemplo les parecía indigno de sus alcurnias desplumadas e incompatible con sus prolijos cuellos Mey. ¿Qué ocurrió? Lo más lógico. Mi amigo tiene un título, su hogar y vive holgadamente. Los otros, según los tiempos, van de la oposición al oficialismo, miserablemente.

Yo admiro el sentido práctico del norteamericano, que implica, también la posesión de una buena cultura completa, mucha previsión y suficiente orden; y que por eso no excluye el ideal ni el altruismo. A pesar de mi efusión lírica, sé que pienso en la tierra; sé que apartado de aquí, sólo viven los parásitos y el clavel del aire; y pienso que el arraigo del rosal sobre la gleba, lejos de restar vigores, es causa insubstituíble de la magnitud, del perfume y del color de las rosas...

Ya sabemos cuándo la educación es completa. Pero más que todo lo sabemos teóricamente. El ejercicio gimnástico, sin embargo, no basta, aunque sea capaz de corregir y enriquecer la economía hu-

Biblioteca Nacional de Maestros

mana. Yo creo que entre el desgaste energético de la jugada de football y los efectos proporcionados por el martillo sobre el yunque, o por el escoplo sobre la tabla, hay enorme diferencia. Agitarse por agitarse, crear músculos por crearlos, es, a veces, fomentar el acrobatismo exhicionista, que lleva a fines semejantes a los del arte por el arte.

¿No sería mejor crear músculos en el trabajo fecundo y moralizador de por sí? ¿Podría compararse la satisfacción del que deja la pala después del trabajo honrado y recrea su vista en sus cultivos, con la relajación del que abandona la cancha y contempla enconado las equimosis inferidas por su envanecido contrincante?

No significa esto que yo sea enemigo de los juegos y de la diversión. Sólo he querido hacer comparaciones para llegar a otro punto, dando fustazos a las exageraciones y a quienes los merecen. He querido significar, aunque para ello me haya extendido en excesivas disquisiciones, que nuestros niños de ambos sexos no debían de tener tan en poco al oficio, al obrero y al cultivo de la tierra, y he demostrado cuán notable sería, desde muchos puntos de vista, que ricos y pobres aprendieran una tarea manual paralelamente a su educación secundaria, normal o primaria, para que, una vez en la vida de hogar o de sociedad, les resultara aquello un apoyo moral, un recuerdo, una distracción o cuando menos el regocijo íntimo de haber realizado el oficio o la labor del grupo que les sostendrá políticamente... De este modo desaparecería la

Biblioteca Nacional de Maestros

empleomanía de los que ni bien se munen de un certificado de bachiller, se largan a la Capital dispuestos a «soplar» ubicaciones o a arrastrarse procazmente hasta triunfar.

Son bien conocidos los casos de algunos muchachos que se han recibido de médicos, agobados o farmacéuticos, siendo vigilantes, dependientes o cocheros.

¿No habrán lamentado éstos la carencia de un oficio cualquiera, hecho fácil y a la par de los últimos años de estudio?

¿Y qué pensar de las niñas, madres futuras, que no sabrán ni mandar su servidumbre, si la llegaren a tener, o que no sabrán zurcir los guiñapos que la suerte les dé por castigo?

Ámense más la tierra, el oficio y el obrero, y simplifíquense en una mejor finalidad la acción de la educación física y moral mediante la práctica del trabajo industrial que produce, crea aptitudes y torna más bueno al individuo.

EL PASQUÍN (1)

Una buena parte de los diarios de la campaña son pasquines, y en casi todos los pueblos hay dos: uno, que pertenece al oficialismo y que alaba desmesuradamente cuanto hacen las autoridades, y otro que es opositor bilioso y que ataca hasta escan-

(1) Líbelo, periódico o diarucho infame.

Biblioteca Nacional de Maestros

dalizar. Ambos están en pugna siempre. Diariamente se insultan. Y dicen de su cosecha las cosas más viles; recortan de los grandes diarios lo que les sirve de arma, y muy poco o nada se preocupan de los intereses de la población. Son, ni más ni menos, que dos gallos de riña en constante lucha, para sacarse una pluma cada día. Y cada uno tiene su grupo de lectores, que son sus partidarios acérrimos y sus colaboradores o repórters gratuitos.

Los pasquines salen de mañana o de tarde. Los primeros ofrecen el desayuno noticioso que se saborea de sol a sol; los segundos brindan el postre del chismerío nocturno. Todo el mundo cree, duda o goza leyendo su pasquín predilecto. Cuando se trata de un camarada puesto en la picota, se cree, se duda o se goza a su espalda y se simula pena en su presencia. Porque los pasquines acaban con todo aquello que se llama lealtad, o virtud, o sinceridad, llenando el ambiente de hipocresía, desconfianza y traición.

En el pasquín no se debaten principios de moral ni de política. Su lema podrá ser cualquiera, pero su único fin es denigrar insultando o falseando la verdad.

Los que escriben en el pasquín pueden juzgarse por lo que dicen al correr de sus plumas. Son ellos, en su mayoría, fracasados, vencidos, decadentes en todas las formas éticas y espirituales conocidas. No les queda por eso más que el acibar que vierten gota a gota mediante el artificio de una retórica de clisé con adobos de enciclopedia barata.

Biblioteca Nacional de Maestros

En suba o en baja, el pasquín siempre es poderoso. Todos le temen. Los vecinos se subscriben a él, y los comerciantes le dan vida con sus avisos. Al diarucho que es opositor, tratan los mismos oficialistas de atraérselo. La negociación no toma desprevenidos a los de la casa. Tranzan por una buena dádiva para amainar desencantado a los asiduos lectores. En la mejor oportunidad cantan la palinodia y luego hilvanan sus más melosas loas. Pues sufriendo todo la hoja anónima y siendo capaz de sacar al viento los cueros del primer censor que se aventura, la hazaña de volver a imponerse y hacer olvidar su deslealtad, es cosa de una semana.

El pasquín es una potencia que hay que saber combatir. ¿Sabéis cómo se combate a un pasquín? No respondiéndole jamás. Así no se le da tema. Los mismos lectores se cansan de la monotonía de sus intrigas y el pasquín muere envenenado por sus mismas bellaquerías.

Hay también otro enemigo que debilita al pasquín con la suavidad y la constancia de la ola que lame la roca. Ese enemigo nobilísimo es la escuela. Por eso ningún pasquinero fomentó jamás la educación. Cuando de ella hablan, contrastando con el suelto que sigue, lo hacen como entre dientes, sin calor, con una hipocresía que se arrastra entumecida en una prosa de taberna.

Nota: *Como modelo del buen periodismo cítese, entre otros diarios argentinos, «La Prensa», por ejemplo.*

Biblioteca Nacional de Maestros

¿CÓMO ERA RICARDO?

Un excelente escritor nacional me hizo la pregunta que tomo para título de estos renglones. Ricardo es el personaje principal de mi última obra. En pocas palabras, voy a decir cómo era...

Ricardo no «era». Ricardo es como el autor, o como el lector, o como la forma corporal que cada uno sea capaz de darle, según su grado de interés, su imaginación, su talento. He querido hacerle así. Con crear el espíritu, que es lo que perdura, basta. Lo demás es transitorio y se va. Poco importa lo exterior, que es semejante al traje que usamos, hoy nuevo, mañana raído y después ceniza!

El pensamiento, la magnitud y la calidad anímica son las cosas capaces de ser eternas. La figura es deleznable, el ingenio no. ¿Quién no se desorienta cuando en ciertos aniversarios ve en determinadas publicaciones las diversas fotografías de Sarmiento presidente, Sarmiento gobernador, Sarmiento cuando era joven? Para los que le creemos inmortal, ése no es Sarmiento. Nuestro Sarmiento es el que escribe «Recuerdos de provincia» o «Facundo» en una prosa concisa, jugosa, mesurada, natural, bella!

Cierta vez que visitábamos a Almafuerte, díjonos éste en amena conversación: «De repente viene media docena de muchachos locos a conocerme. Cuando les veo el semblante mustio, descubro su desencanto. Han oído hablar del poeta, y dejando

Biblioteca Nacional de Maestros

volar libre la fantasía, me han forjado en sus mentes románticas como un doncel hermoso, o un anciano de barba azul, larga melena, ojos de Nazareno, tañendo una lira enorme y diciendo palabras de academia. Y yo soy un viejo feo que habla como cualquiera...»

Quien lee «Sombra de la Patria», cree que Almafuerte es un gigante; quien lee «Serenata», cree que es un trovador que va de reja en reja con su guzla sonora; quien lee «Milongas clásicas», cree que es un ilustre Viejo Vizcacha; y así podría seguirse variando las sugestiones con la mayoría de sus poesías. Pero Almafuerte no es eso ni será inmortal, por esa forma que se le atribuye, ni aun por su fisonomía personal que desencanta a los muchachos bobos. El Almafuerte que admiramos, el eterno Almafuerte es otro, sin forma tangible e ilimitado como el infinito azul.

Ricardo, el protagonista de mi novela, jamás se ha fotografiado. Vive, actúa, arranca lágrimas, existe, en fin; no lo ve quien quiere, sino quien es capaz de vivir, actuar, llorar o pensar con él.

Con la traducción pierde mucho un poema; sin embargo, queda algo. Si la forma fuera todo, ¿qué gustaríamos de la Ilíada los que no sabemos griego, o de Rabindranath Tagore los que no hablamos su idioma?

«El hábito no hace al monje». ¡Claro! Creo de otro modo que no siempre se ha de seguir el procedimiento que sólo he escogido para el principal protagonista de mi ensayo. Hay personas que para

Biblioteca Nacional de Maestros

existir necesitan rasgos fisonómicos, como hay humanos que necesitan un buen traje para aparentar.

Ricardo, como ya os he dicho, es un espíritu. Si le aplicáis vuestra careta, no se disgusta; si le concedéis vuestro atavío, no se molesta. Pero sin esas cosas perecederas, existe como un hálito, como una nota, como un rayo de luz...

PARA CIMENTAR LA FRATERNIDAD

No ha mucho (1922), me regocijaba leyendo una brillante crónica del eminente escritor Ortiz de Echagüe, con motivo de la visita del doctor Alvear a España.

Cuando nuestro flamante presidente se encaminaba, acompañado del monarca, por entre las filas de sardineras ubicadas de exprofeso para dar la nota característica del norte de la península, una de las más viejas del grupo, vibrante de entusiasmo, gritó, según el cronista:

—¡Viva el rey de la Argentina!

Mas, avisada otra, quiso enmendar aquel desliz, y lo hizo a su vez abogando así, con voz rotunda, todos los ecos:

—¡Viva el rey de América!

Bien. En éste y tantos arranques emotivos del pueblo que siente y sabe querer sin ambages ni prejuicios, yo vislumbro con dolor la debilidad de

Biblioteca Nacional de Maestros

la verdadera confraternidad, que tan mal, a veces, atan la diplomacia y las relaciones protocolares.

Nadie quiere bien a quien no conoce, por más que la simpatía pueda ser el carril que con antelación se tiende para que vayan por él los verdaderos afectos.

El idioma común es, para argentinos y españoles, la gran llave de oro que puede abrir de par en par el cofre de sus corazones.

Pero quedará siempre la distancia como un obstáculo para hacer franca y duradera la amistad.

Si los gobiernos gastaran menos en embajadas y trámites diplomáticos y abarataran el pasaje hasta el punto de que cualquier obrero o empleado pudiera con sus modestos ahorros viajar seguido hasta aquella tierra heroica, y los de allá hasta estas pampas de promisión, se llegaría más rápido a ese conocimiento, sin malicia, de los pueblos, y tendría entonces duración y fundamento la fraternidad.

Mientras la acción oficial incube ese asunto, asociándose los individuos para fomentar el turissano, realizarán mejor obra que forjando en frío esas frases que se endilgan recíprocamente en las fechas determinadas por el calendario.

Sin embargo, a la espera de esa cimentación indestructible, no deja de significar mucho, como iniciación, el hecho de que en un gran día, acá y allá, confundidos los españoles y los argentinos, tengan en los labios sanas palabras de afecto y elogio para sus respectivos países. Así, con respeto y amor, res-

Biblioteca Nacional de Maestros

pondiendo a todos los que vitorean a nuestra Argentina, digamos entusiastas:

—¡Viva España!

«ALACRANES» Y «ALACRANISMO»

Los «alacranes» abundan. Son los hombres cero con respecto a las múltiples evoluciones del progreso. Como el aráenido venenoso, del cual les cuadra tan bien el apodo, se arrastran bajo, a ras del suelo, o en la sombra del anónimo abominable. Van acosados por las derrotas que no confiesan. Pero, faltos de aptitudes, no pueden llegar al pináculo de los elegidos. Se adhieren de tal modo a la insignificancia, que se involucran en ella para perder cuanto pudo haber sido un rasgo sobresaliente de su personalidad.

La ignorancia que pretende triunfar sin haber desbastado antes sus asperezas, o la incapacidad que no tiene valor para delatarse, engendran los tipos más biliosos de «alacranes», cuyas babas se vuelcan siempre sobre lo más nítido cuando no desde el pasquín maligno, desde el corro de chismosos, tan característicos en los pueblos chicos como en los arrabales de los grandes centros poblados.

El «alacranismo» es una consecuencia directa de ese vomitar insidioso. Es la condición de aquellos vencidos cuya impotencia incuba las diatribas más mordaces de la inquina. Es el miasma de los am-

Biblioteca Nacional de Maestros

bientes donde la calumnia substituye al aplauso. Es la charca fétida donde se revuelcan los ofidios de la traición.

El ataque de los alacranes obedece siempre al estímulo del medio. Nunca faltan sonrisas para el astuto que socava debilidades, gracias para el difamador que proporciona esparcimiento, calificativos heroicos para el que ataca la moral, ni asentimientos unánimes para quien se desata en insultos inauditos. Se premia así el valor mal entendido porque se confunde esta modalidad del individuo con lo que no es más que insolencia o atrevimiento. Valor es a veces serenidad, dominio de las pasiones, desprecio a la contienda vil.

Los «alacraneS» muerden a cuantos triunfan. Muerden al que se alza por sobre el nivel común. ¡Y si pudieran! Si pudieran cortarían las alas del Cóndor o romperían las hélices de los que ya andan cerca de los astros.

¿Y qué son los «alacraneS»? Nada. Negación. Cuando más son espíritus indigestos de pretensiones. Constituyen el cimiento arrumbado de una cúpula utópica, rival de la más alta Eiffel que haya levantado el hombre.

Sin embargo, con piel de lobo y dientes de ratón, — al decir de Fombona —, acometen sin vacilar.

Si fueran amos absolutos, ya hubieran derribado las Pirámides o la torre de Pisa; ya hubieran roto el Laocoonte o la Gioconda; ya hubieran macerado el cerebro de Sócrates o el corazón de Petrarca; ya hubieran partido el escudo de Aquiles o la espada

Biblioteca Nacional de Maestros

de Bonaparte; ya hubieran esparcido las letras de Guttenberg o los discos de Edison!

No sienten otra cosa que odio al que es más. Atacan las ciencias, el arte, las letras, todo, y no porque les molesten, sino por que los que en la ciencia, el arte y las letras se destacan les derpiertan rojas emulaciones.

La fama intangible, blanca, nítida, inmaculada, se convierte en Atropo o en Satán, que sofoca a los envidiosos. Y entonces, hasta la honra, base de toda grandeza, merece el premio único de los tenebrosos: ¡el insulto!

Pero el insulto es preferible al abrazo de los «alacranes». Después hay que avanzar impertérrito. Y en cada acometida que hagan, antes de un puntapié, hay que arrojarles una obra. ¡Una obra! Para ellos será el hueso de gigante donde romperán sus dientes de ratón!

CONCEPTOS SOBRE LAS MODAS

Con las modas no nos ocurre lo que con las obras pictóricas célebres. Las modas duran una temporada, una primavera. Durante ese corto lapso constituyen la preocupación primorosa del mundo elegante. En seguida declinan y resultan ridículas y chocantes para los mismos que las llevaron. Es que no constituyen un arte. Son más bien caprichos. Obedecen a un impulso comercial, y se ostentan a

Biblioteca Nacional de Maestros

costa del crédito o de la opulencia, satisfaciendo el ocio, halagando el lujo o barnizando la mediocridad.

Las obras de arte se hacen, en vez, para colmar los impulsos más generosos del espíritu. En ellas subsisten, como fenómenos transmigrados, las más profundas emociones o las más preciosas ideas, y se las traza, burila o armoniza para la eternidad. Un cuadro de Rafael, una cúpula de Miguel Angel, un mármol de Fidias, una sinfonía de Beethoven o un soneto de Petrarca, fueron, son y serán siempre hermosas concepciones. Con las modas no acontece así. Una niña de hoy (1), cuya falda ajustada se asemeja a las que usaron las egipcias muchos siglos antes de Cristo, se ríe despiadadamente de las damas, — antepasadas cuyas o figuras históricas —, hechas unos mongolfieras con sus tremendos polizones. El «mocito bien» se burla del campesino que todavía viste saco tajeado a los costados, pero en cambio se siente muy feliz llevando una cadenita en el ojal superior de la solapa y un pañuelo de color que asoma intencionalmente la puntita.

La moda es una imposición a los espíritus débiles. Cuántos empleados pobretes empeñan su sueldo para seguir el último figurín. Y de las muchachas no se diga. Estas, como aquéllos, temen a la delación social que viene seguida del rechazo. Porque no ir a la moda es ser menos o inferior a Juan o Juana. Y en los círculos sociales no se debe ser más ni menos, sino igual. Hay que nivelarse. Se permite ser charca plateada por la luna, pero jamás

(1) Escribía en 1912.

Biblioteca Nacional de Maestros

océano rugiente que levanta o hunde sus aguas con ondulaciones propias. Toda moda no es más que una uniformidad de cosas sin valor artístico. La impone un modisto y luego se la disputa media humanidad. No se difunden las ideas tan rápido y fácil como las modas. Es ésta otra prueba de su inconsistencia. Y a la moda no va el mundo sabio, sino el mundo frívolo.

Ningún hombre de talento se preocupa mayormente de su exterioridad, porque el tiempo no le sobra para cultivar su mente. El pedante, en cambio, tiñe sus zapatos, perfila su pantalón y ata escrupulosamente su corbata. Tal vez tenga su razón. Es su recurso. Conseguirá su objeto. Ya que lo conseguirá! Lo hemos visto en las plazas. También en los salones. Y sabemos que primero se analizan los vestuarios que las conciencias. Y hasta hay quienes se prendan de la ropa. Tal como las aves de la coloración del plumaje. Tal como muchos otros animales. Pero entre las aves y entre los demás animales también se hace la selección por el canto y la belleza reflejada en el vigor físico.

Al menor número pertenecen también, entre los humanos de esta humanidad, los que seleccionan sus relaciones basándose en el mayor caudal de ideas y de virtudes.

El afán de exonarse se vincula con la inferioridad mental. Los pueblos primitivos se ocuparon primero del adorno de su persona antes que de la higiene y de las ciencias. Los salvajes de hoy se pintan, se tatúan, se cargan de collares, etc.

Biblioteca Nacional de Maestros

Entre los civilizados acontece lo mismo. Del niño al hombre maduro, hay una decreciente diversidad de gustos chabacanos. A un chico le gusta la más confusa complicación de colores vivos. A un jovenzuelo le satisfacen otras tonterías de excéntrico. Y conocí una intelectual que confesaba honestamente que toda persona le entraba primero por los ojos, esto era, según la elegancia y el traje que llevara.

La moda se propaga por imitación. Y la imitación es siempre cosa inferior. Sabemos que en pocos minutos una manada de simios se pondría a la moda después de haber visto a ataviarse a cualquier pariente evolucionado. Pero si arrojara el sombrero o la casaca quien hiciera las veces de modelo gimnástico, veríase de súbito trocados en la manada habitual a los benditos simios disfrazados un segundo de hombrecillos triviales.

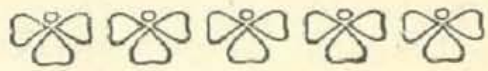
Esta filípica mía parece ir en contra de «todos». Sé que el mayor número abruma. Pero reconozco que en el conjunto, sin extremar la aversión a «lo que se lleva», hay siempre quienes adoptan las prendas que caen bien a su tipo dándole elegancia y manteniéndole su carácter y su individualidad dentro de una armonía de tolerancia y discreción.

Hay que vestir bien, pero sin afectación. Yo, por mi parte, prefiero adherirme al sabio escritor Unamuno que confiesa gustar más de un pantalón con rodilleras, moldeado ya como un bronce con su carácter propio, y no de otro que no obstante su raya impecable, da al individuo el aspecto de cosa sin vida o materia sin alma.

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

FOLK-LORE



Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

SUPERSTICIONES (1)

(Parte reducida del material enviado a un concurso auspiciado por el C. N. de Educación, que no se llevó a cabo.)

1

Los teros anuncian visitas cuando pasan por sobre las casas. Si hacen algarabía, es seguro que las visitas serán alegres y agradables. Si apenas grita uno, otro o ninguno, la visita será tonta y aburrida. Las dueñas de casa comienzan a arreglar todo, en seguida. Alguien llega siempre, y el anuncio, por eso no falla.

---

(1) El educador tendrá buen tino al comentar con sus alumnos este capítulo, recordando que si las supersticiones no agregan ciencia, dan base en cambio al estudio para la mejor realización de las obras literarias o la comprensión del espíritu nativo.

Recuérdese lo siguiente, escrito por el doctor Joaquín V. González en su importante obra «La tradición nacional»: ... «el novelista encontraría en las misteriosas influencias de la religión, de la *superstición*, del heroísmo, de la pasión salvaje, de la mezcla de la civilización cristiana con la savia indígena, tipos, pasiones, fatalismos que combinados con arte darían nuevas formas a ese género literario...»

Biblioteca Nacional de Maestros

2

Las lechuzas que se acercan a las poblaciones para resguardarse del frío o cazar insectos, anuncian desgracia. Como alguien siempre muere, sea amigo, conocido o no, del lugar o de cualquier parte, tampoco falla el agüero. Cuando se conoce la fatal noticia, haya pasado el tiempo que sea, el que vió la lechuza certifica el anuncio prematuro del suceso. Nadie duda.

3

Llueve del lado hacia donde van las gaviotas. Tal vez haya aquí menos superstición que observación de un acto instintivo del animal que siente el fresco producido por un cambio de temperatura donde llueve, porque desde un horizonte mucho más amplio que el nuestro, divisa, a la altura de cien o doscientos metros a que vuela, la tormenta, con sus relámpagos lejanos.

4

La lechuza, el buho y otros animales nocturnos, son acaso espíritus malignos. Para evitar su influencia, se dice «Cruz diablo». Puédese, además, persignarse.

Biblioteca Nacional de Maestros

5

El rayo se cree que es una piedra que cae del cielo, mata los animales y parte a los árboles. Siendo niño, he buscado muchas veces esa piedra con múltiples virtudes, por consejo de los peones de la Estancia de mis padres, en el cuartel 12 del partido de Chivilcoy. Mi madre me había enseñado que había que decir: «Santo Dios» cuando se veía un relámpago, y «Santa Bárbara bendita» cuando tronaba muy fuerte. He visto también quemar «palma bendita» para conjurar el granizo y las tormentas bravas. Al respecto, se contaba una anécdota de un viejo previsor que en esos casos solía exclamar: «Santa Bárbara bendita, metan leña que está lloviendo».

6

Las gentes creen que las víboras sacan las patas que se le suponen, echándolas al fuego. Pero como nadie quiere exponer su vida, como consecuencia de haber presenciado el suceso, la experiencia está siempre en veremos.

7

Los huevos basiliscos, — se dice —, tienen una viborita; quien los rompe y mira el animal, se muere. Cuando se hallan estos huevos en los nidales, se toman con cuidado y se arrojan lejos, sin mirar

Biblioteca Nacional de Maestros

dónde caen. Yo lo he hecho así por consejos prudentes...—, muchas veces.

8

Un orzuelo se *cura* pasando por encima de él la puntita de la cola de un gato chico... (Si no se cura es muy posible que se haya agregado al ojo una grave infección.)

9

También se *curan* los orzuelos, si otro hace cuernos con los dedos al paciente, sin que éste lo vea. (El «tratamiento» es aquí menos peligroso y más barato.)

10

El que quiera hacer desaparecer sus verrugas, debe cortarlas, atar en la punta de un pañuelo tantos granos de sal como verrugas tenga, y abandonarlo por el camino. Las verrugas desaparecen, — dicen, — y le salen a quien alza el pañuelo.

El procedimiento resulta, sobre todo, muy generoso...

11

Echando sal sobre una escoba que se coloca detrás de una puerta, se va la visita molesta... alguna vez.

Biblioteca Nacional de Maestros

12

Un gallo que llora, anuncia desgracia... (A veces va a la olla).

13

Cuando se relame un gato, sin que haya comido nada, vienen visitas del lado que pone la cola.

14

Cuando un enfermo se destapa involuntariamente varias veces, es porque se morirá... algún día.

15

¿Quieres saber si el enfermo vivirá? —, decía un librito popular del *doctor* Mandute. Echa en un vaso con agua gotas de sangre del enfermo. Si se van al fondo, muere; si suben, no. Nadie, por supuesto, que yo sepa, ha ensayado la experiencia.

16

Hay individuos que curan a los animales con palabras. Uno me reveló el sencillísimo procedimiento. Es preciso ver al «paciente». Si éste es, por ejemplo, un caballo tordillo, se supone que tenga un número determinado de gusanos y se dice: «El caballo tordillo tal tiene cincuenta gusanos; si

Biblioteca Nacional de Maestros

se le cayera uno, le quedan cuarenta y nueve gusanos; el caballo tordillo, etc., tiene cuarenta y nueve gusanos; si se le cayera uno le quedan cuarenta y ocho gusanos;... Debe continuarse de ese modo hasta que se llega a uno, para decir, finalmente: «El caballo tordillo, etc., tiene un gusano; si se le cae uno, no le queda ningún gusano.»

El curador no debe equivocarse en una sola palabra, ni en la cuenta para que el «procedimiento» sea eficaz. Sea lo que fuere, el caso es que los gusanos desaparecen al día siguiente de las heridas de los animales. En la provincia de Buenos Aires, es muy conocido el «método» y muy comunes los «hechiceros» que así curan.

17

Dicen que las ranas echan babas a su alrededor para defenderse de las víboras, y que por ese hecho mueren de rabia éstas.

18

Cuando se ve una «luz mala», hay que seguirla y echar una carona donde se pierde, si se quiere hallar un objeto de oro o de plata a la madrugada siguiente. Por más tentadora que sea la prueba, ningún gaucho se atreve a realizarla, porque se suponen consecuencias fatales o la aparición de algún espíritu en aquel instante.

Biblioteca Nacional de Maestros

19

Cuando se ve a un rengo, se dice: «Detrás de un rengo, un conocido». Este no tardará en llegar... (No se fija fecha).

20

Tocándole la joroba al que la tenga, se obtiene suerte... o se recibe un «bife».

21

Cuando se pierde la aguja u otro objeto, para hallarlo al momento se dice:

«Cuando la Virgen cosía,
nunca la aguja perdía.»

22

Cuando se pierde alguna cosa, se dice, mientras se echa un nudo en la punto de un pañuelo:

«Pilatos, Pilatos,
las manos te ato.
Si no encuentro lo que busco
no te las desato.»

En caso de hallar lo buscado, se desata el nudo echado al pañuelo, para librar de la tortura al infeliz buscador.

Biblioteca Nacional de Maestros

23

Las golondrinas son animalitos de Dios. Por eso nadie las mata ni les destruye los nidos. ni las enjaula, como se habrá visto.

24

Salen verrugas en las manos al que toca sapos o golondrinas, — me decían cuando niño, acaso para enfrenar la crueldad de mi honda.

25

Le salen a uno tantas verrugas como estrellas cuenta. En el campo nadie acomete esta hazaña. Es de suponer cómo estarán de adornados los astrónomos que las catalogan en sus cartas celestes...

26

Quien cuenta cien hombres negros o cien caballos blancos, andando de paseo o de viaje, se casa con la persona a quien primero le da la mano...

27

El sonambulismo se *cura* poniendo al sonámbulo, sin que lo vea, dos cuchillos en cruz debajo del colchón...

Biblioteca Nacional de Maestros

28

Escupiendo dentro de la boca de un sapo, se *cura* el dolor de muelas.

También es saludable pasarse la panza del sapo por la mejilla del lado afectado...

29

El dolor de oídos se *cura* poniéndose una mota de negro freída en aceite dentro del conducto auditivo.

30

Para *curar* los sabañones se les aplica flor de durazno... cosa más que difícil de hallar en invierno.

31

Cuando late el ojo derecho, anuncia llanto; si en vez es el izquierdo, anuncia alegría.

32

La picadura de araña se cura con la leche de higuera mezclada con sal. He visto *curar* con excelentes resultados; pero luego he sabido que muchas de las especies más repugnantes, por mimetismo, no son venenosas.

Biblioteca Nacional de Maestros

33

Una cruz de plumas de avestruz colocada detrás de la puerta, evita que la casa sea robada... Pero mejor es poner buenas cerraduras.

34

Norte claro, Sur obscuro, aguacero seguro. (Es una observación de consecuencias posibles).

35

Cuando una miga obstruye las vías respiratorias, se contienen los accesos de tos golpeando la espalda al paciente, mientras se dice repetidas veces: «¡San Blas, San Blas!». (La miga sale cuando quiere).

36

Para que se aleje de nuestra presencia una persona que nos es antipática, se dice para sí: «San Jorge te amanse». (*Amanse,* en el idioma de la superstición, sería en el lenguaje común: «¡te lleve al demonio!»).

37

Los caballos retozan en el campo cuando va a llover... porque acaso ejerce influencia sobre ellos la falta de presión atmosférica.

Biblioteca Nacional de Maestros

38

Cuando se ve la luna nueva, hay que pedirle algo saludándola nueve veces así: «Salud, salud, luna nueva». (Poco gasto exige la prueba).

39

La muerte pasa en la dirección que nos silban los oídos. Hay que decir, conjurándola: «En *vos* no creo, creo en Dios». (Y con eso basta...)

40

Cuando aúllan los perros, es porque entre ellos baila el Diablo. Para verlo, bastará al curioso con sacar la legaña de un perro y ponérsela en su ojo. (Después, si no se ve al demonio, acaso le sea imprescindible ver al médico oculista).

41

Cuando cruza un remolino (pequeña tromba o torbellino terrestre muy común en ciertas épocas), hay que evitar que nos envuelva, mientras se dice para conjurar al espíritu maligno que va en él haciendo daño: «Cruz diablo».

42

Señor San Silvestre
del Monte Mayor,
rodea mi casa

Biblioteca Nacional de Maestros

toda alrededor
de brujas y hechiceras
y de hombre malhechor.

Este rezo se dice interminablemente, hasta tomar el sueño, y al repetir «toda alrededor», se hace un círculo con el brazo por sobre la cabeza, como marcando los contornos de la casa. (En mi niñez fuí gran devoto de San Silvestre).

43

En el campo suele hasta castigarse a los niños que, encargados de atizar el fuego para que se cueza la leche, se descuidan y la dejan derramar sobre el fuego, porque a causa de esto se rajan las ubres de las vacas. (Algún chirlo me habré llevado para recordar tan bien la receta).

44

¿Quién no ha visto en mesas bien tendidas y rodeadas de personas discretas, voltear el pan que, casualmente, quedó «panza arriba», o el cuchillo con su filo en la misma dirección? Con esas «atinadas» acciones se evitan, respectivamente, dolores de vientre al panadero y discordias entre los comensales. El que se ahoga con una miga de pan, se enojará, sin duda alguna. El dueño de casa no puede permitir que la visita doble la servilleta al terminar el almuerzo, porque esa tarea inocente

Biblioteca Nacional de Maestros

traerá disgustos. En cambio, nadie se enoja cuando casualmente se pone una media u otra prenda de vestir al revés, porque eso es indicio de suerte. Pero convendrá siempre no reír con exceso el día viernes, para no llorar el domingo. Precaución muy atinada es la de no casarse ni viajar el martes, y hasta un adagio lo aconseja así: «¿Martes?... ni te cases ni te embarques». Sin embargo, mucho bueno podrá hacerse el sábado, aunque los días anteriores de la semana hayan sido de temporales; por eso se dice: «No hay sábado sin sol, ni domingo que no llueva». Por «razones» de igual peso, se sabe que no hay dos sin tres. Y el augurio no falla: el que se dió dos golpes, se dará uno más, como el que saca dos loterías, no está distante de sacarse la tercera.

45

He visto muchas veces en el campo aplicar una tela-araña de esas llenas de polvo que hay en los rincones, sobre la herida recién hecha. A veces se la empapa en aceite comestible y... ¡santo remedio!... para morirse del tétano.

46

A mucha gente he oído decir en la provincia de Buenos Aires que el séptimo hijo tiene la virtud de poder curar a los demás. Por eso, cuando se enferma alguno de la familia, se recurre a él para

Biblioteca Nacional de Maestros

que le ponga al paciente la mano en la frente si le duele la cabeza, o simplemente para que le transporte o administre los medicamentos.

47

Suele en el campo recomendarse a los niños que no rompan la escarcha que se forma en las bateas o charcos, para evitar que se levante viento...

48

Cuando en alguna pelea ha sido muerto alguno, las gentes del campo averiguan cómo cayó: si boca arriba o boca abajo. La posición primera indica que el matador no será encontrado por la autoridad. En cambio, la segunda, da todas las probabilidades de una pesquisa inminente.

49

El *doctor* Pancho Bravo, excelente vecino y fuerte hacendado de Dolores, hijo y sucesor de la *Médica del Pabilo,* de gran celebridad en esta parte de la provincia, como lo dice don Juan B. Selva en su magistral obra de filología la «Guía del buen decir», hace *admirables* curas empapando en su saliva pabilo que aplica a la dolencia que sea. Don Pancho no es un *doctor* con muchas letras, pero, según se dice, guarda el secreto y poder de su señora madre, fallecida ha tiempo. El verano pasado

Biblioteca Nacional de Maestros

me habló de esa *médica* un señor que fué activo «lord mayor» de San Vicente. Allá por el año 70 había caído enfermo en una estancia que quedaba hacia el partido de Lavalle. No había médico que lo aliviara. Tan tullido estaba, que no podía incorporarse ni era dueño de llevarse un trozo de carne a la boca sin la ayuda de quienes por humanidad le atendían. Un buen día, — me contaba —, cayó un paisano, y al verle invalidado le habló de las maravillas que en el partido de Dolores hacía la «Médica del Pabilo», y se le ofreció generosamente y le llevó por su cuenta. Llegado a duras penas y después de esperar un largo turno, entró el tullido en brazos del buen hombre que le acompañaba. Dice mi informante que la *médica* era una mujer alta, blanca y buena moza. La primera providencia fué hacerle bajar la camisa hasta la cintura. En seguida comenzó a pasarle la mano por la espalda.

Emocionado, me decía, que no sabía explicar los efectos de aquella mano, que a veces parecía, por lo fría, la panza de un sapo, y a veces, por lo caliente, algo eléctrico. Terminada esa parte de la curación, le entregó los pedacitos de pabilo empapados en su saliva, que debía aplicarse en diversos lugares del cuerpo, y sobre todo donde le doliera o se sintiera imposibilitado.

Al cabo de algunos meses, el buen hombre sanó. Es actualmente un buen criollo, jefe de un honrado hogar. Anda frisando los 70 años y goza de admirable salud. «Desde entonces, — me decía —, soy el

Biblioteca Nacional de Maestros

hombre más sano. El único arrepentimiento que tengo es el de haberme retirado sin verla y sin pagarle, de vergüenza, porque con la enfermedad había empeñado prendas, tropilla y todo. Valga este buen cuerdo y mi sinceridad —, agregaba, — para descargar mi conciencia».

50

Se dice que cuando un niño que duerme da saltos y se mueve nervioso, es porque está creciendo.

51

Cuando el que está comiendo se muerde la lengua, es anuncio de que alguien habla de él.

52

Si a una niña le pica la nariz, es augurio de que la quiere besar un viejo.

53

Las enaguas que cuelgan más abajo de las polleras, dejándose ver, delatan los celos de su dueña.

54

Durante un reciente almuerzo alcancé la sal al distinguido profesor don Juan. Con gran senti-

Biblioteca Nacional de Maestros

miento me dijo: «Caramba, me gusta tomarla yo mismo».

Para aclarar mi situación, agregó: «Con el mejor amigo que tuve, somos desde hace muchos años enemigos a muerte, a raíz de un hecho semejante que me habían prevenido, pero que no observé»... (Lo que debió haber aquí fué una asociación de ideas que vincula el suceso afectivo a la substancia, y ésta al lugar, etc.).

55

Hay que tener cuidado de no regalar cuchillos para evitar discordias con el obsequiado.

56

Leyendo «Supersticiones y Leyendas», de Ambrosetti, me he acordado de algunas supersticiones semejantes o idénticas que se conocen en la Provincia de Buenos Aires. Como se verá, sólo anoto las primeras, y de las otras, las que en algo se diferencian. He aquí algunas: Es creencia general, entre la gente de campo, que dando a beber a alguna persona mate, café o lo que sea, con limaduras de uñas, se le hace al poco tiempo «hervir de gusanos».

Las muchachas casaderas no comen así no más el dulce o el arroz con leche en la olla, porque de hacerlo quedarán solteras para toda la vida. Otras dicen que si la que está de novia come en la

Biblioteca Nacional de Maestros

olla o en la fuente, es porque lloverá el día de su casamiento. Tampoco es de feliz augurio pisarle de casualidad la cola a un gato. La misma suerte le espera a la que en la mesa alcanza escarbadientes. Mi madre, casada allá por el año 1862, me solía nombrar a unas señoritas hasta hoy (1925) solteritas, que para hallar novio se frotaban las manos en la cola de su vestido de casamiento. (¡Muy eficaz el procedimiento!).

57

Si la comida está salada, es porque la cocinera, — que arroja así la sal para librarse de su peso —, se va. Si en ves está desabrida es porque debido al peso de la sal que se guarda, no podrá marcharse. (Acaso haya aquí una verdad que se vincula a una posibilidad moral. En el primer caso, se despedirá a la fámula por derrochona; ¿y en el segundo? En el segundo, la fámula no se irá por conveniencias propias de su mal proceder).

58

Veo que Ambrosetti coloca entre la medicina popular a una cantidad de tratamientos supersticiosos, cuyas únicas reacciones posibles podría provocarlas la sugestión, en ciertos casos. En mi buen anhelo de ser útil, atino a recomendarle a los estudiosos que deslinden eso. Hay también una medicina popular donde no entra la brujería ni la

Biblioteca Nacional de Maestros

superstición; medicina que si no salva, en medio de muchos apuros, alivia al paciente hasta que va el médico... ¡o hasta que se muere por falta de asistencia!

59

He aquí un «gran remedio» que yo empleaba para sacarme las basuras que se me entraban en los ojos al subirme a algún árbol para despojar de sus nidos a los pajaritos:

Santa Lucía,
sácame esta porquería.

Después de decir esto mil veces, y restregarme los ojos llorando, en la abundancia del llanto salía la «basura», al fin.

Si me había caído o golpeado mi madre o alguna de mis hermanas, me decía sobándome sobre el golpe o vendándome la herida:

Sana, sana
«colita» de rana.
Que si no sanas hoy
sanarás mañana.

Todas estas «curaciones» siguen siendo muy comunes en la intimidad afectiva del hogar.

Mi nena de cuatro años cura así a su hermanito de uno cuando éste se lleva alguna silla por delante en sus primeros pasos.

60

Para hacerse invisible, sobra con un corazón de

Biblioteca Nacional de Maestros

rana, otro de murciélago y otro de gallina negra —, me decía un paisano —, sacados a los respectivos animales a las doce de la noche. Se deberán secar y llevarlos fijos debajo del sobaco, cada vez que se quiera realizar la maravillosa hazaña. Claro que no hay muchos hombres que se animen a hacer eso, — me decía mi informante, — porque casi siempre se aparece el Diablo en lo mejor de la tarea, y en cambio del poder que da, exige el alma para después de la muerte.

61

Por «sabias» indicaciones, siendo niño he puesto aceite en las patitas de algún gato que me regalaron, para evitar que se fuera a su querencia. (Pero debo declarar que al mismo tiempo lo rodeaba de abundante comida).

62

Cuando se ve una exhalación, hay que pedir lo que se dea obtener antes que deje de verse. Otro procedimiento más eficaz, aunque excesivamente difícil, es el de apartar y anudar un cabello dentro de iguales circunstancias.

63

En estos pagos no se conoce la Mul' ánima, pero sí el chancho, el ternero blanco, el perro con ca-

Biblioteca Nacional de Maestros

dena, y en otra especie, la viuda. En Dolores, hasta hace poco, salía «La llorona». En 1911, cuando recién llegué allí, sin saber nada de esto, y mientras a altas horas de la noche, después de una salida de teatro, regresaba a mi casa, ubicada en un barrio apartado, oí llorar y pedir auxilio con gritos desesperantes, como a la media cuadra donde no llegaba la luz eléctrica ni había edificación. La voz, fingida, no era femenina. A la noche siguiente pedí prestada un arma de fuego. Como la vez anterior, oí un llanto y voces de socorro. Con cierta precaución me aproximé y descargué dos tiros al aire. En medio del silencio que luego reinó seguí hasta mi domicilio, seguro de no haber muerto a nadie. Al hacer el relato al otro día, me dijeron unos vecinos que se trataba de «La llorona», que así pretendía atraer cliente incautos y sentimentales para despojarlos de sus carteras.

En Chivilcoy decían que el chancho era muy temible. Atacaba, no más, debido a que no le entraba cuchillo ni bala. Las gentes incrédulas decían que era un napolitano ladrón del lado de la plaza Etcheverría (hoy Mitre), que cubría su cuerpo con una coraza de corcho y metal.

64

Cuando a media noche cantan los gallos, es porque va a haber cerrazón, si los cantos son en número impar; si en vez son pares, hará un día espléndido.

Biblioteca Nacional de Maestros

Si en vez de gallo es el chingolo el que pica su cantito misterioso, habrá viento, infaliblemente. (El autor no se acuerda de la veracidad de los acontecimientos, pero su alma se llena de múltiples y gratísimas evocaciones, que se explican a través de la belleza moral y estética de estas ingenuas observaciones folklóricas).

65

El murciélago, tan fatídico como la lechuza, anuncia ruina. Mi madre me contaba que, con el permiso de Dios, lo fabricó el Diablo, haciéndolo mitad ratón y mitad ave...

66

El «pelecho» de víbora es «excelente remedio» para curar el reumatismo. Basta con liárselo donde el mal ataca.

67

Las religiones que se degeneran por la intolerancia frente al progreso, y por la influencia de gente no bien preparada para la comprensión de sus símbolos, que actúa dentro de su seno, tienen buena culpa de los errores que no curan ni física ni moralmente a los individuos.

Biblioteca Nacional de Maestros

68

Las gallinitas pigmeas y las palomas anuncian ruina. Por esto suelen hacerse los palomares lejos de las casas, en el campo. Al azar, resulta una notable precaución higiénica, que, por otra parte, certifica la eficacia de haberse prevenido contra el designio de la superstición...

69

Es fatal tener la cama dando los pies hacia la puerta, porque así se coloca a los muertos cuando se les vela.

70

Quien compra un billete lo arroja al aire. Si cae con la numeración hacia arriba, obtendrá suerte. Con la numeración hacia abajo, no sacará nada.

71

Cuando al despedirse varias personas, cuatro forman casualmente una cruz con los brazos, agarradas de las manos, se vaticina: «¡casamiento, casamiento!»

72

Cuando era niño, tenía mucho miedo a la Solapa.

Biblioteca Nacional de Maestros

Así es que me guardaba mucho de andar fuera, a la siesta. La Solapa es un cuco para asustar a los niños y evitar que se quemen andando al sol o que hagan travesuras cuando los mayores duermen.

En Chivilcoy, que es donde yo la he oído nombrar, la suponíamos como a una vieja fea cubierta con una capa larga y negra. Andaba por los fangos, los charcos y los tapiales —, precisamente los lugares más apropiados para nuestras travesuras. — Supongo que la voz «Solapa» se habrá querido derivar de Sol.

73

A muchos hombres de campo que iban a una jugada nocturna o a algún baile, se les apareció una luz que saltaba en el camino, espantándoles el caballo. Con cierta prudencia se volvieron a sus domicilios, y al día siguiente supieron que en el lugar adonde iban esa noche llegó la policía, apresando a todos, o les esperaba un enemigo para asesinarles.

La luz, entonces, era un anuncio de feliz prevención.

74

He visto a gentes honestamente cristianas encender velas del revés dedicadas al Diablo, con quien es prudente quedar bien de cuando en cuando.

Generalmente se busca una pieza inhabitada o un lugar apartado para hacer la ofrenda.

Biblioteca Nacional de Maestros

75

Volcar tinta es augurio de alguna desgracia... Acaso para los chiquillos, el peor augurio que siempre se cumple es la penitencia o la palmada.

76

Cuando de noche aúllan los perros es anuncio de que anda el Diablo. El mejor procedimiento para que se callen, consiste en dar vuelta boca abajo una alpargata o botín.

77

El ajo ahuyenta a las víboras. Las mujeres que crían suelen poner cabezas de ajo en las patas de las camas, pues es creencia general que las víboras las adormecen, succionándoles la leche, mientras con la punta de la cola que meten en la boca del niño entretienen a éste. A causa de esto llegan los niños a morirse de hambre.

Un profesor amigo mío me decía que para calmar a su mujer que temía a las malditas víboras, tuvo cierta ocasión que llenar de ajos la cama.

78

Cuando llueve con sol, es creencia de que se casa una vieja. Es posible que el pronóstico se cumpla en alguna parte del universo.

Biblioteca Nacional de Maestros

79

La gente de campo siempre se fija en la entrada del sol. Si el ocaso se apiña de nubes ocre y rojizo, es porque va a hacer un hermoso día.

80

Cuando por efecto de un sabañón o cualquier otra causa imprevista se nos calienta la oreja izquierda, es porque alguien se acuerda bien de nosotros. Lo contrario acontece si la oreja que se enrojece es la derecha.

81

Si al hablar nos mordemos, también se muerde la lengua el que nos calumnia.

82

El jorobado Antonio Reynoso era un puestero incapaz de urdir patrañas.

Una noche, según narraba, se vino desde su puesto a todo escape, pues a eso de la una de la mañana, mientras vigilaba su majada, había visto a la Estancia envuelta en enorme llamarada que subía hasta la punta de los dos altísimos eucaliptos del patio.

Su sorpresa no había tenido límites cuando, al llegar, todo estaba tranquilo, y ni siquiera ladraban los perros.

Biblioteca Nacional de Maestros

83

Ambrosetti dice que en Misiones, y en la parte Norte del país, se cree que las higueras son refugio favorito de las ánimas, y que por eso dichas plantas se tienen lejos de las casas.

Parece que esta leyenda se ha extendido más que otras por todas partes. Los que hemos vivido en el campo, la sabemos.

En la Estancia había un grupo de viejísimas higueras. Continuamente decían los peones que veían de noche desplomarse desde ellas bultos blancos, produciendo ruidos como si las plantas se desgajaran de un golpe.

84

En una de las piezas de la Estancia dedicadas a los peones, aseguraban éstos que era imposible dormir, porque todas las noches se oía llorar a un chico.

Para satisfacer el deseo de aquellas gentes, mi madre les permitió que a punta de pala dieran vuelta todo el piso, que era de ladrillo y tierra. Así lo hicieron, y aunque no hallaron los restos del niño que suponían sepultado allí, éste dejó felizmente de importunar el sueño que reclamaban los cuerpos de los jornaleros, fatigados por las arduas tareas diarias.

Biblioteca Nacional de Maestros

85

Un día toda la peonada suspendió instintivamente sus tareas, y quien con la mano sobre la frente, quien haciéndose sombra con un pañuelo, todos miraban hacia el lado Oeste, donde, desde lo más alto del cielo límpido, una nube en forma de un enorme tirabuzón que giraba —, según lo expresión del más ducho, — bajaba a «tomar» agua en el Salado. Yo mismo corrí a ver la maravilla. Largo se comentó aquello en la Estancia, y dónde se vió.

Ahora, un poquito más desasnado, podría decir a los buenos criollos, aunque me lo discutieran, que aquello fué acaso una gran tromba terrestre, de la especie muy común, y que con menores dimensiones se conocen por esos lugares con el nombre de «remolinos», y a los cuales, como ya he dicho, esquivan los niños porque los viejos dicen que en ellos danza el Diablo. Las personas mayores los conjuran diciéndole, al persignarse: «¡ Cruz diablo !»

86

LA SILUETA DE MI MADRE

A pesar de oír noche a noche cuentos de duendes y aparecidos, junto al fogón, durante mi niñez, jamás llegué a ser supersticioso. Nunca oí ruidos, ni vi luces «malas».

Lo único que me ha acontecido y que yo atribuyo

Biblioteca Nacional de Maestros

a una alucinación, sugerida por el temor de que nos sorprendieran en nuestras diabluras, es lo siguiente:

A un hermano mayor, a un boyero y a mí, nos había encargado mi madre que llenáramos de agua las piletas que quedaban como a ciento cincuenta metros de las poblaciones, y que era donde se abrevaban algunos animales mansos.

Sin aguardar la hora indicada, que era el atardecer, nos fuimos bajo el rigor del sol ardiente de la siesta.

Mi madre, mis otros hermanos y todo el mundo dormían o se resguardaban a la sombra de algún lugar cómodo de las piezas o del patio.

Nosotros, allá, lejos, iniciamos nuestra tarea del modo más acertado para que nos resultara un agradable pasatiempo.

Mi hermano mayor echaba el balde al pozo y avisaba cuando estaba lleno; yo daba el grito «¡aura!» y el boyero casi en cuatro pies, con la soga atada a la cintura, salía a todo lo que daba.

Cuando el «balde de volcar» chocaba con la roldana, saltaba el agua hacia todos los lados, menos hacia la pileta; y, mientras el boyero se incorporaba sacudiéndose la tierra del porrazo recibido, nosotros reíamos a plena carcajada.

Acaso sin decirnos nada, teníamos conciencia los tres de la travesura que hacíamos.

Cuando ya estábamos un poco cansados, después de alternarnos las respectivas tareas, sin que por las «bebidas» corriera ni una gota para los pobres animales que se atropellaban sedientos, miramos

Biblioteca Nacional de Maestros

instintivamente hacia el monte, en dirección al palomar, que estaba a unos cien metros, y con gran asombro vimos cruzar durante largo trecho la silueta de nuestra madre, llevando pollera blanca y blusa negra, en vez de blusa blanca y pollera negra, como era su modo habitual de vestir en aquella época.

Aun en la especie de temor y duda que se apoderó de nosotros, yo atiné hablarla, gritando: «¡Mamá, mamá!...»

Los otros dos me insinuaron que me callara, que no era.

Sin esperar más corrí en sentido opuesto, hacia la Estancia. Crucé el comedor y entré agitadísimo a la pieza donde mi madre dormía profundamente. ¡Mamá, mamá! —, le dije despertándola. — ¿Era Vd.? — agregué, haciéndole el relato de lo que nos había acontecido.

Mi madre no hizo mayor caso, hasta que llegaron los otros a referir lo mismo. En broma me dijo: «Deben haber estado jugando Vds., y es mi alma que ha ido a asustarlos».

Trasladada la noticia a los peones, salieron varios a recorrer todos los rincones del monte, pero sin resultado, porque la silueta de mi madre sólo había estado un instante en la retina de los tres, que en vez de realizar la tarea encomendada hacíamos travesuras...

Biblioteca Nacional de Maestros

87

MIEDO TERRIBLE (1)

Hace más de veinte años, al cruzar frente a las poblaciones del señor Miñones (cuartel 12 del partido Chivilcoy), un niño del señor Caraballo se cayó del animal que montaba, matándose.

Bien: el vecindario decía que por esos lugares era muy común oír llorar al niño o ver su silueta sobre el brioso corcel.

Cierta ocasión, contando yo unos 14 años de edad, fuí de paseo a casa de la familia Miñones, y, en vísperas de fiesta, contra toda mi voluntad, me desensillaron gentilmente el caballo para que me quedara.

A la noche, después de saborear un rico asado, pasé a la cocina a «matear», tocar la guitarra y cantar milongas.

Con motivo del prolongado aullar de los perros, ya cuando eran las once de la noche, vino a la memoria de todos el mismo suceso, y en boca de todos sonó esta frase: «¡El chico!...»

No sabría explicar el terror que sentí ante la preocupación de tanto hombre fuerte y guapo, que hasta poco antes había jaraneado alegremente. Uno

---

(1) Discúrrase sobre la superstición, y hágase saber que el ignorante que no sabe lo que es la alucinación ni otras anomalías psíquicas ajenas a su conciencia, dice una verdad relativa: lo que él, exactamente, ha visto u oído con sus órganos defectuosos o enfermos.

Biblioteca Nacional de Maestros

de ellos, como para informarme, evocó el suceso y me contó con todos los pormenores cómo había caído el niño, por qué lugar del patio le trajeron, en qué pieza y en qué cama le tendieron, hasta que llegaron los padres, enloquecidos de dolor.

Poca gracia me hizo el relato. Mi imaginación tendió sus cien alas...

Cuando se acabó el candil, nos retiramos. Uno de ellos, con gran disimulo, me indicó la pieza, lugar y catre donde debía acostarme. ¡Malditos sean! —, dije entre mí —; pero para sostener mi hombría acerca de la cual había estado balaqueando entre burlas y dichos, ocupé mi lecho junto a una puerta sin aldabas que batía el viento.

Mi cama era la misma que había ocupado el «finadito» del cuento.

Después de media hora, todos roncaban menos yo, que habiendo perdido el sueño, daba cien vueltas, sudoroso y arrepentidísimo de haberme quedado. Llamé a una docena de santos en mi amparo, y recé no sé cuántas oraciones. Apenas intentaba dormir, me hacía crispar los nervios una lechuza que chillaba, una chapa floja que se golpeaba, un galope lejano que se oía, y qué sé yo qué más. Pero eso era siquiera llevadero.

A fuerza de miedo casi estaba por caer en sueño, cuando un hecho que coincidía con lo que me habían contado casi me hizo enloquecer de susto. Una jauría de más de quince perros, galgos, ovejeros y cuzcos, como si alguien los llamara, partían desde el patio a todo escape hasta el camino, y una vez

Biblioteca Nacional de Maestros

allá, acaso donde el niño había caído muerto, se ponían a aullar largo, larguísimo y triste. En seguida se hacía un silencio profundo, y cuando yo creía terminada aquella diabólica ceremonia perruna, todos los oficiantes de la especie volvían a escape, no sólo hasta el patio, sino hasta junto a la puerta de la pieza, y, casi a mi oído, aullaban otra vez en mil tonos y mil veces más lúgubre que antes. Este rito misterioso duró toda la noche. A la madrugada, cuando clareaba el alba, me animé a abrir los ojos, y, confortado, dormí como un héroe que se hubiera batido vigorosamente.

Después del almuerzo, antes de que se iniciara la declinación del astro-rey, partí muy alegre, pero con la aferrada intención de no hacer más noche por aquellos pagos, ni muy lejos de las faldas maternas.

Yo pretendería inducir esto: No debió haber nada de sobrenatural en este suceso. Pero los perros deberían guardar, por lo impresionante, un recuerdo difuso en sus cerebros. Al llegar un desconocido, —yo—, y acostarse en el mismo sitio, evocarían el hecho muy vagamente. ¿Y el aullido?... ¡Ah, el misticismo perruno! Acaso un deseo confuso de contar lo ocurrido, tornado cada vez más incomprensible por la acción esfumadora del tiempo.

Bien. No invito a los jovencitos a perderse en estas disquisiciones que pueden cobrar, antes que un aspecto de especulación seria, un tono de suave hilaridad. Pero, por las vías reales de la experiencia, traten, estudiando mucho, de que la psicología

Biblioteca Nacional de Maestros

comparada y otras ciencias puedan un día reducir a cosas sencillamente explicables lo que hoy nos sorprende como ayer no más el fonógrafo, la radiotelefonía, los rayos X, etc. Prefiero atizar la fantasía antes que atar las alas de la meditación juvenil con dogmatismos que todo lo vedan, obstaculizando la marcha del progreso y el triunfo de la verdad o de la belleza.

¿Acaso el poder de las liturgías o los supuestos milagros realizados por las imágenes materiales enseñan, moralizan y satisfacen más al espíritu humano?

Si entráramos a hacer el análisis crítico de estas cuestiones, nos encontraríamos con que hay más superstición en el fondo de determinadas religiones que en el alma popular, que va recogiendo sin comprenderlos a todos esos fenómenos naturales que forman el humus folk-lórico donde la ciencia cultivará y cosechará sus leyes inmutables, sin pretender crear lo increado: tal vez comprendiendo apenas alguno de los aspectos más sensibles al ojo o a cualquier otro de los admirables receptores del sistema nervioso.

Biblioteca Nacional de Maestros

NOTAS DE VIAJE

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

I

Hacia Puente del Inca

El tren internacional hace una gran curva para huir del Plata y ceñir a la ciudad en un vibrante abrazo de despedida. Durante ese trayecto, es posible apreciar la mejor vista panorámica de Buenos Aires. Mirando hacia la derecha, no se ve más que agua; mirando hacia la izquierda, no se ve más que casas. Después que se acaba el adoquinado, se prolongan las calles polvorientas, aparecen algunas frondas, brilla más el sol, el aire es más puro, y cuando menos se piensa, la mirada se hunde vacilante en el horizonte sin fin de la llanura verde.

Nuestro férreo corcel corre frenético. Nosotros, diminutas tenias, nos agitamos en su seno. Vamos confiados en su pujanza y en su seguridad. Hemos partido a las tres de la tarde. ¡Tenemos que cenar y almorzar! Más de veinticinco horas necesitamos para atravesar el país de este a oeste! Si fuera de norte a sur...

Los campos bonaerenses son cada vez más hermo-

Biblioteca Nacional de Maestros

sos y ricos. Pero actualmente (1917), desde Mercedes en adelante los abate la langosta. En algunos puntos no quedan más que los tallos pelados. Las poblaciones, pocos días antes, casi ocultas tras de la exuberancia de los maizales, surgen ahora de trecho en trecho como envueltas en un velo de tristeza. Las barreras poco defienden. El desaliento obliga a divisar la miseria desde el palenque. Aquí o allá, con un afán quijotesco, sudorosa la cara y llagadas las manos, golpea el dueño su improvisado tambor de hojalata, con arranques épicos. La dueña agita su delantal desgarrado, en tanto que allá lejos, por la loma, seguro de que nadie lo divisa, va el desalmado boyero echado sobre el pescuezo del «matungo», castigando a ambos lados, casi pisando a un cachorro ovejero y a muchas varas de una liebre.

Me he levantado muy temprano. Cruzamos la provincia de San Luis. Faltan algunas horas para llegar a Villa Mercedes. El cielo está claro. El sol quema. La inmensidad de los campos anonada. Una vegetación pobre y raquítica que se alternará muchas veces, se extiende leguas y leguas. No vuela un pájaro ni una mariposa. No se ve una población. Si el traqueteo del convoy no pusiera allí sus ruidos civilizadores, el silencio sería abrumador para los que estamos acostumbrados al trajín de las urbes. ¡Si se viera una veta de agua!... Nada se ve:

Biblioteca Nacional de Maestros

ni agua ni verde. La arena, en ondas rubias que ha peinado el viento, está por doquiera como adormecida (1).

Junto a Villa Mercedes, ya es otra cosa. Cesa la monotonía. Se multiplican los accidentes geográficos, aunque con gradual parsimonia. Hace un buen rato que tenemos a la vista un cerro azulado. Muy cerca se extiende una línea de médanos amarillentos. Evoco la «ciencia» de un texto por el cual he enseñado, y me da vergüenza. ¿Sabéis lo que tengo que hacer seguido? Interrogar al guarda o al camarero. Son excelentes catedráticos que ilustran más que los libros «elaborados» en los bufetes con el único fin de ganar algunos pesos.

Aquí se me ocurre una cosa, y es que el gobierno debiera facilitar a los maestros todos los medios para que viajen, conozcan el país, escriban y enseñen verdades.

En Villa Mercedes y sus alrededores, lo mismo que en otros puntos, alternan los sauces y los álamos civilizadores; verdeguean los alfalfares, pacen manadas de mulas, vaquitas y hatos de cabras, y

---

(1) *Se trata de un viaje en ferrocarril, y sólo observo lo que al pasar es posible. No desconozco las riquezas y bellezas de esta y las demás provincias en otras de sus regiones.*

Biblioteca Nacional de Maestros

como don gracioso de la naturaleza, cediendo al esfuerzo humano, tienden las acequias su caudal murmurante y fecundador. ¡El agua! Nada debe implorarse allí con más fervor. Evoco el primer capítulo de «Facundo», en que Sarmiento nos pinta la escena emocionante de una rogativa para que el cielo conceda unas gotas del líquido benefactor. En un diario que acabo de comprar, leo varios sueltos que contienen verdaderos vaticinios de lluvias posibles. ¡Ilusiones! ¡No se ve ni una nube en el infinito azul!

La gente de estos campos desolados tiene rasgos característicos. El desaliento más grande se pinta en sus rostros y en sus actitudes. Parece que les invade una pasividad crónica. Tienen en el alma toda la tristeza amarga del arenal. Cuando llega el tren se cruzan de brazos y nos miran como con ansias de seguirnos. Otros apenas se asoman desde sus casitas miserables, sin árboles plantados por sus manos, sin aves, sin flores. Los techos planos de barro en los suburbios de San Luis demuestran claramente que por allí no es muy pródigo el cielo.

En alguna de las estaciones siguientes, los muchachos harapientos, en cabeza, semi-desnudos y con los pies curtidos por el calor y el desaseo, se amontonan frente a las ventanillas del coche-comedor. Piden limosna, se balanzan sobre algún trozo de

Biblioteca Nacional de Maestros

pan que les arrojan, u ofrecen en venta sus «catitas» implumes y muertas de hambre.

Toda la enorme «travesía» es horrible. Da pena ver los campos solos y la gente acongojada. Después es fácil hacerse esta pregunta: ¿Podrá algún día poblarse este desierto? Con un espíritu pesimista se diría a gritos que «no», por única respuesta. Pero, observando lo hecho, y recordando el pasado histórico, tal vez nos sea posible ser más generosos. ¿No se atrevieron las corrientes civilizadoras del Oeste a cruzar, mal montados o a pie, estos territorios yermos, donde ni el salvaje había puesto su aguerrida planta? ¿No levantaron, como prueba de afán y valor las chozas que hoy son ciudades capitales? ¿Y nuestros ejércitos que fueron proclamando libertad? ¿Y las carretas que llevaron y trajeron mercancías y productos? ¿Y esta red ferrocarrilera y esas líneas telegráficas? Eso ha de cambiar. Es que aun no le ha llegado su hora plena. Buenos Aires junto al Plata absorbe todo. Pero Buenos Aires no tiene todo. Las demás regiones, entonces, irán poco a poco elaborando su porvenir. Mendoza, con sus vinos, no tiene nada que envidiar; ni Tucumán, con sus ingenios; ni Santa Fe, con sus mieses; ni Córdoba, con su cultura; ni el mismo Chaco, con sus bosques. Contra el desprestigio de sus travesías también San Luis tiene fertilísimas praderas y la riqueza de sus minerales, y sobre todo la hermosura de sus mármoles. Ya vendrá también la neurosis bonaerense a sacar de su torva modorra, si no a éstos que se aproximan me-

Biblioteca Nacional de Maestros

lancólicos e inactivos, por lo menos a sus hijos e infaliblemente a las otras generaciones.

Los Penitentes, en la Cordillera, constituyen uno de los caprichos de la naturaleza, a los que más fácil se asocia la fantasía. Hay en primer término una alta montaña verdosa, por entre cuya abra amplia, muy al fondo, se ve una roca negra. Sin imaginar mucho, la vista descubre como en un gigantesco relieve confusas siluetas de arrepentidos. Al pie de éstos se extiende una alfombra de arena rubia, y sobre ella, diversas rocas más pequeñas que las anteriores semejan un conjunto de monjes que van lúgubremente a cumplir los mandatos litúrgicos de su gravísima misión.

El vallecito del Puente del Inca parece un nido de cóndores. Es más extenso y más quebrado que el de Cacheuta. Las moles que lo rodean son más altas. Hacia el frente, y en todas direcciones, se ven picos blanqueados por la nieve eterna. La disminución de la presión atmosférica se hace sentir, produciendo acentuada agitación cardíaca. El sol es ardiente y agradable. El frío es seco, vital. Al atardecer, la niebla suele levantarse de las cumbres nevadas, como si fueran vedijas de humo que salieran de colosales chimeneas. En algunas direcciones los picos emergen de las nubes. De pronto sopla viento, se obscurece el cielo, repiquetea el trueno y cae

Biblioteca Nacional de Maestros

un chaparrón. Hay luego diversos cambios y amanece con cielo azul, sol brillante, nieve eterna en los cerros y variados colores por doquiera. El «Puente» natural y el «Inca» son también dos caprichos admirables de la naturaleza. Este último, menos interesante, está sobre la falda de uno de los cerros que rodean el valle por el poniente. Es un monolito vertical de varios metros de altura. Soporta una piedra redondeada que semeja la cabeza regia. Desde la base hasta la mitad de la talla, lo que parece saya o manto negro, contiene franjas amarillentas paralelas y horizontales. Al llegar a su pie, las mulitas de las caravanas parecen juguetes de bazar.

El «Puente» está tendido sobre el río. Es un brazo macizo de más de veinticinco varas de largo. Se utiliza como medio de comunicación entre la Estación y el Hotel. El tránsito desordenado lo arruinará. Será una lástima. El lugar perderá su mejor encanto.

La concreción del puente es de origen calcáreo. Llegan hasta él las corrientes de agua que, al despeñarse bajo su arco o al filtrarse en su piso, forman pequeñas estaláctitas. Algunos de esos manantiales derraman el líquido sulfuroso y caliente ya afamado. El comercio explota groseramente todo esto, atentando contra las bellezas naturales. El gobierno haría obra buena si velara por el Puente y por el Inca.

Biblioteca Nacional de Maestros

Dos días aquí, es mucho estar para un hombre del litoral bonaerense. La montaña causa admiración, pero se impone tanto que nos empequeñece hasta convertirnos en sus siervos. Sólo ella puede divisar un horizonte más amplio. Nosotros apenas podemos mirar por entre sus abras, desde sus faldas, la mole de más allá.

No ha mucho he leído algo de Salaverría y algo de Rodó. El primero ama, por sobre todo, sus montañas vascas; el segundo ama el mar más que a su suelo natal. Ninguno de los dos habla de la llanura, de ese océano verde, sin una loma, pero cubierto de lagunas, cruzado de arroyos, regularmente poblado, provisto de caminos, de ganados, de aves, de flores, de trigales, de luz, de aire, de lluvias... No hablan de ese

«Inmenso piélago verde
donde la vista se pierde
sin tener donde posar»,

como cantara el poeta. Confieso que aguardo con ansias la hora de salir de estos paredones y de cruzar la polvorienta travesía para revolcarme en los trebolares aromáticos de mis «pagos».

II

Por el Delta

Nuestro Delta no ha de tener muchos similares. Hijo del Paraná que lo ha formado, grano tras grano de arena, con la contribución de media Amé-

Biblioteca Nacional de Maestros

rica del Sud, tiene en su limo y en su gleba la riqueza que no hallaron los románticos conquistadores ibéricos; tiene la riqueza de la ubre que espera las manos que la expriman; tiene la riqueza del surco que es pródigo cuando hay músculos que lo abren y sudores que lo empapan. Por la abundancia de la fruta, será nuestra California; por su topografía, nuestra Venecia; por su porvenir, cuanto soñó Sarmiento. Posee ahora no sólo aquello que tan admirablemente describió Marcos Sastre, sino lo que ya le ha volcado el progreso.

Los múltiples canales hacen encantador aquel laberinto de aguas frescas que corren y corren sin cesar hacia el Océano. La naturaleza viva, exuberante y pródiga, se agolpa, se entremezcla y matiza el panorama en gamas infinitas. A ambos lados y durante todo el trayecto los sauces llorones sueltan hasta la linfa sus flexibles cabelleras; más allá se yerguen los álamos o sombrean los plátanos coposos; y aquí o allí, cerca de los durazneros cubiertos de frutos o de las hortalizas o de los jardines de éste o aquel chalet que ya pone su nota de buen gusto estético y asienta su cimiento que es como un taconazo de la civilización, están las palmeras, y en mayor abundancia, y dando al conjunto el brochazo más característico y poético del lugar, están los ceibos, rojos como si fueran cimas coralinas que han emergido; rojos como sangre, rojos como el hierro de las fraguas, rojos como los labios del buen Amor.

Biblioteca Nacional de Maestros

III

Mar del Plata

El balneario de Mar del Plata es ya una joya argentina, un orgullo nacional. Hay otros en América, que no obstante su importancia, jamás llegarán a ser sus rivales serios. El agua aquí, en cada onda o en cada chasquido, trae vibraciones del recóndito seno oceánico. La brisa es plena y reconfortante. Bajo un sol espléndido, se goza siempre de una temperatura deliciosa. Las playas, con excelente suelo, son siempre limpias. La costa carece de montañas soberbias, pero tiene sus rocas pintorescas. Y, lo que forma su marco incomparable, es la cadena de chalets preciosos, demostración, no hay duda, de la riqueza nacional. El transcurso de unos años más, con la terminación del puerto, que compensará el desequilibrio económico ocasionado por su letargo invernal, hará de Mar del Plata la gran ciudad recreo de Sud América, muy capaz de rivalizar en buena ley con sus similares de más allá del Océano. Puede que esto sea un exceso de argentinismo. Pero... ¿y Buenos Aires? Estas tierras de Colón tienen sus sorpresas por obra de su misma fecundidad.

Biblioteca Nacional de Maestros

IV

Córdoba

No es obra de un fenómeno de óptica la impresión panorámica que la ciudad ofrece al viajero. En realidad, Córdoba está en un enorme foso que quién sabe qué remotísimo cataclismo o arrastre ciclópeo de alguna avalancha de las aguas del Río Primero ha abierto. El fondo de ese foso, sin embargo, se eleva bastante en el centro. Sin pretensiones de topógrafo, me atrevería a dar una idea del suelo de la ciudad con el siguiente ejemplo de ilustración objetiva: una fuente de bordes altos, y en el plan de ella, un plato vuelto boca abajo. Los niños me entenderían. Los sabios del lugar, quién sabe...

Desde casi todos los rumbos, una línea trazada de extremo a extremo, que arrancara desde nuestras pupilas, pasaría por la parte más alta de cualquiera de las cúpulas de sus iglesias. Esta rara ubicación es ya un rasgo inconfundible que encanta al que, viniendo desde las pampas, no ha visto más que poblaciones simétricas, sobre terrenos casi perfectamente horizontales y con la monotonía matemática de un tablero de ajedrez.

La pujanza comercial de Rosario no atrae al que va en busca de esparcimiento, sino al que combina cálculos de bolsa. La Plata, con su singular estética edilicia, creada en frío, es más atrayente que aquélla, aunque no tenga una edificación alta tan nutrida y uniforme, ni otros caracteres de gran urbe

Biblioteca Nacional de Maestros

que, de no existir Buenos Aires, harían de Rosario la gran Capital de esta parte del continente. Córdoba, en vez, ya es otra cosa. No es una de tantas ciudades. Es una ciudad única. Tiene su carácter; y, vista de cerca, tiene muchos rasgos de tradición que la tornan encantadora. Los campanarios, las fachadas y las naves de sus templos, como los tejados, las arcadas de los patios que aquí o allá descubre el curioso, las rejas labradas y salientes y los balcones que parecen colgar desde cerca de las cornisas, son motivos arquitectónicos del coloniaje que la ambición y la necesidad moderna avasalla día a día con sus arabescos indefinidos de argamasa y con su piqueta afanada por echar cimientos para las jaulas de tres o cuatro pisos que el confort y la necesidad reclaman, sin importárseles nada si armonizan sus líneas con la belleza tan saludable para el espíritu como el buen cuarto de baño para el mantenimiento de la salud.

V

Motivos de la sierra

Allá lejos, muy lejos, por un caminito blanco que baja culebreando desde el cerro que tenemos al frente, vienen dos hombres gigantescos sobre unos burritos pequeños, de grandes orejas y patas blancas y finas, como de alfeñique. Además del peso de los jinetes, los pobres animalitos soportan el de dos cajones de kerosene pendientes de uno y otro lado

Biblioteca Nacional de Maestros

a modo de árguenas o maletas. Mientras los hombres se apean a la sombra de un sauce para dar resuello a las bestias, me acerco y trabo fácilmente conversación con el más avisado.

Son vendedores de higos y de uva de la región. Proceden de San Marcos. Han salido con la «fresca», a las dos de la mañana, y vienen llegando a eso de las once, cuando el sol raja la tierra.

Me ofrecen muchos informes. El cultivo de higuerales, dá más fácil y mejor que cualquier otra cosa. Una sola vez los plantan o plantaron los abuelos. Después no hay más que mirar correr el agua de las acequias junto a los tallos y cascotear los venteveos que les devoran las brevas.

Todos los higos son negros como los fruteros. Tienen un sabor exquisito. No así las uvas criollas, algo aguachentas.

Como los burritos ya están más frescos que una malva, cada hombre salta sobre el pescuezo del suyo y se sienta; saludan y se van. No pregonan ni una vez siquiera los méritos de su mercancía. Pero en las casas les esperan o les salan al camino. No hay usura en los precios ni se discute. A un peso y veinte el ciento, los higos; el que quiere, compra. El que no, ni pregunta. El vendedor es simple, de una pieza. Ni oculta lo que gana. Echando honestos cálculos, me dijeron que una buena hectárea plantada de higueras puede dar por valor de 800 pesos.

Biblioteca Nacional de Maestros

VI

Tandil

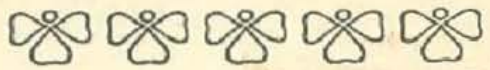
Tandil es una de las ciudades más agraciadas del país. No hay en el marco de su panorama exceso de cumbres, como en Mendoza, por ejemplo, pero tiene más junto a ella la montaña, y todo, hasta la vegetación y el color, se funden y armonizan más bien en su obsequio. Su cerro no es más alto que el de «La Gloria», pero no le desmerece. No podrá igualarse su bronce heroico al que allá simboliza la obra más recia que del Capitán de América se haya forjado en uno de los monumentos históricos más valiosos que tenemos en la República; pero, de cualquier modo, evoca la epopeya en las cruzadas contra el indígena, y es, además, una ofrenda ejemplar de los hijos hidalgos del lugar.

Tampoco tiene Tandil la vetusta tradición de Córdoba, a la que ha sido comparada por sus discutibles similitudes panorámicas.

Yo descubro vida y pujanza nada comunes en esta verdadera joya bonaerense. Qué no llegará a ser cuando los demás la «descubran» mejor, y cuando ya alcancen a las accesibles cumbres de sus montañas las hileras de robustos álamos, sauces y pinos que parecen ir en marcha triunfal hacia allá.

Biblioteca Nacional de Maestros

EPISODIOS Y SEMBLANZAS



Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

En el Día de la Raza

Brillante fechá es la del 12 de Octubre, que por diversos aspectos se considera como uno de los contados jalones que marcan las épocas de la historia universal.

Es conocida por de más la estupenda página, y carecería por ello de interés su relato corriente en este lugar. Pero los episodios, las leyendas, el valor de los hombres que jugaron su vida en la empresa, y el alma de los príncipes que la alentaron, lejos de perder los magnos contornos de su belleza, cobran, no hay duda, el mayor mérito que con su engarce le dan los siglos.

El cuadro, sintetizado a grandes brochazos, es magnífico: un nebuloso estado ideológico de los pueblos europeos que van columbrando las albas de los tiempos modernos, después de la grávida noche del medioevo en que se maceran y amalgaman las pasiones de las razas nuevas con la carne debilitada de las razas viejas ahitas de sabiduría, gloria, lujo y depravación; un afán de lucha y conquista para satisfacer las necesidades económicas del momento; culminación, en España, de una guerra secular, en la que se imponía con el heroísmo por la posesión del suelo, la unidad política con la imposición de la fe cristiana simbolizada en la cruz

Biblioteca Nacional de Maestros

triunfal del Redentor; un varón con un grave propósito que parecía un ensueño; un cúmulo de obstáculos que la ignorancia y la superstición tendían junto con la perfidia de todos los instantes; una voluntad de hierro y la perseverancia acerada de aquel mismo «loco»; la magnanimidad espiritual de un fraile inteligente propulsando las cosas y, mejor que todo eso, porque sin ello todo hubiera rodado al olvido inexcrutable, el alma de una raza creadora de cides, que se encarnaba en el genio sin igual de una mujer más decidida que los reyes de otros poderosos países de la tierra: Isabel de Castilla, zahiriendo a los bufones y exaltando el entusiasmo de sus protegidos al ofrecer el tesoro de sus joyas, si fuera preciso, para que las blancas lonas de las naves se inflaran al empuje de la hazaña grandiosa que aun no ha encontrado el estro suficiente que la encare, cante y eternice en otras tantas líneas dignas de parangonarse con las diez mil en qué Homero recogiera la tradición, y el aliento divino de su Grecia.

¡La fe y el amor! ¡Salve, por esos corazones que así vibran, que así impulsan los destinos de las muchedumbres, o fijan en blasones indelebles los inmaculados símbolos de sus ideales!

La fe y el amor: Isabel de Castilla.

Y también la perseverancia y el conocimiento: Cristóbal Colón.

Limemos los pormenores. Y veamos, ya listas, las tres naves. Dejémolas marchar en medio de la estupefacción de los sabios que calculan que no po-

Biblioteca Nacional de Maestros

drán jamás repechar a su regreso la curvatura ya casi admitida de la tierra; dejémolas alejarse mientras el ingenio popular borda las leyendas más brillantes y horrorosas, mientras que las madres buenas y los monjes piadosos rezan sus oraciones para que Dios aparte de la ruta de los nuevos argonautas las falaces garras de los endriagos, las pérfidas tentaciones de los demonios y las propias iras del ser divino que guarda bajo la saya inconmensurable de los cielos el misterio insondable de los horizontes.

Imaginad los embates del mar y de las tormentas, tan malignos como la saña de los hombres; imaginad la duda, el escepticismo y el temor, tan corrosivos cerca de la voluntad del Almirante, como las aguas salobres golpeando en las maderas añosas de las embarcaciones que les llevan.

Pero nada les azora; nada les detiene; nada les intimida. Es que les impulsa la férrea voluntad del Almirante, que ora reside en su corazón cuando invoca; en su cerebro cuando piensa, y hasta en la hoja de su puñal cuando se impone.

Y así llegan las tres carabelas. Y así se abre al mundo el horizonte de América. Y así, más que de caudales y premios, se llena de gloria España. Y así, por Colón y por España, a fuerza de perseverancia o a fuerza de espada, unas veces por el imperio de la fe y otras veces por el imperio del amor, se vuelcan aquí las ambiciones, se talan los bosques, se abren los primeros surcos, y de los mismos sudores, y de la misma sangre, y con el mismo idio-

Biblioteca Nacional de Maestros

ma, se alzan para su honra, no para su dolor, las numerosas repúblicas libres que hoy, más que nunca, se estrechan sobre su seno cálido por la comprensión recíproca de los intereses morales, y la necesidad espiritual de la vinculación social.

He aquí por qué el 12 de Octubre ha venido a cobrar otra nueva acepción en los fastos de la Historia.

Es el Día de la Raza, que también festejamos.

La raza no es siempre lo que la etimología quiere. La raza no es la materialidad de los cuerpos, sino su aliento afín. Si así no fuera, ¿qué sería de Inglaterra, donde ni Irlanda ni Escocia, ni Bretaña, ni Gales, ni la India son la misma expresión territorial, moral, teológica o mental? Lo mismo diríamos de España contemplando sus diversas regiones: Galicia, Provincias Vascongadas, Cataluña, Andalucía, Castilla y otras más, sin evocar su historia secular donde se rastrean fácilmente las huellas de los celtas e íberos, de los fenicios, de los griegos, de los romanos, de los germanos, de los árabes y aun de los atlantes, cuyos restos cree haber descubierto recientemente la arqueología en las regiones tartésicas.

¿Y si nos fuéramos más lejos? ¿Y si para ello cruzáramos el Cáucaso y trepáramos las mesetas del Irán, para llegar más allá, a las regiones vislumbradas en los magníficos cantos védicos? ¿Y si bajáramos a estudiar los horizontes geológicos, donde la ciencia y la fantasía buscan el inhallable filum de la vida?...

Biblioteca Nacional de Maestros

La raza se siente pero resulta tan indefinible como la belleza, la patria, la fe o el amor. Por eso no debe discutirse. Y, en vez, debe aceptarse como símbolo, buscando su vinculación por donde es más posible el acercamiento espiritual: el idioma.

Yo creo que más que por la sangre, que más que por la misma tradición mezclada a veces de enconos y factores vigorosos provenientes de otras nacionalidades, somos, — americanos y españoles —, de la misma raza por el habla. Y no será acaso porque América haya respetado el purismo de las academias que tampoco allá respeta el pueblo, sino porque, acepción o barismo más o menos, nos podemos entender. Y entenderse es todo. El comercio, el arte, la verdadera amistad y el profundo amor, utilizan esta vía única, para ser duraderos: el habla. Por eso somos de la misma raza los que en la Argentina llevamos sangre italiana, eslava, guaraní, árabe, germana, araucana, y los que en la heroica tierra de Alfonso XIII llevan vestigios ancestrales de los navegantes de Cartago, de las huestes que se estrellaron en Sagunto o Numancia, de los que lloraron el mismo dolor de Boabdil; de los helenos, de los germanos... ¡Ah! sí, lectores, confirmemos la tesis: la carne no vale lo que el alma que canta y se expresa por la lengua. He ahí por qué, para que sea santificado este nuevo día de la Raza, es preciso remachar otro clavo de oro en el escudo de Isabel de Castilla, destinado a sostener el emblema del idioma brotado por obra de Dios en su magnífico solar.

Biblioteca Nacional de Maestros

Sea por ello siempre loado el 12 de Octubre; sea eterna la historia que guarda la hazaña del gran Almirante, e imperecedera la memoria de tantos varones ilustres vinculados por el heroísmo o la piedad a la indiscutible gloria de España.

Biblioteca Nacional de Maestros

SARMIENTO (1)

I

He dejado mis labranzas diarias que me dan jornal siempre, y a veces aplausos; y las he dejado para sumarles una hora más de trabajo, — es decir —, una hora más de dignificación.

Tengo mi predio. Es de una yarda. Pero tiene su lino, y su árbol, y su cumbre, y su sol, y su manantial. Y por eso es que recojo algo; y por eso es que tengo mi águila; y por eso es que enciendo mi estufa; y por eso es que ni se seca ni se mezquina mi gratitud, ni mi entusiasmo, ni mi amor. Y he pensado: si en mi predio habitara un segundo la alimaña del egoísmo, o la de la envidia, o la de la desvergüenza, o cualquiera de las alimañas que amamantan el vicio y el ocio, hollaría mi manantial, descolgaría mi sol, aventaría mi cumbre, hachearía mi árbol y pondría fuego a mi lino para arder con él y con todo, proporcionando siquiera cenizas fecundantes a otra gleba...

---

(1) Los fragmentos de este trabajo pertenecen a una conferencia dada al personal de las escuelas de la provincia y al de la Escuela Normal de Dolores (Buenos Aires) en el local de ese instituto, el 11 de septiembre de 1917.

Biblioteca Nacional de Maestros

II

Es bajo la advocación de Sarmiento que nos reunimos. Y nos reunimos para pensarlo, desde el Chaco hasta Ushuaia, y desde el Aconcagua hasta el Plata. Y es en el día de su muerte, que es el día de su gloria. Porque los grandes es recién al morir cuando se glorifican, ya mueran martirizados en su cruz, ya mueran olvidados en su exilio, ya caigan sudorosos en la brega áspera. Los grandes no se lloran con lágrimas. Es mentira que se vayan a destiempo. Unos viven terrenalmente los años de Homero, o de Hugo; otros los años de Alejandro o de Rafael. Y todos cumplen su misión. Se van sin llevarse nada. Y si la diferencia de edades nos desconcierta es porque no hemos pensado nunca que el lino es tan bueno como la palmera, aunque el lino crece y da dentro de un año, mientras que la palmera crece y da dentro de un siglo. Las muertes precoces, vislumbres apagadas al insinuarse, quién sabe no son magistrales designios de la fatalidad que quiere dejar una aureola de recuerdos donde las circunstancias mal encauzadas pudieron hacinar muchos oprobios. La longevidad de Sarmiento se aproximó a la de las palmeras. Su obra maduró en su estío; su muerte acaeció en su invierno, ni un minuto más ni menos de cuando debió acaecer.

Por ser como es, le comparo al manantial, así como a otros les compara a las charcas. Como el manantial es inagotable; como el manantial se re-

Biblioteca Nacional de Maestros

nueva; como el manantial no se enturbió más que momentáneamente por los ataques de la lucha que son semejantes a los rebaños que cruzan en furia loca, quebrando la plácida superficie de los lagos. No es como los otros, los hombres charcas; hombres cristalizados en una forma única, invariable, fatal. No es tampoco un espíritu voluble, sino un espíritu con pasta divina, de levadura en constante crecimiento, con dilatación máxima y ebullición constante. Es la caldera generadora cuyo fuego arde sin tregua como el fuego sacro que alimentaran las vestales. Sarmiento es como un manantial, repetimos. Por eso, por más que de él se hable, siempre quedará algo que decir. Es la linfa adonde si me acompañáis, nos abrevaremos un instante, con el ansia de las aves, que en vuelos rasos vienen desde las cumbres por sobre los desiertos, o con la sed de los ganados, que inconscientemente se afanan, bebiendo, por engrosar su testuz o hinchar sus ubres.

Nació argentino dentro del año uno de la libertad de su patria, y cuando posiblemente las ideas de mayo recién llegaban a los Andes a través de las pampas y a la grupa de los centauros criollos. El clarín de guerra y el beso paterno del que se despedía para alistarse como soldado, debieron estremecerle en la cuna.

Vió la luz junto o casi en la montaña, pero no se debatió nunca entre los riscos empinados, sino que bajó al llano y a sol pleno dió todas sus batallas sin derramar otra sangre que la sangre simbólica

Biblioteca Nacional de Maestros

de su pluma formidable. Su vida infantil es ejemplar, y no la ignoran los niños que se esfuerzan por alcanzarle. Su vida juvenil ya es página de plata. Su vida provecta es cúmulo de hierro y oro. Por eso es que su vida de niño debe contarse a diario en la escuela, su vida de juventud debe practicarse en detalle, y su vida de hombre, involucrada e inseparable de su obra, debe explotarse con la constancia que se explota una mina hullera de Cardiff.

Sarmiento no nació para ceñirse yugos, sino para combatir oprobios y domeñar tiranías. Estuvo en Caseros; pero antes se encaró con Quiroga como el árbol que, dejando de ser semilla, se alza en contra y a pesar del huracán. Lo vejaron y se desquitó con exceso. La posteridad, que le ama, no ve ni en su efigie sacra ni en sus cenizas, ningún rastro de ultraje, y si lo viera, lo besaría hasta borrarlo, con la fruición que el mar besa las rocas hasta darles color y suavidad.

Cruzó un día la cordillera llevando la libertad de la cartilla que era hermana de la libertad de la espada de San Martín. Sufrió y venció. Bajó hasta el corazón de la tierra para auscultarlo cual un gnomo. Y con tantas ansias de luz salió, que se alzó pronto algunos palmos más que los otros. Y tuvo sus premios. Y engendró sus obras. Y llenó el cerebro de cultivos cuyas cosechas debían sucederse sin tregua. Enseñó en las aulas e hizo gran cátedra del periodismo. Repasó los Andes varias veces, y de éste o de aquel lado bregó y se impuso. Cruzó luego el mar y a su regreso trajo muchas enseñanzas.

Biblioteca Nacional de Maestros

No nació para ceñirse yugos, dijimos, sino para combatir oprobios y tiranías. No dejó hazañas heroicas sino obras imperecederas. Aunque estuvo en todo y trepó la más alta posición política, no cesó de producir. Es que jamás se secó el manantial de su genio, ni se apagó el fuego de su voluntad.

Y todo lo que hizo fué para la enseñanza. Y por la escuela, por la civilización y por el progreso, se agitó. La escuela tiene en él a su apóstol, a su genio tutelar. La escuela, con el niño, con el maestro y con el hogar, deben amarle sagradamente. Ya el estado le ha consagrado un día, este día; día como el que tienen la patria y la victoria.

Sarmiento es la deidad más tolerante y el padre más noble de la escuela laica argentina, que es a su vez la institución de cultura más amplia, donde caben todos los corazones sanos y todas las angelicales cabecitas que ya sueñan o discurren bajo las hebras de azabache o los esplendorosos bucles áureos de sus cabelleras bien cuidadas.

III

Voy a cerrar el paréntesis de estas disquisiciones para invocar otra vez la sombra augusta del que desparramó silabarios por donde fué. Voy a hacer vibrar el bronce de mis cuerdas junto al bronce imperecedero de aquella figura excelsa. Voy a guarecerme en la majestuosidad de aquel soberbio es-

---

(1) 11 de septimbre.

Biblioteca Nacional de Maestros

píritu, como una libélula en la fronda exuberante, como una golondrina en la nube blanca, como una exhalación en el infinito azul! Es tan grande y tiene tantas facetas el genio de Sarmiento, que podría comparárselo al mar rugiente cuando lidia, al monte solemne cuando piensa, a la onda dulce cuando ama, al vendaval furioso cuando se apasiona, a la tormenta negra cuando amenaza, al rayo lívido cuando acciona, al sol en el amanecer cuando propone, al sol cenital cuando gobierno, al sol en el ocaso cuando muere!

Y pensad que éstas no son frases hechas, frases de léxico prolijamente puestas a mano; no, jamás. Medidlas, pensadlas y veréis que son sintéticos modos de informar sobre la obra proficua y extensa, tan inagotable en la profundidad como tan difícil de transponer en la extensión; obra que es la oliva prolífica que siempre dará más por más que se la exprima; obra que siempre estará más allá, como está siempre más allá la luz que perseguimos, la nota que lleva el eco o el espejismo de todos los caminos reales y simbólicos, — los de las pampas y los de los ascensos geniales.

La vida y la obra de Sarmiento son singulares, complejas y corren paralelas como dos furias. La vida cae un día y la obra queda como un monolito gigantesco. La vida es el pegaso rendido por la muerte. La obra es la inmortalidad montada para siempre sobre su pedestal. Y hay que saber que su pegaso no tuvo jamás resuello de ocio ni devoró el pienso mercenario de ningún pesebre, ni co-

Biblioteca Nacional de Maestros

rrió a la par de rocinantes escuálidos; hay que saber que hundió los cascos desde el alba de su día hasta el crepúsculo de su noche; que arrancó su ración a su propia carne; que se midió con el viento teniendo por jueces a Minerva y a Apolo, mientras lo servían y cuidaban todos los dioses olímpicos! Por eso su obra es sin mácula, pese a la envidia que le arrojara salivazos; por eso su obra es inagotable, pese a los vampiros que la han succionado; por eso su obra es indestructible, pese a los colmillos de los roedores que la trabajan; por eso su obra es rica, poderosa, original y sublime, pese al destino que, por orden de la naturaleza arrepentida de haberse prodigado, cortara su existencia.

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

SAN MARTÍN

Es San Martín una de esas figuras que ya no se conciben más que sólidas por estar talladas en mármol, o sólidas y vibrantes por haber transmigrado al bronce. Es un héroe que ya no cabe discutir y que si de él hay que hablar, será con estos dos propósitos: elogiarle sin trabas o envidiarle sin tregua. Se colmó de gloria sin hacer fortuna. Fué dueño y no ultrajó a nadie. Si la guerra alguna vez ha de ser justa, guerra justa podéis llamar a la que él hizo, sin odios, sin ambiciones mezquinas, sin pasiones egoístas y sólo por amor a la libertad. Por eso es que, ecuestre en la orilla del Paraná, cóndor sobre las cumbres más altas del hemisferio y casi príncipe en tierra de los Incas, no se ofusca, y en tierra de los Incas se despoja frente al otro Titán que baja del Norte; y no lo hace por ninguna clase de miedo instintivo, sino por temor de sofocar la libertad que había forjado y convencido de que dos águilas no cabían ni podrían incubar en el mismo peñón.

Jamás guerreó por guerrear. Hubiera preferido poner orden sin derramar sangre. Hizo proezas y no hubiera querido compararse a Bonaparte. Es el genio de la voluntad. Así, próximo a tramontar, le escribió a su confidente Guido: «Yo marcharé

Biblioteca Nacional de Maestros

aunque me lleve el diablo. Si no puedo reunir las mulas que necesito, me voy a pie». Luego su juramento más hermoso que supo cumplir lo expresó así: «No sobrevivir a la empresa de ser libres»...

*

* *

La aldea de Yapeyú, en las antiguas Misiones, sobre el Uruguay, fué su cuna. La sangre noble que la herencia le legara no consiguió hacerle orgulloso; las selvas vírgenes, la tierra nueva y las virtudes paternas, forjaron la nobleza de su espíriut, más fuerte que la que en los escudos descubre la heráldica.

Frente, llanura por medio, estaba el otro raudal a cuya margen quizá soñó su estreno americano, mientras en simulacros infantiles jugaba con los niños guaraníes a imitar a los hombres. Oyendo contar aventuras, porque nada mejor debió oírse en casa de un soldado conspicuo, y aun escuchando la fusilería que sofocaba el alzamiento o el malón, garabateó sus primeras planas. De ahí fué a Buenos Aires y luego a Madrid. Había nacido en 1778, y aunque ni aun adolescente (1) abandonaba los la-

---

(1) *Carta dirigida a don Pedro Flores, venerable y tradicional vecino de la ciudad madre heroica de los Libres del Sud.*

«He leido una hermosa elucubración de un señor don «Juan M. Cotta, publicada en «El Nacional» de Dolores.

«El trabajo del señor Cotta, versa sobre San Martín. «Ara hondo el pensamiento, y de esa mina arranca ve- «tas brillantes, que él pule de una manera delicada.

Biblioteca Nacional de Maestros

res que la ruina carcomería presto, llevando tan clara la visión de su suelo y tan arraigado su amor, que, lejos de catequizarlo, la madurez, el estudio y los honores, le darían consistencia, y la nostalgia o el determinismo le harían repasar el mar dos veces: una para cubrirse de gloria y otra para morir en la tierra más libre del mundo.

*
* *

Su vida en la península podría comparársela con la del hierro en la fragua. Vivió templándose. Aprendió el arte de la guerra peleando a los moros del Africa, como un Pelayo. Y estuvo frente a frente de los soldados más aguerridos de Europa. Con más dificultades que en América, tuvo que hacer verdaderas hazañas para destacarse un palmo. Por eso expuso su vida en Arjonilla y se batió heroicamente en Bailén.

Al mismo tiempo que estudiaba, amante siempre de su «verdadera patria», atisbó la hora del regreso,

---

«¡Qué hermosa descripción de la cima de los Andes! «Parece que la hubiera contemplado en horas dulces y «gratas al espíritu. No sé quién es ese caballero, pero «se comprende que es un sembrador en el corazón de «las nuevas generaciones. Por eso es sensible que haya «incurrido en un ligero error, muy divulgado en todos «los autores, el cual en nada desmerece su obra cuando «habla de que San Martín estuvo en una escuela en «Buenos Aires. No; el malogrado doctor Pradére ha de«mostrado que no pudo ser, porque nuestro guerrero «partió muy niño, creo que de dos años, a España, con «sus padres. Esto se publicó últimamente en «La Na-

Biblioteca Nacional de Maestros

no sin haberse vinculado antes con los espíritus americanos que Miranda atizaba en Londres bajo los misterios sacrosantos de sus logias.

Hay dos coincidencias que, aunque sólo tuvieran valor para la fantasía, merecen recordarse, ya que historiadores como Mitre las incluyen, matizando páginas de oro. Son éstas: el traje del regimiento «Murcia», en que San Martín se alistó como cadete, era celeste y blanco; el Sagunto, el último en que sentó plaza de oficial, tenía el siguiente lema en sus estandartes: «Disipa nubes y remueve obstáculos»... El celeste y blanco fueron los colores que San Martín paseó por América, disipando brumas, clareando albas y destrozando vallas!

*

* *

No especuló el héroe la hora de su arribo a Buenos Aires. Pero llegó en momentos propicios. Llegó con la oportunidad que llegan los grandes, y cuando para destacarse era necesario hacer sacrificios, porque los laureles no estaban al alcance de

---

« ción ». No pudo, pues, San Martín, codearse en la es-
« cuela con quienes fueron luego personajes argentinos,
« como los sesudos escritores lo han estampado en sus
« libros. — ALBERTO PALOMEQUE. »

(El autor transcribe esta carta convencido de que el aplauso bien ganado no ha de servir para envanecernos si no para obligarnos a mayores perfecciones. Quiere también que los jovencitos comprendan que la docilidad con que se admiten las correcciones sabias no debe afectar a los que proceden de buena fe y se afanan por difundir el arte y hacer triunfar la verdad.)

Biblioteca Nacional de Maestros

las diestras, sino más allá, donde para obtenerlos era preciso llegar a golpe de ala.

Todos conocemos la situación angustiosa de la incipiente nación durante aquel lustro que tuvo su jalón imperecedero en Chacabuco. Y sabemos lo que a los ánimos inoculó la presencia del soldado que trajera la fragata «Canning», cuyo nombre era ya un augurio de libertad, puesto que el varón «shakesperiano» así llamado se alzaría luego en el más célebre parlamento de Europa, saludando y reconociendo nuestra emancipación.

Los granaderos a caballo fueron como la «maquette» que el artista presenta para acreditarse.

Diríase que San Martín amasó, modeló y limó cada soldado, cada corcel, cada arnés. Porque cada hombre de aquel escuadrón tuvo pasta para ser general; y muchos, los que no sucumbieron admirados, ganaron uno a uno sus grados, sus cordones o sus medallas.

Les llevó a las márgenes del Paraná, que es hermano del otro que corre casi junto a las ruinas de su cuna. Les puso en acecho. Les arengó con calor, y cuando clareó el alba despertando las aves, plateando las linfas y ampliando el escenario que las sombras limitaron, montó en su célebre bayo, desenvainó el sable morisco y ordenó, cuando ya los enemigos se habían separado bastante de la barranca.

La vibración solemne e inesperada del clarín granadero marcó el ¡alto! confuso de los aguerridos soldados del rey, y también la carrera loca, apo-

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

calíptica, y magnánima de los centauros del Plata. Nadie mezquinó su pecho a las bayonetas; nadie retrocedió un paso; nadie temió a la muerte, ni aun muriendo. Iban ebrios de patriotismo. Y San Martín iba a la cabeza de todos. Y cayó también igual que sus compañeros; pero no se habían forjado balas para quitarle la vida.

Le defendieron como los cachorros defiende a la madre herida. Baigorria abría entrañas a destajo, mientras Cabral, con una hidalguía legendaria, le sentaba en su montura, y moría clamando por la victoria. Más allá agonizaba Bermúdez, en tanto que Bouchard arrebataba la enseña de oro y gualda, y Díaz Vélez, ciego, como si de un vuelo hubiera querido llegar para hacer repicar los cascos de su brioso corcel sobre la cubierta de los barcos que arreciaban desde más allá, se despeñaba lo mismo que un Belerofonte.

Un relámpago fué todo. ¡Quince minutos! Quince gotas cayeron de la clepsidra del tiempo, y en ese espacio se consumó ese triunfo, insignificante para la historia, si se quiere, pero bello, épicamente bello, y como el de Troya, digno de ser cantado.

*
* *

La obra de San Martín en Mendoza es genial. Bailén pudo ser el escenario donde se destacó el soldado obscuro, y San Lorenzo, una demostración de cualidades; pero Mendoza, íntimamente ligada al

Biblioteca Nacional de Maestros

paso de los Andes y a la libertad de Chile y del Perú, tiene aquéllos y muchos otros significados. Mendoza es el nido del cóndor cuya frente gestadora bullía igual que un crisol... Tal bullía que el mismo se expresó diciendo que su pobre cabeza no podía abarcar todo lo que en ella estaba metido. ¡Tanto era lo que pensaba! ¡Tanto era lo que veía!

La actividad de San Martín allí, no tiene precedentes en nuestra tierra. Después de convencer a los que ni con Huaqui ni con Vilcapugio o Ayohuma se habían convencido de que atacar por aquella frontera era un error, se instaló en Cuyo y comenzó a desplegar todo su ingenio. Arrancó a la tierra y al egoísmo humano lo que nadie hubiera arrancado. Hizo de las mujeres heroínas espartanas y de los hombres legítimos hijos de la diosa guerrera y artista. Hoy no tiene la opulenta Mendoza las industrias que ayer tuvo; hoy mismo, sin el talento y la voluntad de San Martín, no sería fácil equiparar allí un ejército fuerte. ¿No anonada evocar las proezas del gobernante y del militar de otrora? Pensemos que entonces, bajo su aspiración y la energía de Beltrán (que dejó de ser soldado de Cristo para ser soldado de un nuevo Marte, y ser Vulcano de un nuevo Apolo, al servicio de un nuevo Aquiles), se hicieron balas, cañones, carros, arneses, vestuarios, clarines vibrantes y sables domeñadores.

San Martín hizo y alentó todo. Nadie protestó contra el exceso de sus impuestos ni de sus demandas en favor de la causa. Al contrario: se le ofreció

Biblioteca Nacional de Maestros

todo, y él y todos se lamentaban cuando se carecía de algo. No descuidó nada. Era un Carlomagno que se enteraba en detalle hasta del número de mantas, hasta del filo de las espadas o hasta de las raciones de las mulas, sin estar nunca ajeno a las cuestiones políticas, ya fuera para aplacarlas si tenían visos de rencillas, ya fuera para alentarlas si encerraban concepciones tan atrevidas como la de Tucumán.

En Mendoza tomaron forma y acción sus pensamientos. Allí trabajó, desde allí irradió luminoso, y desde allí partió vencedor.

Mendoza, la opulenta, es su segunda o más gloriosa cuna; la cuna de su cerebración, la hermana de sus triunfos, vinculada a su alma hasta por los afectos íntimos del hogar.

*
* *

El paso de los Andes es una aventura semejante a otras tres o cuatro que registra la historia universal. San Martín es el Aníbal o el Rolando o el Napoleón criollo, que pisa cumbres para ampliar horizontes.

La cordillera es imponente por Los Patos como por Uspallata. Las cumbres nevadas en cualquier época se suceden, se apiñan a veces, dejando reducidos senderos difícilmente transitables, y a veces se separan para rodear un vallecito, ora verde como una esmeralda, ora pobre y ceniciento como los

Biblioteca Nacional de Maestros

escombros de un terrible cataclismo. Sobre las faldas no hay nada. Las rocas en parte no tienen ni musgo, están flamantes como si ayer se hubieran alzado del vientre de la tierra; pero todas ostentan variados colores propios, que por raros efectos de luz se avivan hasta producir fantásticas aureolas, apropiadas para la cabeza de un santo o de un libertador.

San Martín cruzó esa cordillera entre las brumas que forman golilla alrededor de los picos que emergen encanecidos y se destacan bajo el azul espléndido que les sirve de casquete. Su ejército fué tras él, — cada hombre con la constancia de un Sifo: cayendo, arrastrándose, muriendo, pero sin temor, sin proferir ayes de dolor, sin desalentarse jamás y sólo con un ansia: el ansia de llegar, de luchar, de vencer.

Tal era la moral y la disciplina que supo imponer; tal vez mejor dicho, que imponer, que supo crear. Porque ninguno de los que formaban en aquellas filas iba por la amenaza del fustazo tiránico; ¡ninguno! Los que no hubieran querido ir, tenían abierta la pampa, seguras las sierras y encubridores los matorrales.

¡Cuántas piedras no habrán temblado bajo los cascos de las mulas, tan diestras como los pegasos; y en cuántos promontorios no se habrá detenido el héroe semejando la estatua ecuestre de la posteridad!

El viajero que hoy recorre aquellas regiones llevando recuerdos y amor de patria, lamenta acaso no ver sobre la cumbre más alta, frente a frente del

Biblioteca Nacional de Maestros

Aconcagua, la silueta del Libertador. Sin ser hereje, yo opino que mejor estaría él allí donde está el Cristo dulce que desgraciadamente no ha podido evitar las guerras, ni en el viejo mundo que tanto le invoca, ni en la joven América cuya altivez mereciera un día la condena de los pontífices. San Martín, en la cresta más inaccesible y nevada de los Andes, en cualquier cresta semejante a muchas de las que al cruzar erguido tuvo en vida por pedestal, diría más y nos vincularía más; porque él es el héroe de aquí, y él, a pesar de su sable morisco y de sus hazañas homéricas, puede, al través del tiempo, ser el símbolo de la paz por la cual combatió sin ambages y sin mengua.

*
* *

Hartas de montaña llegaron las dos divisiones a los campos de Chacabuco. Y allí se desplomó el poder colonial, y allí se afianzó la independencia americana. San Martín escribía a su confidente: «Los granaderos han hecho más que hombres; Necochea como siempre».

Sobrevino la sorpresa de Cancharrayada. Pero disipada la noche, sonaron los morteros gloriosos de Maipo. Y Chile quedó libre hasta de la grandeza del héroe que, desechando recompensas, voló a Lima por el mar de Balboa. Y fué dueño y casi príncipe en la ciudad de los virreyes. Mas, no quiso reinar recelando de que los «maturrangos»

Biblioteca Nacional de Maestros

se dieran el placer de verlo disputarse las victorias, los poderes y los honores con el otro.

Por eso, una noche salió apenas acompañado por un servidor, satisfecho de haber realizado sus ensueños, pero agobiado por los dolores físicos y asaeteado por las envidias. Repasó la Cordillera, atravesó la pampa y se lanzó al mar en medio de la indiferencia. Su único caudal en su postrer retiro de Francia, fueron los sinsabores, la pobreza y el olvido. Jamás se quejó. Había combatido por la libertad. Si algún disgusto sufrió luego, sin duda fué causado por los horrores que siguieran a la Independencia, debido al encuentro de mezquinas ambiciones. Sin embargo vivió convencido de que su amada patria llegaría a ser grande, y por eso murió tranquilo y seguro de que la posteridad le juzgaría serena, ecuánime, reivindicadora.

*
* *

La justicia se ha hecho. Ningún americano osará amenguar la fama del héroe ilustre, porque ningún argentino lo permitirá. Y si en algún lugar la ingratitud, aisladamente, ha pretendido socavar su pedestal para con los despojos elevar el talud de los suyos, en mil terrenos, en mil documentos, y en mil tradiciones, está la verdad fatal que refuta a todo aquello.

¿Buscáis esa verdad? Ahí tenéis los Andes, pre-

Biblioteca Nacional de Maestros

guntadles: ellos fueron testigos y con ellos basta. Pero el poeta ha dicho también: «Ese es el grande». Y los poetas geniales vierten como inconscientemente los juicios o los vaticinios de los dioses.

Biblioteca Nacional de Maestros

MAIPÚ

Para calcular el genio militar y político de San Martín, no debemos considerar a la batalla de Maipú como un encuentro aislado, sino como al eje o al corazón de un plan o sistema brillante, desenvuelto palmo a palmo con abnegación y pericia. Debemos justipreciar la idea que, al contacto del espectáculo que ofrecían las milicias del Norte, zigzagueó en el cerebro del Libertador como la chispa eléctrica en la masa gris de las nubes, trocándose en propósito gestador de obras magnas, y que por haber nacido acaso en 1814, se incubó en Cuyo para ser aguilucho en los picachos más riscosos de los Andes, león en Chacabuco, Ave Fénix en Cancharrayada, titán en Maipú y apoteosis preciosa en la tierra de los Incas.

San Martín iba a Chile a devolver su suelo querido a los gloriosos vencidos de Rancagua. Y, dueño de la independencia, la entregaría inviolada a los bravos descendientes de Arauco...

Singular figura es la de este gran Capitán que rehuye los honores que gana, que no se adjudica los triunfos que obtiene, que no aherroja la fortuna que se le brinda! ¡Magnánima figura, que en pos de un ideal desinteresado, parece la inmortal creación ecuestre del Manco ilustre en letras!

Biblioteca Nacional de Maestros

*
* *

Apenas se habían restañado las profundas heridas de la sorpresa apocalíptica de Cancharrayada. Rehaciéndose, juntando dispersos y buscando un terreno propicio, los dos ejércitos corrían casi paralelos por senderos y quebradas, lo mismo que dos felinos, por el afán, y semejantes a dos enormes culebras, desplazadas largo a largo de los campos, siempre avizorándose y dispuestas siempre a despedazarse.

La tenacidad del ejército realista no era menos estupenda que la del ejército criollo reorganizado sobre los rastros de la derrota. Osorio, sin el genio de San Martín, tenía en sus filas a Ordóñez, parecido a Las Heras. Y cada soldado del realista, aguerrido y fiero, hallaría su gemelo en cada soldado del criollo, aguerrido y fiero también.

La noche del cuatro de Abril, obscura y silenciosa, separó por algunas horas y a muy corta distancia a las dos fuerzas mantenedoras de las dos causas.

El realista deliberó confuso. El criollo ordenó seguro. Osorio pensó en la fuga. San Martín discurrió sobre la victoria.

Con la solicitud que una dama dispondría los accesorios de su tocado en víspera de la fiesta, San Martín dispuso y ordenó todo. No olvidó el menor detalle, ni la provisión de cartuchos ni la ración de vino con que los bravos brindarían antes

Biblioteca Nacional de Maestros

del combate, cual si fueran viejos habitadores del Walhala germánico, donde, según la leyenda, sólo llegan los elegidos que jamás temieron a la muerte heroica.

*
* *

El sol del día 5 dilató el horizonte anunciándose en las crestas blancas de la gran Cordillera. San Martín, que apenas se había acurrucado en su capa igual al plumaje vitalizador del águila, se levantó con el sol, y al observar el movimiento imprudente de Osorio, vaticinó su triunfo infalible jurando por el sol. «El sol por testigo», — dijo. ¡Ni que lo hubiera dispuesto Alá! Así fué.

*
* *

Viendo indeciso a Ossorio, San Martín abre el fuego.

Las Heras, Zapiola, Alvarado, y muchos otros arremeten firme y ordenadamente; Blanco Encalada y Borgoño hacen tronar sus morteros. Y la lucha se formaliza impetuosa, sangrienta, horrible. Ora caen éstos, ora aquéllos; ora ceden los hombres de color, ora los mismos se reponen y sostienen el empuje. Huyen los corceles sin sus jinetes, enceguece la humareda, aturden los rugidos del cañón o conmueven los ayes de los caídos; y la acción conti-

Biblioteca Nacional de Maestros

núa. ¿Quién cejará? Acaso el ibérico, no por menos fuerte, sino por carecer del brío explicable del americano. Porque uno se afana por ajustar el yugo, y otro por sacárselo. Uno es opresor y el otro no; las causas de ambos son más diversas que el día y la noche, que la vida y la muerte. Por eso, con igual valor, en terreno igual, y con armas idénticas, el peninsular no puede sostenerse y se retira desordenado.

La hacienda del Espejo es el último baluarte donde el ibérico combate por honor, hasta entregar la espada ilustrada en mejores combates contra la invasión napoleónica. El criollo es noble. Las Heras, un ejemplar, estrechó las manos de Ordóñez antes de tomar su espada, caballerescamente ofrecida. San Martín llegó a tiempo, y cuando debía. Ossorio, a tiempo, también, huyó y pudo, felizmente, encerrarse en Talcahuano a rezar su acostumbrado rosario, — según dice zahiriéndole el historiador López al caracterizarlo.

*
* *

«Gloria al libertador de Chile», — cuentan que dijo O'Higgins al ceñir su brazo a San Martín. La fábula poética agrega, a su vez, que el Cóndor, azorado, dejó la cumbre eterna, y se cirnió allá, muy arriba, como símbolo sobre ambos. El sol, testigo de estos hechos, se ocultó lentamente después de cumplir su misión de ese día.

Biblioteca Nacional de Maestros

La calumnia vino luego. Pero el héroe fué sordo a ella, como a los aplausos. Y siguió su derrotero. Y perseveró en su plan. Y, dejando las diatribas de este lado del mar, fuése a morir olvidado y feliz en la hermosa tierra francesa. Maipú y su obra posterior, quedaron, sin embargo, beneficiando a su patria y a la América latina. ¿Qué más pudo apetecer el grande entre los grandes?

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

EN EL CENTENARIO DE GÜEMES

Los homenajes de esta laya pueden considerarse para nuestro pueblo como una feliz coincidencia reactiva frente a los tiempos actuales, en que, por obra de múltiples factores, la civilización parece conturbarse, rodar sobre escollos, o vacilar sobre cimientos, ya sea a causa de los viejos males que han acumulado los siglos, ya sea a causa de los alocados utopismos que no se paran en justas aspiraciones, porque se echan en alas de todas las fantasías.

La juventud necesita saber a fondo muchas páginas de historia. En medio de las ventajas de la civilización levantada sobre la tumba de los héroes de todas las actividades de ayer, acaso un relajamiento leve aun, pero propio de la paz y de sus excesivas comodidades, hace olvidar y menospreciar las glorias de otrora. Hay un espíritu de desintegración que flota en el ambiente, sin duda por obra de la simiesca ocurrencia de imitar los afanes exóticos o acaso por la fatalidad de no podernos sustraer a la acción de determinadas leyes poderosas del concierto universal. Algunos acontecimientos, felizmente esporádicos, han anunciado el mal. Una especie de mansedumbre o indiferencia juvenil por las cosas queridas de la tierra, ha hecho ver los sucesos con impasible incomprensión,

Biblioteca Nacional de Maestros

poco menos que con la mente y el corazón adormecidos (1).

En las situaciones de esta clase, que no son otra cosa que enfermizos romanticismos de los pueblos, qué bien y qué a tiempo suenan los nombres ejemplares, síntesis de verdaderos sacrificios en holocausto de generosos ideales de patria y libertad.

Al realizar un homenaje como el presente, podríamos exclamar con menos fantasía que verdad: «Hasta con sus sombras nos vienen a redimir los grandes muertos de la historia». La hora presente debe obligarnos a apreciar aquellas grandes fuerzas del pasado que, como la luz de esos astros que ha mucho murieron en los espacios, están proyectando sus virtudes, sus ideas o sus hazañas a veces semejantes a índices virtuales que marcan seguros derroteros y a veces semejantes a puntales invisibles que sostienen el civismo o la nacionalidad.

Si abriésemos una encuesta frente a la conciencia de la juventud, preguntando a quién podríamos homenajear para satisfacer toda su admiración... ¡ay! sufriríamos muchos desencantos. Acaso vibrará en excesivas aclamaciones el nombre de algún bravo pugilista, con el mismo afán que ha tantos siglos Roma aclamó a sus gladiadores ensangrentados en la arena de los circos; acaso vibrara el nombre de algún cuasi alado pegaso, no listo para las hazañas

(1) Obsérvese que no es una referencia al presente. Conveniente será que el maestro evoque el estado social derivado de la última conflagración y lo estudie con acierto, para afianzar el espíritu nacionalista.

Biblioteca Nacional de Maestros

que cantara Píndaro, sino para el fomento del vicio, que lleva a su grupa todas las miserias. Pero no dudo que también algún coro viril de voces se oiría, como un amago, al principio, y como un fustazo recio después, contra los mercaderes del templo de nuestras glorias y de nuestro argentinismo.

No sabría decir si es el historiador, el militar o el poeta el más habilitado para hablar de Martín Güemes, porque los fastos que hablan en letras sobre sus hazañas, son insuficientes para fijar lo que marcando rumbos escribió en los aires su sable durante mil correrías; porque su táctica no salió de los libros sino de las circunstancias de cada encrucijada, a fuerza de talento y perspicacia naturales; porque sus aventuras en el llano, la montaña o la selva, cuando ardía el sol, bramaban las tempestades o abismaba la noche, tienen más argumentos para la poesía épica, que para el drama razonado de la historia.

Lo cierto es que Güemes fué un jalón inconmovible en las fronteras de Salta, y que durante un instante supremo, teniendo a raya al invasor con su guerra de recursos originales, dió tiempo para que se incubara en Tucumán el influjo de libertad; y, con su poncho patricio, semejante al ala de un cóndor inconmensurable, diríamos en entusiasta hipérbole, detuvo la avalancha del enemigo, mientras el otro, el Grande, armaba pieza por pieza su máquina bélica y se ponía en marcha, de risco en risco, para caer vencedor formidable sobre los campos de Chacabuco.

Biblioteca Nacional de Maestros

Como un Leonidas en las Termópilas, lidió en Humahuaca y en cien lugares más. Defendió palmo a palmo su suelo natal con el afán de un Pelayo, o el heroísmo de Juana de Arco, dice más o menos el historiador Frías. Debía tener por eso, más que su página de historia, un canto de gesta, como Rolando o como Aquiles.

Cuán pocos varones hubieran despreciado como él lo hizo, su fortuna y sus títulos de Castilla por jugarse entero en holocausto de la emancipación nacional. Como otros que nos sirven de ejemplo, Güemes sólo hizo cosecha de laureles. Sus bienes materiales se trocaron en telas para vestir a sus huestes y en sables y chuzas para defender el terruño.

La «expresión» gaucho, no determinó su calidad, porque fué un epíteto para aquilatar su destreza sobre el bridón de guerra y su valor sin par. Hijo de nobles, no se ofuscó jamás en la ranciedad de su abolengo, y si ardió en su pecho un orgullo, fué a modo de reto viril en defensa de los lugares que no le pertenecían por título, sino por amor y nacimiento.

Iniciado casi niño en la defensa de Buenos Aires durante las invasiones inglesas, no dejó de luchar hasta caer un día, y morir sobre el campo de sus bregas, bajo el manto de los cielos que fueron doseles magníficos de sus sueños y treguas breves.

Tuvo hasta hermosura viril para ser caudillo. Pero jamás rayó en Narciso ni pervirtió sus pasiones. Aunque la admiración y el respeto que le

Biblioteca Nacional de Maestros

tributaban le hicieron dueño de Salta y le llevaron a regir los destinos de aquella provincia, jamás buscó provechos personales como lo buscaron los bárbaros que casi despedazaron la patria tumbándola en el caos de aquella luctuosa anarquía.

Al hacer de cada gaucho un héroe que arrancó más de una vez el franco elogio del hidalgo enemigo, no tuvo otras miras que las de la defensa nacional. Güemes fué un patriota, cuya fama podrían certificar las peñas, eternos testigos de aquellos lugares; fué un patriota que dió lo que en aquellos instantes le reclamaba la incipiente nación: su tranquilidad y su vida.

Al escribir así, no he querido entonar un canto al furor guerrero, ni una loa a la lid sin excepción. Lejos de mí todo anhelo belicoso, pero cerca mío, y siempre dentro de mi pecho, el afán de sacrificio en pro del orden, de la justicia y de la libertad de la patria, ya sea en los campos de las labores honradas, ya sea en las hojas de todos los buenos libros, ya en las aulas o donde sea, pero siempre con los recursos más nobles de que la humanidad civilizada disponga.

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

Leyendo algunos de sus trabajos

No hay mejor ni más respetuosa amistad que aquella que va hasta los corazones por el aprecio intelectual, semejante a un invisible hilo magnético o a esas rutas aun inexploradas por donde se deslizan las ondas mentales que emite acaso nuestro cerebro o por donde vuelan las vibraciones emotivas que irradia nuestro espíritu... Por ese medio, sin recomendaciones denigrantes ni presentaciones ocasionales, y únicamente por el modesto esfuerzo que representa mi labor literaria, he llegado a merecer el aprecio del doctor Joaquín V. González, uno de los hombres más eminentes que tiene el país (1). No titubeo, sin embargo, en considerar como un simple estímulo que me sirve de aliento, lo que otros, ofuscados por los resplando-

(1) Este trabajo fué escrito en 1921.
El valioso asentimiento expresado en la siguiente esquela, me ha dado suficiente confianza para incluirlo en la presente obrita:
« *José Ingenieros* saluda muy atte. a su amigo Juan « Manuel Cotta y le agradece el envío de sus *Briznas*, « y muy especialmente el de su artículo sobre Joaquín « V. González, que ha leído con muchísimo placer. »

Biblioteca Nacional de Maestros

res de la vanidad, llamarían un homenaje. No he perdido los estribos, aun, y si me acerco a la montaña no es para parangonar con ella mi altura, sino para ejercitar mis energías en un constante ascenso de mejoramiento cultural. Y he aquí un consejo mil veces repetido y que hay que repetir muchas veces mil para que lo aproveche la juventud: «Admira respetuoso a los que valen y, despojándote de envidias, acércate a los que son mejores que tú, antes de hacinarte con los viles para descollar entre éstos con la romántica y vanidosa intención del cristal caído en el lodo. Nadie va hacia el sol con la pretensión descabellada de sofocarlo, sino con la cordura de aprovechar los beneficios de sus influjos vitalizantes.»

Cada vez que ulula el odio de los gozques o el odio de la insidia que jamás tendrá el apoyo de los mismos timoratos que en vez de encararlo con virtudes lo barajan con sonrisas de adulación, — cuán grato es tener tendidos los cables del intelecto hacia aquellas cumbres para ir y venir, muy alto de la escoria, en esos éxtasis supremos en que toda la existencia se espiritualiza, y tienen, el pensar y el sentir, su vértice sublime, casi su nirvana estupendo.

Contando con el vehículo de esa calidad anímica o con la potencialidad cerebral necesaria, llégase deliciosamente al corazón de Cristo por la red ya demasiado anudada de los Evangelios; púlsanse las fibras de Alejandro por las líneas cartográficas que marcan su paso, o admíranse las luminosi-

Biblioteca Nacional de Maestros

dades de Sócrates mediante los relatos de su magnífico discípulo. Cuando nos falte uno de esos polos vivientes o esferas directrices en nuestra marcha de perfección, tengamos a mano, — aunque más en contacto de la mente que de la mano —, uno de esos libros soberbios, siquiera, sea Biblia, Ilíada, Divina Comedia, o Quijote. En cada página de éstos viviremos instantes reales de una eternidad artística, y al hacernos mejores, bajaremos a la vida social con la serenidad propia de los que hubieran practicado las experiencias de muchos siglos.

He tenido varias veces la feliz oportunidad de conversar largas horas con el doctor Joaquín V. González. Muchos habrán conversado con él, muchos habrán escuchado sus arengas en el parlamento, o sus conferencias en cien recintos, pero como no acostumbro a ver ni a oír con los sentidos ajenos aunque superen a los míos en calidad, voy a relatar mis impresiones a propósito del hombre para luego cruzar como en un veloz viaje recreativo por algunos de sus trabajos, deteniéndome en las partes que, dadas mis aficiones, me san más accesibles.

Como todo grande hombre, el doctor González es sencillo y afable. La caricatura burda, que moja sus pinceles en tinajas de rencores políticos, ha confundido el aspecto de la tranquilidad bondadosa, el gesto del trabajador constante y seguro, con el desaliento y la ociosidad del monarca del sueño. Qué error. La serenidad de las pampas labradas guarda un mundo de gestaciones bajo el aspecto superficial de su aparente sopor. Las cumbres no

Biblioteca Nacional de Maestros

duermen. Cuando menos, sueñan, que ya no es dormir, porque tal estado implica elaborar mientras dura la ausencia del yo...

Tampoco tiene el doctor González esas líneas fisonómicas y esos gestos salientes, como picachos abruptos, que divisa fácilmente cualquiera, y sirven de apoyo al vulgo que juzga y sostiene por ellos la genialidad de sus admirados. Nada de eso. Ni barba ni melena apolínea, ni «pose» académica. Una llaneza que acaso simboliza toda la vida tradicional de su provincia, viste a aquel espíritu magno con su amplia saya litúrgica. El observador penetrante descubre allí, sin embargo, los quilates ocultos. El artista rastrea la línea virtual que caracteriza al varón superior. Ese artista del presente, diré aprovechando la ocasión, es Zonza Briano, en cuyo taller admiré la obra junto con otros dos caballeros y mientras el doctor González interpretaba con alta erudición las hazañas múltiples del maestro del cincel.

Escuchando la lectura de algunas de sus poesías inéditas que sólo los íntimos que él distingue conocen, y leyendo yo a pedido suyo cuarenta de mis «Briznas», releídas en seguida y comentadas por él mismo, pasé no ha mucho uno de esos deliciosos instantes espirituales en que el estímulo nos da la sensación de que volvemos a la materialidad de la existencia con dos retoños de alas. En el desinteresado momento artístico, abren todas las almas sus portales, de par en par. Así pude internarme en aquel paraíso de ideaciones, mejor, sin duda, que

Biblioteca Nacional de Maestros

cuantos hayan oído al doctor González en los debates parlamentarios o en cien otras ocasiones.

El misticismo de los grandes pensadores, que no se aviene al cerco de las mediocridades, aunque respete el error y la incapacidad ajena, se cierne como un velo sideral sobre la parte poética de su obra múltiple. Interesado en estas cosas le he interrogado acerca de su opinión sobre las cuestiones religiosas. Ha sonreído, y luego, tranquilo, bueno, me ha dicho: «Yo no sé cómo las gentes no ven en el fondo de todos los credos la misma aspiración diferenciada por la forma y los ritos. Alguna vez he de escribir para demostrar esto.» Yo me dije: «Ojalá sea pronto». Porque yo pienso y siento así y con una aspiración más cercana al ideal teosófico que el error ateístico, proclamo a todos los vientas esta sola aspiración: ¡tolerancia! — sin la cual no hay respeto ni amor, ni virtud, ni libertad, ni democracia ni acaso dios alguno que perdone a los que se odian y creen quedarse limpios de culpas y cargos con la graciosa hazaña del arrepentimiento!

En el prólogo de su bella Introducción a los «Cien poemas del Kabir», dice, respondiéndose a idéntica pregunta que él mismo se formula sobre esa reconciliación: «No lo han conseguido Confucio, Budda, Zoroastro, Jesucristo, Mahoma... Pero ahí está la realidad ideal de la identidad de doctrinas, creencias y deducciones morales para la conducta, probando que el elemento de la gran conciliación futura existe intacto en la base, en el alma de las filosofías maternas, — índica, helénica, cris-

Biblioteca Nacional de Maestros

tiana, islámica, — y que lo único que se opone a su advenimiento es una fatalidad histórica hasta hoy no destruída, pero no indestructible!»

¡Ah!... exclamo: Que relean los intolerantes fanatizados, — y volviendo las páginas encuentro esto que recomienda el Kabir: «Sólo comprende aquel que ama». Y el Tagore agrega reforzando la sentencia: «En el amor todas las contradicciones de la existencia se funden y se pierden». Pero recordemos, — me comido a prevenir —, que sin la tolerancia no vive el amor sembrado por el predicador humano, bien humano y puramente humano de Nazaret.

¿Por qué he buscado este índice más que teológico, ético o filosófico?, — se preguntará alguien. Muy sencillamente porque de esto, al parecer tan gastado, sencillo y fuera del campo actual del materialismo prosaico, se han ocupado en pro o en contra los más grandes ingenios de la humanidad. Y para mí, al través del criterio amplio o del fanatismo cerrado del que responde, se levanta la incorpórea personalidad que desde su ecuánime modo de juzgar me muestra las marcas que ha trazado en el cartabón que sostiene.

Recientemente acabo de recibir dos trabajos importantes del eminente compatriota. «Patria y Democracia», uno de ellos, es un valiente estudio, reflejo de la más profunda erudición y del más probado talento. Tiene su actualidad, y vale la pena su lectura, que, por la serenidad con que se hace a veces la crítica de las doctrinas sociales y políticas,

Biblioteca Nacional de Maestros

no molestará a los que tengan suficiente valor moral para aceptar sus errores o suficiente talento para oponer sus verdades.

Nacionalista de corazón, — quiere que lo llamen «nacionalista humano» —, censura, no obstante, el lastre que, con visos falsos de tradición, obstaculiza la marcha de la civilización; y, opuesto al extremismo por bien fundados convencimientos, es progresista, dentro de los más amplios ideales democráticos. No teme a ninguna evolución, y al encarar reciamente las aspiraciones anárquicas, sostiene la tesis de la existencia de la patria, como base para la armonía, la paz y aun la federación universal, que no deja de calificar con acierto, de soberanamente utópica por el momento.

Defendiéndose de los que le llaman xenófobo, recuerda su ecuánime «Ley del trabajo» (1904) y su constante afán por la defensa de los extranjeros que, como quiere la Constitución, vienen a labrar los campos, y a enseñar, respetando la organización política del país. A propósito de esto, conviene leer, aunque el doctor González no lo cite, lo que dice el doctor Ingenieros en su «Sociología». Este otro brillante pensador cree que hasta esa fecha ni en Australia ni en Nueva Zelandia se practicaba una legislación revolucionaria semejante a la proyectada por el doctor González, significando, además, que en ningún país del mundo había partido desde las esferas del gobierno un proyecto más avanzado. El mismo comentador dice que la burguesía defendiendo sus intereses por un lado, y los partidos

Biblioteca Nacional de Maestros

extremistas, envueltos en intereses electorales por otro, obstruyeron la sanción de una conquista institucional estupenda.

En el libro del cual apenas doy noticia, después de fundamentar su concepto sobre la existencia y el valor de la patria, el autor se explaya, sesudamente sobre política defensiva de la nacionalidad, estudiando la raza, la inmigración, la historia, el estado sociológico actual, recomendando la defensa e indicando los medios profilácticos que corresponden.

«El silencio de San Martín» es el otro trabajo que he recibido del doctor González. Es una conferencia con base medular para todo un libro. Lejos del aspecto militarista, trata al libertador encarándole desde un punto de vista nuevo, esto es, desde el punto de visto moral. Recuerda «que no era el arte de matar el que cultivaba San Martín cuando aplicaba su táctica; era el arte de dar vida a los pueblos, de eliminar dificultades y sacrificios estériles; era el arte más bien, de reservar energías para una acción futura». Por esto significa que obtendría poco éxito el orador popular que clamara en su arenga: «Fué el héroe de cien batallas», pues en realidad no fueron más de tres las fundamentales que dió. Lamenta, en otro parte, que un espíritu como el de Alberdi haya confundido en «El crimen de la guerra» a San Martín con uno de tantos militares que profesaron el culto del sable sin ideales políticos. Al referirse a la famosa entrevista de Guayaquil, hace resaltar la actitud

Biblioteca Nacional de Maestros

magnánima de sacrificio que se impuso San Martín frente al orgullo de Bolívar, en homenaje a la independencia de América. Transcribe luego una página de Mr. Root destinada a las escuelas norteamericanas, en que el gran estadista y eminente escritor pone como ejemplo de profundo valor ético el gesto y la vida pública de nuestro prócer. Finaliza su estudio haciendo la defensa del cuadro pintado por Alice, contra el ataque malévolo de los criticastros hartos de envidia que han querido rebajarlo. Al respecto dice: «Alice, ha hecho un San Martín civil, un San Martín — alma y sentimiento, inspirado en la vida real y en las descripciones que del héroe nos han trasmitido Alberdi y Sarmiento, quienes lo visitaron a los sesenta y cinco años de edad»...

Tengo a mi vista una reproducción tricrómica del cuadro aludido, que ha dos años me obsequiara Alice amablemente dedicada, y puedo así seguir con ventaja el estudio descriptivo y técnico que hace el doctor González. Efectivamente, es infame la supuesta confusión que le atribuyen al eximio artista de confundir el ala de un cóndor con la de un murciélago, aludiendo a la capa del Libertador azotada por las brisas marinas, mientras, iluminado el rostro por el sol que muere, hace vagar la mirada de sus últimos años hacia el lejano poniente, de pie sobre las costas de Boulogne-sur-Mer, quién sabe con cuántas nostalgias, y acaso sumido en aquel silencio supremo y necesario, — según la expresión de Arturo Graf —, para oír el canto de la propia alma.

Biblioteca Nacional de Maestros

Muchas otras ideas podría arrancar de las páginas escritas por nuestro esclarecido compatriota, pero pongo punto final creyendo que más aprovechará el lector trasladándose a las obras que contienen tales tesoros. En lo que a mí respecta, sin darme por satisfecho, porque lo bueno jamás hastía, sólo hago un alto después de haber recorrido con aquel grande espíritu no una selva obscura, sino la luminosa exposición de sus libros.

Biblioteca Nacional de Maestros

DOCTOR JOSÉ B. ZUBIAUR

El doctor Zubiaur nació el 31 de Marzo de 1856, en la ciudad de Paraná. Huérfano desde muy pequeño, vivió en medio de múltiples dificultades. Cuando aprendió lo poco que se enseñaba en la escuela a que concurriera, se inició en el comercio a los 14 años.

En 1886 había fundado la revista «La Educación». El doctor Garrone dice al respecto: «En su fundación, esta revista ha sido auspiciada con calor por el gran Sarmiento».

En efecto, el doctor Zubiaur recordaba con venerable respeto el recuerdo de las veces que tuvo la satisfacción honrosa de tratar al eminente compatriota. Para él fué siempre el mejor modelo.

Larga y minuciosa tendría que ser la biografía de este «apóstol laico de la escuela argentina». El doctor Tomás L. Garrone la ha reunido, — haciendo síntesis —, en un libro de 150 páginas.

Mi vinculación con el doctor Zubiaur fué un poderoso e insuperable estímulo para mí. Un día, a raíz de una serie de conferencias que yo había iniciado en la escuelita nacional que hoy he bautizado con su nombre, recibí una entusiasta carta con pa-

Biblioteca Nacional de Maestros

labras de aliento y expresiones de amistad. Aparte, venían todas sus obras dedicadas para nuestra incipiente biblioteca.

El doctor Zubiaur era así. Más que el técnico, como he dicho muchas veces, era el alma misma de la escuela. No esperaba que le llamaran, cuando la hora del trabajo sonaba. Los que perseveraban en la obra no pasarían nunca desapercibidos para el maestro que parecía otear todos los horizontes escolares, deseoso de censurar duro y valiente todos los errores y batir palmas en honor de los jóvenes, también bravo y certero.

Contestándome una carta, y en el afán de esquivar mis elogios vertidos en ella, me decía que sus únicos méritos de educacionista podían ser la «honradez», la «constancia» y el «fervor». Pero como si su modestia se apercibiera de una falta impropia de sí, se apresuraba a corregir en el mismo renglón: «Méritos que no son tales porque, ¿se puede ser educador sin ellos?»

Brillante concepto era el que el doctor Zubiaur tenía del maestro. Y por eso fué un verdadero modelo de honradez, constancia, fervor y demás virtudes capitales para el que se dedica a tan noble profesión.

Cuando en 1917 visitó «mi» escuelita (1) yo le dediqué estos pobres versos, casi improvisados, que hice recitar por uno de mis alumnos:

---

(1) Escuela Nacional nº 92 (Dolores).

Biblioteca Nacional de Maestros

La escuela argentina conoce tu esfuerzo,
apóstol del laico saber sin mancilla...
Como esas historias arcaicas y hermosas,
ejemplo sublime de honor es tu vida.
Cuarenta años siendo soldado del aula,
es gloria que observa postrada la envidia,
y es fama que queda, cual queda en la cumbre,
por siglos y siglos la nieve blanquísima.
Con bravo entusiasmo loamos tu nombre
apóstol del laico saber sin mancilla,
que amas a Sarmiento, y que como él bregas
porque triunfe siempre la escuela argentina.

El doctor Zubiaur se puso entonces de pie, y con viva unción de maestro habló emocionado a los niños. Desde Buenos Aires me escribió una carta de la que entresaco este párrafo, en el cual hace alusión al verso en que le llamo «apóstol del laico saber sin mancilla». «Eso, dice, — en la tapa de la cajita que contendrá mis cenizas, será verdadera compensación y gloria». Esa fué acaso su única aspiración. Sus cenizas estarán en la urna, como él mandó en su testamento. Pero ignoro si encima tendrán el lema que me honré en darle, y que él aceptó gustoso repitiéndomelo con cariño muchas veces (1).

Yo llegué a significarle en charlas amables que me dispensó, que él era un verdadero creyente, desvinculado de todo rito, de todo fanatismo, de toda

(1) El epitafio, en prosa corriente, podría ser éste: «Aquí yace el apóstol sin mancilla de la enseñanza laica, etc.»

Biblioteca Nacional de Maestros

exterioridad, sin otro culto que el del amor, ni otra ara que la de la escuela, donde sin trabas se oficia la verdad y el bien para la felicidad de los hombres. El doctor Zubiaur callaba y sonreía suponiendo que en mis palabras iban más travesuras que conceptos. Pero yo le hablaba de todo corazón.

Era bueno y se complacía en atizar mi estro satírico. Infinidad de cartas nos hemos cambiado, él en prosa y yo en verso las más de las veces. Aunque podía ser mi abuelo se chanceaba conmigo como con sus más íntimos coetáneos.

Fué siempre fino, siempre correcto y ninguna de sus misivas ni de sus conversaciones; ninguno de sus artículos, ni ninguna de las actividades de su existencia careció de párrafo aparte para el maestro, la escuela, o la cultura, cuando estos temas no constituyeron, como en todos sus libros, la médula de sus argumentos.

La magna obra de Sarmiento tuvo en el doctor Zubiaur a un entusiasta propagador. Con la asiduidad de un «flámine», pero con la espontánea devoción que no tuvieron los sacerdotes de los césares, el doctor Zubiaur rindió su admiración al vigoroso autor de Facundo. Cierta vez, junto a la casilla raída del Delta, donde Sarmiento buscó alguna vez breve reposo a sus fatigas, oí hablar al maestro con una unción suprema, que acaso rayaba en un arrebato de misticismo laico, si así es permitido hablar. Y recuerdo haberle dicho: «Si usted fuera un vulgar materialista, que encerrara el principio y el más allá de las cosas en fórmulas

Biblioteca Nacional de Maestros

matemáticas, sin admitir más pruebas que las que ofrecen las cosas que se palpan, ¿qué apego ni qué respeto podría tener por esas tablas carcomidas y esos hierros cubiertos do moho?

El doctor Zubiaur disculpaba mis pretensiones filosóficas. Sonreía. Esa sonrisa no era protesta. Era bondad. Y en esa bondad había la revelación tácita de un hondo ver y sentir que, sin desdeñar en absoluto el enigma se apenaba ante la terquedad de los dogmas y las inútiles crueldades de los fanáticos de todos los tiempos.

En mis versos festivos, leídos en «Viñedo Franklín», dije, recitando ante el selecto grupo que con él formaban Barroetaveña, Gez, Melgar, Vidal, Susini, Bianco, Millán, Elizondo, Berrutti, Amarante, Holmberg, Lamberti, y otros:

«Villa-Azeta inmortal —, aunque para esto, tengas que estar con Dios...»

Recuerdo, como si hubiera acontecido hace un rato, la forma entusiasta y risueña, y los vibrantes aplausos con que me interrumpió el doctor Zubiaur.

Usando una dialéctica que su temperamento filosófico no admitía, había hallado yo una expresión que era lógica y que él toleraba por el anhelo de larga recordación que acaso deseaba para las cosas que le habían apegado en sus nobles aficiones casi panteísticas a los árboles, a las aves y a los niños, esa trilogía sublime que había ordenado en un lema arrancado por la observación a la Naturaleza, y en el que trataba de sugerir, respectivamente, las promesas del fruto, del canto y del amor.

Biblioteca Nacional de Maestros

Vibrando la cuerda mejor de mi pobre diapasón pinté también del modo que sigue, la modestísima mansión del educador.

¡Oh! ¡Sólo yo sé cómo repercute hoy en mi espíritu el ritmo de estos versos compuestos en horas placenteras!

Villa-Azeta es un nido de ideales
sin un rastro sensual. Casi es la escuela
donde el dómine anuda sus recuerdos
y hace con mano pródiga su siembra.
. . . . . .
. . . . . .
El sauce con su criolla mansedumbre
dobla sus verdes ramas por doquiera;
se inclina el ceibo de carmín, teñido,
presta el ombú un reparo de leyenda,
echa un rosal sus pétalos al viento,
y dan perfume el nardo y la verbena.
No hay pájaros ¡ingratos! se han llevado
su canto y libertad hacia otras tierras.

Tanto exceso en la transcripción de mis composiciones poéticas parecería un afán de exponer en esta oportunidad mi chafalonía lírica. No hay tal. Lo certifico con honradez. Sólo quiero ratificar la verdad de la espiritualidad desinteresada con que me honré ligando, en la correspondencia y en muchas otras oportunidades, mi movilidad juvenil a la provecta rectitud del viejo educador.

La última composición que le he dedicado al maestro es ésta:

Biblioteca Nacional de Maestros

¡Oh, cuán triste han quedado el hogar y la escuela!
¿Por qué te nos marchaste?
Libélula que vuela
de improviso es la vida con quien juega la muerte.
Cuando más enseñabas, cuando estabas más fuerte,
rodaste como el roble a quien tumba la saña.
Tú amaste a la avecita que al labriego acompaña;
a lo bello y lo noble les ofreciste abrigo,
y para el vicio fuiste implacable enemigo.
y ante el árbol viviste casi en idolatría,
y un gran amor humano nimbado de poesía
fué tu amor para el niño, — tu ideal, tu esperanza,
la semilla que brota, la realidad que avanza...
Fuiste nervio en las lides en que triunfa la idea
y enseñaste tu verbo en la urbe y la aldea.
Fuiste el buen misionero sembrador de verdades;
fuiste «pionner», y en muchas míseras heredades
levantaste cimientos; y acomodando quicios,
amparaste las ciencias, y rompiste prejuicios.
El dolor que nos hiere, tu memoria eterniza;
tus ejemplos nos mueven y la endeble ceniza (1)
que dejaras en la urna como prueba sublime —,
más que largas arengas nos atrae y redime.
Apóstol, santo laico de la escuela argentina:
porque aunque no lo admitas tienes pasta divina,
«Gloria» cantan los niños, «Gloria» las madres san-
[tas,
«Gloria» cantan las aves, y susurran las plantas!

(1) El doctor Zubiaur ordenó en su testamento, como otros grandes hombres, que su cuerpo fuera incinerado. Así se hizo.

Biblioteca Nacional de Maestros

Mi mejor homenaje, sin embargo, no lo constituyen mis pobrísimos versos, de lo que he hecho abuso en este trabajo, sino el hecho de haberle erigido el primer busto de recordación levantado en el país, y el de haber dado a la Escuela Nacional que fundé en Dolores (Buenos Aires) su nombre que es timbre de honor, evocación de una vida ejemplar, signo de un ideal altísimo y escudo de oro que ojalá cobije las virtudes capitales del maestro que él supo definir, y el amor inmaculado a los niños, contra los venablos malditos del error empecinado y del odio que destila hieles.

Biblioteca Nacional de Maestros

PARA MATAR EL OCIO

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

PARA MATAR EL OCIO

La caridad no es sólo alivio material, sino ternura para el alma.

El triunfo no es siempre fruto de la sabiduría, sino, a veces obra de la constancia.

*
* *

El estudio suaviza las pasiones y orienta al genio abriéndole las puertas más dignas de ser franqueadas.

*
* *

La honradez es la recomendación que, redactada con nuestras virtudes, no pedimos a nadie.

*
* *

Sólo cumplen y respetan los hombres que merecen delicadas consideraciones.

*
* *

Biblioteca Nacional de Maestros

Muchos son los gozques histéricos que han ladrado a la luna. La luna, no obstante, sigue iluminándolos buenamente.

*
* *

Sólo insultan los irresponsables que atacan las obras excelentes con la misma torpeza que el carnero rompe a topadas la luna del espejo que le refleja la sarna.

*
* *

He aquí tu programa, hijo mío: En la niñez ríe, juega, canta; en la juventud, estudia planeando tu porvenir; en la edad viril, sé sano, fuerte, noble, honrado de cuerpo, de pensamiento y de lengua; en la vejez, aprende a ser abuelo.

*
* *

Cuando se ha vivido, cuando se ha probado el aplauso y la inquina de los viles, se siente piedad en su derrota lloran con sus insolencias cien aspi- en su fracaso lloran con sus insolencias cien aspiraciones deshechas, acusándonos como a culpables de sus fracasos para perder así el aliento que podríamos ofrecerles si en vez se resignaran a caer en nuestros brazos avezados al esfuerzo.

Biblioteca Nacional de Maestros

Pero Grullo diría: «Cuando un perro ladra es porque alguien pasa».

Parodiando al ilustre y legendario maestro de las simplezas, podremos decir: Cuando el chisme, la calumnia, la diatriba y la envidia se agitan, es porque hacemos o valemos algo».

*
* *

La inquina en los labios juveniles es como la hez ancestral que rebalsa denunciando una vejez prematura.

*
* *

Nadie que se considere imite al abrojo que, con riesgo de una humillación ridícula, se prende a la cola del león con el ánimo de cobrar importancia refleja a costa de la majestad de la hermosa fiera.

*
* *

Hay algunas virtudes humanas, tan poco recomendables, como la de los que jamás han hecho un verso, un surco, una reja o un adoquín, aunque no sea con perfección.

*
* *

Biblioteca Nacional de Maestros

*
* *

El perdón de la víctima es siempre un castigo duro y constante que lacera la entraña.

*
* *

Las bromas fuera de oportunidad suelen arrepentir.

*
* *

El asno que tira de la noria merece más consideraciones que el holgazán que bebe el agua.

*
* *

La ignorancia del bueno conduce a la misma fatalidad que la astucia del malvado.

*
* *

Los duendes no son más que alucinaciones de los cerebros ociosos.

*
* *

Biblioteca Nacional de Maestros

El valor no es fuerza mal empleado ni ira brutal, sino decisión amplia y altruísta que lleva a la inmortalidad.

*
* *

Muchas obras grandes han sido realizadas por el esfuerzo de los más humildes.

*
* *

El patriotismo no es sólo espada que mata, sino alma que se enciende y pensamiento que vela por el bien de muchos.

*
* *

La sociedad tiene un código que no está impreso en ninguna parte, pero que es obedecido por las personas decentes que tratan de practicar toda regla de cortesía.

*
* *

El mayor castigo, para el criminal, es no aborrecerle, porque así su maldad no tendrá en qué fundarse.

Biblioteca Nacional de Maestros

*
* *

¡Benditos sean los malvados, esos mártires de los sueños truncos, que sirven para hacer resaltar, por contraste, la obra olvidada de los mejores.

*
* *

El fanatismo y el ateísmo son semejantes, respectivamente, al anverso y al reverso de un disco en cuyo centro se ocultara la imagen de Dios.

*
* *

La envidia es un engendro de la aspiración impotente que se afana por triunfar, claro que sin probabilidades, debido a los medios que emplea para llegar hasta donde llegan otros por su perseverancia, su talento y su virtud.

*
* *

La ignorancia suele ser atrevida como esos cuzcos que ladran a todos los vientos sin saber por qué.

*
* *

Biblioteca Nacional de Maestros

He aquí un consuelo para el ignorante que envidia desde la sombra: Todos tienen derecho de ir hacia la cumbre: unos de un vuelo, otros con pie fornido y muchos arrastrándose. No llegan, en vez, los que por derribar al que va adelante se imponen obstáculos insalvables. Y más: cuando no se puede hacer una cosa que otro hace, bendígasele a éste, que despojando el alma de inquinas se puede vivir y engordar bien. Los laureles sirven, pues, para varios menesteres y, entre otros, para coronar frentes o para estofar carne de puerco.

*
* *

El ocio es un dragón maligno que se lleva devoradas muchas virtudes femeninas.

*
* *

Los timoratos y las momias no han inventado las locomotoras, los aeroplanos, ni los cepillos de dientes.

*
* *

El buen jardinero no se desmoraliza nunca. Donde el vendaval o el «taladro» le derriba un rosal, planta, por previsión, dos rosales.

Biblioteca Nacional de Maestros

*
* *

El hombre que no ha luchado es una forma que ambula dando malos ejemplos.

*
* *

Jamás las envidias han incubado nada duradero.

*
* *

Sólo los tontos y cobardes aspiran sin méritos a vivir una eternidad sin objeto. Los hombres de genio y de talento viven esa eternidad que no reclamaron, por virtud y fuerza de sus propias obras.

Biblioteca Nacional de Maestros

ÍNDICE

Página

Advertencias 3
Una carta del doctor Max Nordau 11

Aleteos

Prólogo 15
Nombre del libro 17
El problema eterno 19
Poesía 23
La vida 25
Los hombres y los libros 27
Todo árbol es bueno 30
Libertad 32

Glosando mis versos

La ambición del abrojo 37
Trabaja 38
A un literato 40
La aguja 42
Mi bandera 43
Mi concepto de patria 45
Consejos del maestro 47
Cómo aplauden los perros 48
Consejos 49
Aquellos... 50
El niño 51
El hombre 52
Canta el «over hall» 53
El automóvil 54
A un joven 57
A un amigo 58
Sin egoismo 59
El triunfo es de todos 61
Corazón 61
La traición 62

Recuerdos

Huellas imborrables 67
El gallego Cerazo 69
Don Víctor 75
Don Eufemio 75
Gallegada 77
Más muerto que vivo 78
Dionisio Andrónico 79

Biblioteca Nacional de Maestros

Página

Una marca evocadora 82
Pobre Berta 85
Nuestra escuela 87
Alejandro Mathus 91
Mathus 93

Paginitas

El clavel de Almafuerte 99
El arado 102
¿Enigma? 103
Ervar 105
Oración 108
Vidalitas escolares 111
El maestro 114
El payador 117
Alas 121
La casa en ruinas 123
Don Dinero 126
Por el alma de un poeta 127
El alma del naranjo (fantasía) 128
Lluvia de mariposas 131
El Sol 134

Cuentos y Anécdotas

Los príncipes azules (cuento) 141
El negro que quiso subir al cielo 147
Carrera célebre 148
El fantasma 150
En el estanque de Monteros 151
Un almuerzo singular 155
Cosas de negro 158
El que domó al diablo 159
Con los muertos no se juega 162
Broma pesada 163
Bella lección 165
La nariz de la dama 166
«Plancha».... por comedido 167
Heladera que no hiela 169
Un hermoso empleo 170
Pa no perder l'azúcar 171
Pobre «gringo» 172
¿Yo Coetáneo? 173
¡La «Filuxera», caramba! 174
El «gringo» y el fonógrafo 176
Una obra de caridad 178
Una vieja corajuda 179
«Salí» porque te ví 180
Astucia criolla 181

Biblioteca Nacional de Maestros

Página

Poesías

Niño abandonado 185
La abuela 186
Arando 187
Los eucaliptos 188
Huérfano 190

Con el Escalpelo

Mi jardín y los perros 193
Caridad 195
En el día de la patria 199
Sobre moral 203
Los conquistadores 205
El tango 207
Previsión y cultura 211
El pasquín 215
¿Cómo era Ricardo? 218
Para cimentar la fraternidad 220
«Alacranes» y «Alacranismo» 222
Conceptos sobre las modas 224

Folk - Lore

Supersticiones 231
La silueta de mi madre 258
Miedo terrible 261

Notas de viaje

Hacia Puente del Inca 267
Por el Delta 274
Mar del Plata 276
Córdoba 277
Motivos de la sierra 278
Tandil 280

Episodios y semblanzas

En el día de la Raza 283
Sarmiento 289
San Martín 297
Maipú 309
En el centenario de Güemes 315
Joaquín V. González, (leyendo algunos de sus trabajos) 321
Dr. José B. Zubiaur 321

Para matar el ocio 341

Biblioteca Nacional de Maestros

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

OBRAS DEL AUTOR, EDITADAS

Laureles (Poesías. — Prólogo de Ramón Melgar. — 1913).

La Mujer (Conferencia. — 1913).

Cambiantes Líricos (Poesías. — 1915).

Ejemplos (Lecturas para formar el carácter de los niños. — 1916).

Mi amigo Ricardo (Novela. — 1916).

Arpegios (Poesías. — 1918).

En «Villa Azeta» y en «Viñedo Franklin» (Poesías festivas. Prólogo del doctor F. A. B. — 1920).

Briznas (Colección de poesías y poemas en prosa publicadas en «Tribuna Libre». — 1921-22).

La Ofrenda del Maestro (Poesías, monólogos, diálogos, alegorías, etc., para los niños. Prólogo de Víctor Mercante. Aprobados en varias provincias. — 1923).

Poemas Heroicos (Precedidos por algunas opiniones que subscriben Max Nordau, Joaquín V. González, Rodolfo Senet y Ramón Melgar).

Briznas, Surcos y Evocaciones (Poesías. — 1924).

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros